



*Lemir* 15 (2011) - Textos: 167-274

ISSN: 1579-735X

FRANCISCO SANTOS  
PERIQUILLO  
EL DE LAS  
GALLINERAS

Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO

## ADVERTENCIA

**E**STA sencilla edición electrónica de *Periquillo el de las Gallineras*, de Francisco Santos, sigue el texto de la edición de Madrid 1668. Es un tomo en octavo, compuesto de 2 + 16 pliegos (signs.: 9 , 99 , A ... Q). El texto está paginado, con una errata en la p. 97 (numda. '99') que se arrastra hasta el final. Excepto cuando pudiera conducir a confusión, mantengo la puntuación original y el uso de mayúsculas. En las notas apunto a la pág. que correspondería, obviando la errata antes citada.

No puede ser más equívoco el título del libro, pues el protagonista en modo alguno es el pícaro que el lector podría esperar. Muy al contrario, Periquillo es un mozuelo santurrón que se escandaliza de todo cuanto ve a su alrededor, se hace sobre ello larguísimas reflexiones (aquí si coincide con famosos pícaros) y, si se da la ocasión, pontifica en público, arrastrando multitudes. Periquillo no aprende de la vida, sino que ha nacido enseñado para perorar a otros (nobles, jueces, soldados, jóvenes casaderos...) que se corrijan o que adviertan el error en que van a caer. Periquillo es un asceta urbano y predicador ambulante que sólo acepta de sus semejantes el vestido y sustento imprescindible.

En fin, éste no es un libro de pícaros; pero no es eso lo que más decepciona de su lectura. Fue error del autor, ya cincuentón, creer que podría verosímilmente valerse de un imberbe (por más locuaz que le pintase) para trasladar a los lectores sus propias inquietudes morales. Para lo que pone en boca de Periquillo mejor le habría sido valerse de un diálogo entre adultos de distinto pelaje, como hizo en *Día y noche de Madrid* unos años atrás. Por momentos, la lectura del libro resulta de ingesta harto difícil; pero el relato se anima con la irrupción de tres personajes que contarán su «historia» con los sucesos que les han conducido al bandolerismo. Después de este agradable paréntesis, el autor nos devuelve a las andanzas de Periquillo para asistir a sus últimos discursos ... y a sus últimas palabras (pedantescas a más no poder). ¡Dios le tenga en su gloria!

E. S. F.

Barcelona, marzo 2010

PERIQVILLO  
EL DE LAS  
GALLINERAS.

ESCRITO POR FRANCISCO SANTOS.

Dedicado al Excelentissimo Señor Don  
Bernardo Fernández Manrique,  
Marqués de Aguilar &c.



Con licencia: *En Madrid.* Por Bernardo de  
Villa Diego. Año de 1668.

*A costa de Gabriel de León , Mercader de Libros.  
Vendese en su casa, en la puerta del Sol.*

## AL EXCELENTÍSIMO

*Señor Don Bernardo Fernández Manrique, Marqués de Aguilar, Conde de Castañeda, y Buelna, Marqués de la Liseda, Pregonero mayor de Castilla, Gentil-Hombre de la Cámara de su Majestad, Comendador del Orcajo, del Orden de Santiago, y Trece de dicha Orden, Señor de los Valles de Taranzo, y Valdiguña, de la Villa de Cartes, y sus Aldeas, de la Villa de Pujayo, de los Valles de Asturias, Val de San Vicente, Río Nansa, y Tudanza, de las cuatro Villas de Campos, Piña, Avia de las Torres, Santillana, y Villa Lumbroso, etc.*

## EXCELENTÍSIMO SEÑOR.

**L**A fortuna de los pobres, siempre se mostró con ceño a la vida, y jamás dejó de poner dificultades en las pretensiones de la pobreza. Yo, que batallando con mi cortísima estrella, (que según he oído hablar dellas, unas debe de haber más largas que otras, y aun su desigualdad se deja notar en ese luminar globo) digo, Señor Excelentísimo, que todos mis sentidos, absortos se hallaban, sin hallar camino para dedicar obra tan pequeña a Príncipe tan grande, hasta que vencido de el sueño (que tal vez es alivio el que venza las tristezas de un pensamiento) me pareció, que llegándose a mí un hermoso mancebo, me dijo en alta voz: Atiende, oh tú que en la quieta mansión del sueño te hallas, cuyo paréntesis te hace hacer el papel de un muerto en el teatro de la vida! no desmayes, y a la cortedad que te arrinconas, destiérala, y escucha. Si pretendes amparo de Príncipe, mira que te dice Castilla, que de sus Esclarecidos rayos se ve coronado el Señor de Santa Gadea, aquel Bernardo, que en ser Comendador del Orcajo, y en ostentar la Bermeja cuchilla de Jacobo, se está en sus trece. Aquel, que sabe guardar, y fortificar su entendimiento de todo lo que es admiración. Su estimación sin soberbia, parte que se halla en pocos. Su liberalidad, libre de prodigalidad. Su amistad, sin fuerza. Su recato, muy señor, y muy señor en el recato. Su mansedumbre, libre de menosprecio. Su justicia, sin tiranía: perdonador de flaquezas, recogido de las estrañezas; quien se ocupa sin vanidades superfluas. Aquel, cuya sangre conoce Castilla desde el Conde Don Manrique, cuya Santa Persona trajo esta sangre a tan Divina Patria en la Era de mil ciento y cuaenta y nueve; cuyo cuerpo Santo observa entero Burgos, gloriándose en tenerle las Monjas Benitas Ausenas (según lo cuenta el Doctísimo Don Fray Prudencio de Sandoval, Obispo de Pamplona). Y en fin, Príncipe sin artificio, aquel en quien lo grande es muy natural, el que cuando dice, hace; el que no tiene más ira, que la razón; el que su enojo, es su justicia, y su entereza mansedumbre, con un ser amable, y piadoso: no busques más Príncipe. A esta razón desapareció el Zagal, y siguióle el sueño, y yo me hallé despierto, y asistido de mi discurso, cuya confusión empezó de nuevo a batallar, buscando camino para llegar a dedicar a esas plantas la admirable vida de *Periquillo el de las Gallineras*, cuya humilde Historia consagro como su Autor a vuestra

Excelentísima Persona, con grandes alientos, y deseos de servirle, como a dueño, cuya vida guarde Dios de lisonjeros, envidiosos, y de creerlos, y gusto de oírlos, que el abstenerse de semejantes sabandijas, es la medicina para curar el sosiego del corazón. Guarde Dios a vuestra Excelencia como puede.

*Criado de Vuexcelencia,*

Q. S. M. B.

*Francisco Santos.*

APROBACIÓN DEL PADRE  
Maestro Fray Tomás de Avellaneda, uno  
de los cuatro Maestros de su Religión  
Premonstratense; y Examinador  
Sinodal de este Arzobispado  
de Toledo.

**P**OR orden del señor Doctor Don Francisco Forteza, Vicario de esta Villa de Madrid, he visto este libro, que hoy saca a luz Francisco Santos, con título de *Periquillo el de las Gallineras*. Pero yo le admiro, un Político Cristiano, y un embozado Séneca, en quien parece se ven agotados los caudales a la elocuencia, los senos a lo escientífico, y los Tesoros a lo sentencioso, y bien dicho. Muchas luces de su gran ingenio descubre el Autor en esotros libros, que con aplausos ha celebrado el mundo; partos felicísimos de su gran entendimiento. Empero en este su Benjamín, desabrochó todos los primores de cuanto sabía. Juzgaba yo, cuando con atención leía esotros sus escritos, que no había más que escribir, más que saber, de lo que en ellos se enseñaba; y a la verdad, es cierto lo que dijo Filón el Hebreo lib. I de vita Moys. fol. 421. *Praeclara ingenia multa innovant circa scientias*. Que los grandes ingenios (como el de nuestro Autor) siempre hallan en las ciencias que profesan, mil primores, mil novedades. Éstas topará el que con atención leyere este libro; este racional cristalino Espejo, en quien gustosamente le advertirán caminos ciertos para una buena vida, y seguros senderos para una feliz muerte. Libro, pues, de tan importantes documentos, sin rozarse en cosa que desdiga de las verdades de nuestra Santa Fe, muy bien merece la licencia que se pide. Así lo siento. En este Convento de San Norberto, del Orden de Premonstratenses,<sup>1</sup> en 8 de Setiembre de 1667 años.

El Maestro Fray Tomás  
de Avellaneda.

1.- 'Premonstratense' (p. Vv).

LICENCIA DE EL  
ORDINARIO.

**N**ÓS el Doctor Don Francisco Forteza, Vicario desta Villa de Madrid, y su partido, etc. Por la presente, y por lo que a Nós toca, damos licencia para que se pueda imprimir, y vender un libro, intitulado, *Periquillo el de las Gallineras*, compuesto por Francisco Santos, atento que de la Censura del Padre Maestro Fray Tomás de Avellaneda, Religioso Premostratense, a quien lo remitimos, consta no contiene cosa contra nuestra Santa Fe Católica, y buenas costumbres. Dada en Madrid a trece de Setiembre de mil seiscientos y sesenta y siete años.

*Doct. D. Francisco Forteza.*

Por su mandado.

*Juan Bautista Sanz Bravo.*

*APROBACIÓN*  
*del Muy Reverendo Padre*  
*Maestro Fray Antonio de Figueroa,*  
*del Orden de San Agustín.*

**P**OR remisión del Consejo Real de Castilla, he visto un libro, cuyo título es, *Periquillo el de las Gallineras*, compuesto por Francisco Santos, y no hallo en él cosa que contradiga a nuestra Santa Fe, ni se oponga a las costumbres Cristianas, antes muchas, que pueden conducir para su buena dirección, embozadas en varias fábulas, y novelas, que dan bastante noticia de los embustes, y engaños del mundo, y adiestran al escape de ellos, hasta llegar a un feliz, y Cristiano fin. Con que se hace digno de la licencia que pide. Así lo siento, en este Convento de San Felipe a treinta de Setiembre de 1667 años.

*Fray Antonio*  
*de Figueroa.*

*Fee de Erratas.*[...]<sup>2</sup>

Este libro, intitulado *Periquillo el de las Gallineras*, escrito por Francisco Santos, con estas erratas, corresponde con su original. Madrid, y Agosto 30 de 1668.

*Don Juan de Ayala  
Manrique.*

*Suma de la Tasa.*

**T**ASARON los Señores del Consejo Real este libro, intitulado *Periquillo el de las Gallineras*, a seis maravedís cada pliego, el cual tiene 15 pliegos,<sup>3</sup> sin principios, ni tablas, como más largamente consta de su original, despachado en el oficio de Luis Vázquez de Vargas.

*Suma del Privilegio.*

**T**IENE Privilegio Francisco Santos para poder imprimir este libro, intitulado *Periquillo el de las Gallineras*, por tiempo de diez años, como consta de su original, despachado en el oficio de Juan de Subiza.

2.- Se declaran cinco erratas.

3.- El texto ocupa 16 pliegos.

# AL AMANTE Lector.

**E**N los años de treinta y seis hasta cuarenta, hubo en Madrid un pícaro bufón, llamado Alonsillo el de las Gallineras, tan vil truhán, y desvergonzado, que sus vergonzosas partes se manifestaban a la vista de cualquiera, por el vil interés de un cuarto. He dicho esto, por si acaso, discreto Lector, has creído que lo moral de mis chanzas, y discursos con alma, se habían de ocupar en pintar semejante sujeto. Periquillo el de las Gallineras es mi asunto, un pobre entendido, y desengañado, que se supo conocer, y conoció al mundo, cuyas medras halló adonde yo las espero. Lee piadoso, como lo has hecho a todas mis obras, que hasta esta hora sólo esa medra he hallado, y la estimo sobremanera. Sólo te suplico, si acaso saliere en algún tiempo a luz común un libro, cuyo título será, *el Cid resucitado, y la verdad en el Potro*, le leas por mí. Dios te guarde, y te defienda de ti mismo, y a mí de entrambos.

# TABLA DE LO contenido en este Libro.

DISCURSO I .....	180
Cómo fue hallado Periquillo - Pintura de la Luna - Lo que puede un gozo - Lechuza, símbolo de la discreción - La hermosura de la noche - El mundo es todo ambición - Cuidado que tiene Dios con todo lo criado - Dan a criar a Perico.	
DISCURSO II .....	185
Mudanzas de la fortuna - La calavera - Abrásase la hacienda de los piadosos, que criaban a Perico - Entra a servir Perico a una Gallinera - Muérense los amantes de Pedro - Discurso que hace Pedro - Levántase la envidia contra Pedro - Trazas de la envidia - Discreción, y afabilidad de Pedro.	
DISCURSO III .....	190
La mentira es cruel sierpe - Notable discurso de Pedro - Descubre el amor a Pedro su ama - Desecha Pedro los partidos de su ama - La ira en una mujer - Despide a Pedro su ama - Discurso de Pedro - Segundo cómodo de Pedro - Danle nombre de Periquillo el de las Gallineras - Preguntas del nuevo amo, y <sup>4</sup> respuestas de Periquillo - El más fiero animal es el hombre - Cruel castigo - Quejas de el León ante Júpiter - Notable ingratitud de el hombre - Desengaños de la humildad - Amor natural a un Rey.	
DISCURSO IV .....	196
Socorrer a la necesidad, se debe hacer personalmente, y no fiarlo de segunda persona - Cruel paga a un beneficio - Celosa el ama de Periquillo, le hace echar de casa - Discurso de Periquillo - Acomódase con un ciego - Preguntas que hace el ciego a Periquillo - Soldado de estos tiempos.	
DISCURSO V .....	201
Pintura del mundo - Notable juego de pelota - Discursos de Periquillo - El azotado - Divorcio de la Leona, y el León - Caso notable de un pobre - Discurso de Periquillo, con que desampara al ciego.	
DISCURSO VI .....	206
Pendencia de la verdad, y la mentira - Guantes del tiempo - La tienda de las carátulas - La cuna, y la sepultura - Desengaños del mundo.	
DISCURSO VII .....	212
El juego de manos, y tropelía del mundo - Acomódase Periquillo a servir - Razonamiento del nuevo amo, y respuestas de Periquillo - Lo que puede la prudencia, y el arte del hombre - El Cisne, si canta, o no - Pintura de la mentira.	
DISCURSO VIII .....	218
La Fábula del hombre, ave, pez, y fiera - El cuento de los ratones - La confusión de las Cortes - Promesas que hace el amo a Periquillo - Descubre el amo su pecho a Periquillo.	

4.- 'o' (p. XIv).

DISCURSO IX .....	223
La Fábula de el escarabajo - Ladrón con acierto honrado - Huye Periquillo de su amo - Discurso notable de Periquillo - Pintura de la declinación de un ladrón - Notable discurso - Auséntase Periquillo de su Patria - Encuentra con tres ladrones - Palestra, y tema de la cosa mayor y menor.	
DISCURSO X .....	228
Cuenta su vida el Toledano - Pintura de la razón del hombre.	
DISCURSO XI .....	234
Cuenta su vida el Andaluz.	
DISCURSO XII .....	241
Cuenta su vida el Isleño.	
DISCURSO XIII .....	247
Prenden a Periquillo por ladrón - Pierde el juicio Periquillo, y vuelve a su Patria - Milagros del tiempo - Los brutos de Atenas - Brutos de la selva - Discurso de Periquillo - Amistad como la leña - Amistad de la plata, y azogue.	
DISCURSO XIV .....	254
El toreador en la plaza - Castor, ave entendida - Documentos de Periquillo - Trueco de capas entre la mentira, y la verdad - Varas de Ministros con entereza - Justas palabras de un Ministro - Pasión, qué cosa es - Qué cosa es omisión - El múrice.	
DISCURSO XV .....	259
Gallego fantástico - Grandezas del nombre de Pedro, y gracias de la confirmación - El papel de los Pedros.	
DISCURSO XVI .....	265
Gato que se va de su casa - Razones en favor de mirar lo que sale de las narices - Los que hablando con otro, se van arrancando los botones del pecho - Gente con uñas - Los que babea, cuando hablan - Hablar entre sí es bueno - Cuento notable sobre guardar secreto - Sacarse la cera de los oídos, es notable cosa en estos tiempos.	
DISCURSO XVII .....	269
Adoración que se debe a la Cruz - Hombre en pecado - Condiciones de la Nación Española - Condiciones de la Francesa - Niños que se casan - Lo que hace el oro - La cueva de la fortuna, y sabandijas de dentro - Oración que hizo Periquillo para morir.	

DISCURSO  
PRIMERO,  
Y PRIMERAS FORTUNAS  
de Periquillo el de las Gallineras.

Cómo fue hallado en la Noche Buena de el Nacimiento de Dios  
Hombre.

**E**QUÍVOCA la luz de aquel Lucero, presidente de la noche, de aquella Reina de las Estrellas, substituta de el Sol, y no menos admirable; Luna en fin, retrato del pequeño mundo, digo del hombre, tan parecida en sus humanas imperfecciones, pues ya crece, ya mengua, nace, muere, ya es algo, ya es nada. Jamás permanece en un estado, ni tiene luz de sí, pues la goza del luminar mayor: es defectuosa, manchada, inferior, pobre, y triste, originado todo de la vecindad mísera de la tierra.

Equívoca, digo, la luz de este retrato de la criatura humana, entre porfiadas, y obscuras nubes, lucía a rempujones la más dichosa noche de todas las que numeran las semanas, dan cuerpo a los meses, y hermosean el aspecto del año. La noche tan celebrada del piadoso, cuanto bizarro, atento,<sup>5</sup> cuanto compasivo, y manirroto celebrador, orgullo vivísimo de la Noble, y Castellana Nación. Noche Buena, nombrada así, por haber nacido en ella aquella luz, que desterrando nieblas obscuras tomó puerto en Santa María, para después embarcarse en la Vera Cruz, logrando su dichochísimo viaje a las Indias del Cielo.

Esta Noche Buena del Nacimiento de Dios humanado en las purísimas entrañas de la mejor Mujer, de oír los Maitines del grande, y milagroso Convento, donde tremola banderas de paz la gran Capitana del Carmelo Monte, salían dos piadosos casados, virtuosos Amantes, y temerosos de Dios; y a la regateada luz que prestaba la Luna, vieron a la puerta de aquel admirable, y piadoso hospedaje de Joseph, donde los tiernos Expósitos hallan albergue, un bulto, que apenas se daba a conocer, pues entre penas dormía, hasta que manifestó el haber nacido en el valle de lágrimas, pues soltando el feudo común la presa, dio aliento al reclamo, o clarín de su venida, empezando a llorar.

Detuvieron el paso los dos piadosos al tierno ruido que los llamaba, y guiados a él, examinaron ser la causa un recién venido al concurso de las lágrimas, a las escuelas del llanto, a la universidad de competencias, y al puerto de las desdichas.

5.- 'acento' (p. 2).

Alzole del suelo Teodora, y recogió en la capa Faustino (estos eran los nombres de los dos piadosos:) y pareciéndoles obra del Cielo, a quien carecía de los frutos matrimoniales, haberles deparado tal prenda, guiaron contentos a su casa.

Siglos se les hacían los instantes para llegar, pues así que entraron, pidiendo luz, y recado a la criada, se sentó la piadosa Teodora a desenvolver la tierna prenda, para ver si había nacido varón; pero tal vez se suele anticipar la alegría, y pisar antes de tiempo los umbrales de aquellos que obran piadosos; pues por las rotas, y pobres mantillas, que de pañales no hablo, porque no los llevaba, manifestó naturaleza el ser aquel pequeño bulto hombre.

Dejole en carnes la madre adoptiva, y lavado, y limpio le recogió en mejores ropas que las que le pusieron para arrojarle a la tierra. El discreto Faustino, como fuera de sí, embebido todo en gozo, vuelto admiraciones, metidos los pulgares en la pretina, levantado en las puntas de los pies, le parecían estorbo los brazos de su esposa, para ver a su gusto al tierno infante, y ya más reparado, discurrió en la ceguedad de los padres, que le engendraron, pues no le pusieron cédula de si era profeso en el Santo Bautismo, o si necesitaba de la gracia, que lava las manchas del primer yerro.

En este laberinto batallaba, y en tanto que su esposa alegraba los paladares al tierno varón, con la dulzura que por afán arroja la cuidadosa abeja, se salió a un patio, a tiempo que oyó una lechuza. Conociola por su notable canto, mas no le causó novedad, ni tuvo por presagio triste, como muchos agoreros lo tienen, antes se acordó, que los Atenienses la celebraron por símbolo de la discreción, con que concibió nueva alegría, pareciéndole, que el hallado infante sería hombre de claro discurso.

Reparó luego en lo sereno que había quedado la noche, recogido el velo de sus nubes, brillando las Estrellas, y girando por todas partes, y en hacimiento de gracias de la nueva prenda, empezó a alabar al Artífice Soberano, diciendo: Quién llama a ninguna de tus obras fea? quién da semejante título a la hermosa noche? Oh gran saber de Dios! pues hallaste modo como hermosearla, que no es menos linda que el día, aunque la dé impropios nombres la vulgar ignorancia, llamándola fea, y desaliñada, injuriándola de triste, siendo descanso de las penas de la vida, y alivio de nuestras fatigas. Yo te celebraré de sabia, por lo que en ti se calla; y discreta, por lo que en ti se piensa, que no sólo eres para que duerman los ignorantes, sino también para que velen los Sabios: y si dijere alguno, que en el día se ejecuta, yo le diré, que en la noche se previene.

Así contemplaba Faustino, cuando vio una Estrella resplandeciente: causole novedad, porque girando rayos, manifestaba majestad entre movimientos nunca vistos, a tiempo, que con algún gozo le llamó la cuidadosa Teodora. Contento fue a ver la causa, cuando le enseñó una bolsa, que por descuido no vieron al desnudarle, y en ella los Santos cuatro Evangelios, y una cédula, que decía así:

La pobreza de mis padres es mucha, pues aunque he nacido entre los lazos del yugo Santo, no pueden criarme, y por ser muchos mis hermanos, y cortísima la posibilidad de

mis padres, sólo pido por amor de Dios, me den el Santo Bautismo, y en su dichoso voto, sea mi nombre Pedro, que así se llama mi padre.

Las lágrimas que acudieron a los ojos de Faustino, fueron tantas, que porfiadas cada una a ser la primera, tropezándose por salir de la prisión del llanto, causaron un sollozo, que reprimido de la cordura, fue dando lugar a que se desenlazasen, y cayesen aquellas gotas de sangre blanca, por los senderos de las mejillas.

Gracias dieron estos discretos casados, por tantas mercedes, deseando el día para buscarle ama que le criase, pasando lo restante de la noche en contemplar la agraria desigualdad del mundo.

En cuántas casas (decía Faustino) amado, y querido Pedro, nacieras, que a tu venida se celebraran fiestas? Sólo lloraré el que hayas venido a un mundo tan desdichado, tan triste, y tan avariento, donde todo es guerra perpetua. El hijo más deseado, desea la muerte a sus padres, para quedar a su libre albedrío dueño de la hacienda. La hija apenas muere el padre, cuando pide a la madre que la parió, y crio a sus pechos, la hacienda que la viene paternal, y aun para ello se vale de amenazas, y justicia (notable ingratitud!) el pariente está contando las horas, y minutos de la vida de su deudo, porque le deja un poco de hacienda. El que aspira al puesto que tiene otro, sabiendo, o creyendo que le viene de derecho, le desea la muerte para verse en la posesión a que aspira. El Pobre envidia al Rico, el Rico al Señor, el Señor al Grande, el Grande al Príncipe, todos con el ansia de ambición. Oh miserable mundo! pues ninguno de tus inquilinos cree que tu posada perece, aún en el mismo embrión del cogollo, antes de abrir la boca para el aliento que creyó suyo, sin acordarse, que se nace desnudo, y así se vuelve a la tierra, y aun esta guerra está dentro del hombre, pues en su terrena casa anda muy encendida la discordia, pues lo que tiene de mundo, aunque pequeño, todo él se compone de contrarios, presentan los humores la pelea, avisando a sus parciales elementos, a quien piden ayuda. Resiste el húmedo al calor nativo, que poco a poco va limando al fuerte, y a la larga le da asalto: la parte inferior está siempre de ceño con la Superior (que los Superiores jamás se libraron de inferiores enemigos.) A la razón se atreve el apetito, y tal vez la atropella, y en estos medios aun el inmortal espíritu no está seguro de tan general discordia, pues le combaten pasiones; el temor se resiste al valor, la tristeza a la alegría, apeteciendo, y aborreciendo; en fin todo es arma, y todo guerra.

Aquí llegaba el discreto Faustino, cuando los alegres mensajeros de ese Monarca de la luz, coronado de hermosos resplandores, y rodeado de la guarda de sus rayos, comenzó a ostentarse con una callada Majestad por todo el mundo, celebrando su venida las aves, que entre otras los cansados gorriones, deseosos de un día claro, con sus chillidos despertaron la suspensión de los Amantes de Pedro, que también iba manifestando, que nació en el valle de lágrimas, sujeto a derramarlas para pedir sustento.

En tanto que se le buscaba Ama, fue llamada una vecina, que a sus pechos criaba un hijuelo, y con amor le dio a nuestro recién nacido ambas tetas, que con muy buena gana

apuró; a cuya acción, mirándole al rostro (dijo la tal mujer) criarte quieres, bendígate Dios, y qué lindo que eres! norabuena vengas a tal casa, pues ya que la pobreza te arrojó, no faltó caridad que te recogiese! Bendita sea la bondad de Dios, que así cuida de sus criaturas!

Nace el cuervo vestido de blanco, y aborrécenle los padres que le avivaron, viéndole de diferente color que el suyo, y en tanto que naturaleza le viste de crédito, y da crédito con el vestido, le envía Dios sobre las pajas de su nido el sustento en unos mosquitos. Hallase el Oso el riguroso Invierno falto de sustento, y naturaleza, enseñada del Soberano Artífice, le paladea con el propio humor de sus manos. Fáltale al Buey el pasto para su continuo rumiar, y naturaleza le arroja del buche lo que ya pagó tributo al diente, y con ello le entretiene en tanto que llega el socorro del heno, o paja. Nace el pobre racional viviente, desnudo, sin amparo, y no faltan buenos que le alberguen. Oh querido Pedro!, pues habiendo sabido tu historia, tan corta como tu edad, ya te puedo llamar el dichoso nombre de aquel Pontífice Segundo a Dios. Aquí me tendrás con la sangre de mis venas, pues con esa cara parece que atraes los albedríos.

Con esto se despidió tiernos los ojos, pero era también pobre, no hay que espantar, que la dureza es una polilla, que se ceba en corazones ricos, y ambiciosos, pues ocupados solos en su logro, o comodidad para anhelar, jamás se acuerda de la pobreza llena de lágrimas.

Todo cuanto pasaba, servía de leña, que avivaba la pasión del querer en los dos amantes, y así con gran diligencia, aunque breve (que también hay cosas breves, y grandes) hallaron una ama rolliza, y abundante de leche: era gran criadora, y mujer de un cochero, Gallega, que dijo ser; comía como la sarna, y bebía como la tierra; llamábase Dominga, que muy contenta dejó su hijo a otra paisana, concertado a media leche, y ella cargó con el amado Pedro, muy contenta por conocer el pasto de la casa, y alegrarla el ojo seis ducados.

Fue cobrando amor a su cría, con que a pocos días nuestro Pedro, ya ha hecho Cristiano, parecía en rostro hijo de su Ama; imitando a la espuma, que formada a los golpes del agua, va aumentándose al abrigo de una peña, que la sirve de albergue en sus fortunas.

Así crecía nuestro Pedro, empezando a mostrar unas risas amorosas, unos amantes gorjeos, y un arrojar los brazos en viendo a sus padres, y de aquí al segundo escalón de saber andar, con que cualquiera meneo era gracia, que volvía locos de amor a sus dueños. Llegose el extremo de pronunciar aquello de tayta, mama, pulido juguete, y juguete que ignoran muchos pulidos; con que se olvidan de aquellos embozos de la muerte, entre llantos de la senectud. En fin, a breves días, ya nombraba a su ama, y a pocos meses a todos los de la casa.

Adelantábase naturaleza con muy vivas demostraciones, en tanto grado, que ya vestido de hombre, desterrando faldas (tributo segundo, por haber nacido de entre ellas) parecía hijo de un Príncipe, porque era limpio, honesto en el mirar, templado en el comer, poco travieso, y nada pedidor, partes, que no se hallan en todos.

Llegose el extremo de la escuela, amargo bocado para los muchachos, y más cuando salen de los días de una Pascua, porque no hay cuesta tan agria para ellos; pero en nuestro

Pedro era tal el extremo de saber, que muchas veces, sin almorzar se iba a la escuela, adelantándose notablemente, pues a los seis años ya sabía leer, y escribir razonablemente, descubriendo con estas dos partes, profundidad de ingenio, sutileza en apercebir, y en responder notable prontitud.

Los ratos ociosos no jugaba, ocupándose en leer, o mirar lo que había que hacer en la casa; dándose a querer en tanto grado, que sus amantes dueños le prohijaron, haciéndole heredero de su hacienda, que aunque no era mucha, la sabían gobernar, siguiendo el medio de la proporción en el vestir, y calzar, y el sustento: que el que en aqueſto se remonta, presto cae miserablemente, y también el que se abate a la miseria, jamás sale della, como avariento vil.

Tenían en una principal casa, al lado de la suya, seis mil ducados a censo; la que vivían valía dos, alhajada no demasadamente, pero curiosa, abrigo bastante para la quietud de dos casados. De todo esto hicieron dueño a Pedro, que ya informado de su fortuna, con demostraciones de humilde, agradecía la crianza, y amparo a sus dueños.

Era tan amado, que apenas se ausentaba, cuando le deseaban presente, tanto era su agrado, y humildad, pues llenando la boca de mi Señor, y mi Señora, jamás le pudieron vencer a que los llamase padres, tan notable era la aprehensión, que su buen natural había hecho al oír su historia, que con grande admiración reverenciaba a sus bienhechores.

Hacíase amado, no tan solamente en su casa, pero en toda la vecindad, era servicial, amigo de hacer bien, humilde, muy participado, y todo lo adornaba con un discurso tan gracioso, que los que le oían, y no conocían, miraban el bulto de donde salían tan admirables dichos y sentencias.

Ya Pedro tenía ocho años, y a los que le criaban, les parecía, que en la presente hora le acababan de hallar, dando de continuo muchas gracias a Dios por tal dicha, creyendo había sido un milagro que la piedad Divina había enderezado para alivio de su vejez.

## DISCURSO II. *De las fortunas de Periquillo el de las Gallineras.*

**M**UDABLE llaman a la fortuna, verdad dicen, que poco estable es la quietud del hombre: nadie blasone de firme en un estado, en cuanto viva sobre la tierra, cruel territorio de pesares.

Bien pregonaba la verdad la calavera, que ya enterrada, tenía un rótulo en la frente, que decía: Aquí estoy, y no sé en lo que me tengo de ver. Pues topándola un curioso contemplativo, la llevó a su casa, y encerró en un Oratorio, donde él solo entraba: y la mujer, celosa, y impertinente cansada, salteándole las llaves, topó con ella, y concibiendo en su celosa mente, que sin duda era la calavera de la amiga de su esposo, determinada, y furiosa, encendió fuego, y la quemó, encendida ella en rabiosas imaginaciones.

Hueso, que ya enterrado das aviso al peregrino pasajero de la vida, suspende tu voz, aunque por escrito hablas, y deja que mis escritos te acrediten de verdadera voz.

Notable era el contento de Faustino, y Teodora, y mucho más la obediencia de Pedro; pero como a la fortuna la pintan mujer, y sobre una rueda, es fuerza que obre como quien no tiene firmeza. En la mayor quietud da pesares, y desasosiegos: pues una tenebrosa, y obscura noche, impensadamente vieron, y no pudieron remediar tan cruel, y voraz incendio, que parecía que todo el elemento del fuego, ausente de su lugar, bajaba a verter sus rigores sobre la ingrata tierra, empezando por la casa de Faustino, y las de los lados; tal fue la brevedad de la llama, que a descuidarse en acudir a librar alguna alhaja más que las vidas, corrieran riesgo de la muerte: en breves horas se arrasaron tres casas, quedando los dueños tan pobres, que sólo les sobraba sentimiento, y lágrimas. Faustino, y Teodora perdieron toda su hacienda, pues el que los debía los seis mil ducados, también quedó como ellos.

Pedro lloraba tan amargamente, que causaba dolor, aunque tal vez reprimía el llanto, y consolaba a sus pobres dueños con ejemplos, cuyo fin era decir: Cúmplase en todo la voluntad de Dios.

Los primeros días fueron acogidos de algunos piadosos, pero enfadáronse presto, procurando medios, y trazas para despedirlos, que entendido del discreto Faustino, y la triste Teodora, se sujetaron a pedir por Dios, medio que trujo la muerte a los umbrales de la vida de Teodora, que aunque amarga, la recibió su pasión con mucho amor, originado del sentimiento de verse de puerta en puerta, y que en muchas casas que la conocieron, cuando tuvo, ya la desconocían pobre; con que en breves horas rindió la vida sobre una pobre manta en la casa de la Ama de Pedro, que piadosa los acogió, dándolos en que dormir.

Quedó Faustino solo con el amado Pedro, que jamás le faltó, pues como su discreción, y sentencioso decir, granjeaba amor, en cualquiera parte que entraba le daban lo necesario para el sustento; pero atento lo llevaba, y partía con su querido Faustino, en cuya compañía comía con notable gusto.

Vivía cerca de su posada una mujer de razonable caudal, que trataba en aves, teniendo una recua de mulos que enviaba a Castilla a traerlas, y viendo a Pedro muchacho de tan buena presencia, y tan decididor, aficionada dél, le convidó, con que la asistiese a sus libros de asiento, y que a él, y a su padre no les faltaría todo lo necesario.

No fue esta petición muy mal oída de los dos necesitados, pues al punto obedecieron. Permítasele a la pluma, el pintar con estos caracteres, unas justas, y bien derramadas lágrimas de los tristes ojos de Faustino, antes que la muerte ataje su sentimiento, que alivio es el que venga adonde la dicha es tan corta; llamó a Pedro, rindiéndole las gracias, pues por él le venía aquel alivio tan impensado, y Pedro, postrado de rodillas, vertiendo tiernas lágrimas, le dijo así.

No sé a quién debo el ser de hombre, pues no conozco a quien me engendró. A ti, amado Señor, sí, que eres a quien debo el amparo, y la crianza, tú me enseñaste lo que sé, esto es cierto: pues si a este árbol humano, ya que no le sembraste, o plantaste, le cultivaste, y guiaste, hasta el extremo de dar algún fruto; no será mucho que te le rinda, doblando la vara de su cuerpo, y besándote el pie. Amado Pedro (dijo Faustino) quién pudiera pagarte tanta piedad, siempre creída de mí! dame esos brazos, dijo, echándoselos al cuello, en cuyo lazo empezó a temblar el edificio de la vida de un afligido: Déjame llorar en cuanto tenga vida (prosiguió Faustino) no la hacienda que perdí, que siempre la creí percedera, en fin como bienes de el mundo, sólo la falta de aquel amante consuelo de Teodora. Ay prenda amada! dijo, vertiendo tanto golpe de lágrimas, que bastaron a anegar a Pedro, formando un llanto tan amargo entre los dos, que aun las piedras miraban pesarosas de tener tan dura materia, y no poder acompañarlos.

Desenlazolos un temblor, que acudió a Faustino, tan repentino, que sólo pronunció, a Dios hijo amado, él te haga dichoso. Con esto se humilló a la tierra, que, ya avisada de su sentimiento, le aguardaba para prevenirle descanso, que los pobres, y cortos de fortuna, sólo en ella descansan.

Llevole Pedro, como pudo hasta su lecho, ayudado de una criada de la casa; mirele el rostro mortal, y el ser vacilante, prevínole discreto Médico para el alma, y luego le trajo los Sacramentos, y después de las obras de Cristiano, repitiendo un Acto de Contrición, dio su alma a Dios.

Quedó nuestro Pedro solo, sin la compañía de sus amantes dueños, pero tan acompañado de sentimiento, y tan admirado de los impensados golpes de la fortuna, que previno en la idea de su entendimiento, aunque el mundo le ofreciese sus bienes, de no admitirlos, sólo aquellos, que bastasen al sustento corporal.

Pasáronse algunos días, y poco a poco se fue tras los días el sentimiento, porque su nueva ama le quería notablemente, granjeándolo su cordura, y asistencia.

Corre tan veloz el tiempo, que apenas amanece la edad del hombre a las puertas del Oriente, cuando se mira en el Ocaso de su fin. Mirábase Pedro, y argüíase a sí mismo, diciendo: Tú no eres el que ayer fuiste hallado en una calle, desnudo, pobre, y solo, arrojado

de los mismos que te engendraron? que arrojó fue, aunque a la puerta de la piedad; pues qué te aflige? para qué te preguntas, quién eres, y quién te dio el ser? sin duda sería alguna fiera: pero no, que las fieras nacen vestidas, aunque desnudas de discurso, y yo ya que nací desnudo, parece que naturaleza se esmeró en darme algún entendimiento, aunque parece que no, pues quien pregunta como yo, ignorante es, pues siempre es el principio del ignorar el preguntar, si es de aquellos que desean saber, que el que nació para ignorante, jamás procura salir de las nieblas de su error; pero si tal vez me arguyere, será por ver si me puedo vencer a mí mismo, que haciéndolo, podrá ser que dé alcance a los deseos que tengo de saber, y así daré asiento a la curiosidad, desterrando poco a poco la cansada ignorancia.

Fuerza sería que mi padre fuese hombre, pues salí de su especie, que según Aristóteles estagirita, el hombre, hombre procura engendrar; pues si lo fue, la fiera más atroz se hizo, que crio naturaleza, pues arrojó de sí a un hijo: de qué fiera se cuenta tal acción? sólo del hombre se podrá contar: bien pudo,<sup>6</sup> oh cruel padre, llegar a mí un fiero cerdoso, o un rabioso can, y despedazarme, quedándose el alma en las tinieblas de su primer caos, falta de luz Celestial: daré las gracias a Dios en cuanto viva, pues llevó<sup>7</sup> tan a punto la caridad de aquellos dos, a quien lloraré en cuanto vivo, surcare<sup>8</sup> la playa de el mundo.

Oh madre ingrata! faltárate un bocado de pan, pedido por Dios, con que alimentar a este que trujiste en tus duras entrañas? Arriesga el animal la vida, por librar sus hijuelos: trepa la levantada palma, araña los copetudos montes, surca los ríos, penetra las cuevas, arranca las peñas, y se arroja a las lanzas, y arcabuces, sólo por el amparo de aquel pedazo del alma, y tú le arrojaste? cierto sería que te costase dolores, y si por eso te vengaste, mal hiciste, que no puede saber lo que causa un recién nacido: sólo será mi venganza, procurar no parecerme a vosotros, oh padres crueles! que me negasteis el llamaros piadosos, por no conoceros: el ser os debo; que la luz de la razón me lo ha enseñado, y el ímpetu de conocimiento me lo ha dicho, que pues veo, conozco, y advierto, no estoy falto de razón.

Así lamentaba Pedro, entregada la memoria en su historia notable, en su descanso breve, y en su fortuna esperada, cuando el mundo dio a entender la poca firmeza en los cómodos temporales, pues avivando a la infernal envidia, puso guerra a la inocencia de Pedro.

Había en la casa otro mozo, que aunque mal Escribano, y bien descuidado, asistía a los libros, y demás papeles, antes que Pedro viniese, y viéndole en su puesto, y que le estimaban, y a él le habían abatido a cargar con las banastas de las gallinas, y huevos, ordenó con dañado corazón el desacreditar a Pedro.

Dormía la criada de la casa, que aunque desaliñada, y nada limpia, tenía buena cara, que el diamante entre el estiércol luce. Dormía, como digo, en un aposento, el primero

6.- 'pude' (p. 20).

7.- Podría haber errata por 'llegó', bien con acepción de 'ocurrió', bien con acepción de 'allegó'.

8.- 'surcaré' (p. 20). No anotaré este tipo de erratas.

de la casa, cercano a la puerta de la calle, para en las ocasiones tener cuidado de los que entraban, y salían, por asistir el Ama muy adentro de la casa.

Recogido una noche el envidioso mozo, solo, y sin estorbos vivientes, tomando recado de escribir, imitando la letra de Pedro (que para hacer mal, jamás faltó habilidad) escribió un papel así.

Amada, y querida Juana, pues sabes mi amor, y que reconoce la deuda que te tiene, y pagará, no dilates lo que ya tenemos tratado entre los dos: y pues no hay dificultad, siendo dueña, como lo eres, de la puerta de la calle, abrevia las penas de quien más te quiere, guardándote en todo de Juan. Tuyo hasta la muerte, Pedro. Después de escrito, le cerró, y guardó para en la ocasión darle a su ama, si no bastasen sus malos informes.

Qué descuidado, y ajeno de tales traiciones andaba Pedro, todo imaginativo en sus fortunas, y discursivo en su historia! y sin quejarse de su fortuna, vacilaba en la mansión de su entendimiento todo su discurso, tal vez ajenándose de la obligación que tocaba a su cuidado; pero la prontitud de su notable entendimiento lo suplía todo con su viveza humilde.

El desvelado mozo, ardiendo de envidia, no hallando descanso, buscando ocasión, la logró en hablar a solas a su ama, diciéndola así: En los tiempos que se alcanzan, notable riesgo corre el que habla verdades, y más siendo en agravio de segundo sujeto; pero la fuerza de la razón, y deuda que tengo a esta casa, me han forzado a la presente ocasión, y para que descanse mi voz, lee, y pon remedio a tu perdición.

El ama, que tomó el papel, y examinó lo que contenía, discursiva imaginó, que dentro de casa era papel escusado, pues se podían hablar todas las horas, y que no era Pedro mozo de tan ruines pensamientos; además de ser papel arriesgado, por ser fuerza, que ella le había de dar a otro, que se le leyese, discurrió discreta,<sup>9</sup> y remedió avisada.

Llamó a Pedro secretamente, y mostrándole el papel, le preguntó si era suyo? Respondió: Señora, no es mía la letra, ni lo notado; pero tuya la pregunta sí, que es lo que yo más siendo. Despidiome, y llamando a Juan, le reprehendió ásperamente, y ajustando la cuenta de su salario, le pagó, y despidió.

Juana, que supo la causa, y el enredo, con lo notado de el papel, llena de confuso ardor, enamorada de Pedro, pareciéndola, que siendo su marido, sería dichosa, ordenó de decir a su ama, que el papel escrito, no todo era mentira, pues Pedro la debía la flor, que tanto resplandece en las mujeres; rendido todo su entendimiento a esta determinación, echó el sello al hallar algunas cintas, y otras pequeñas alhajas de Pedro, guardándolas para que la sirviesen de abono (que quien procura engañar, cualquier testigo le parece un Ángel, según le retrata bueno.) Con estas disposiciones, buscando ocasión, habló a su ama de esta suerte, ayudada de alguna turbación, y lágrimas, que lo uno, y lo otro son atributos de las mujeres.

Ya sabes, Señora, lo que ha que te asisto, pues entré en tu casa de siete años, y que militando en tu buena escuela, he sabido observar la bondad, y cuidado con tu hacienda.

9.- 'discreto' (p. 24)..

Hoy el fuerte de mi estimación le rendí a la mayor discreción, a la mayor afabilidad, a la más atenta cortesía, y a la más pronta servidumbre, que lo bizarro, y galán, con lo demás referido, hubiera dicho, acortando razones, y nombrando a Pedro; y así podrás dar crédito al pasado papel, y a estas memorias de amor, que en mi poder ha consagrado, suplicándote, te duelas de mí, que te prometo ser tu esclava todos los días de mi vida.

Acabó forzada de algunas lágrimas, o persuadida de aquel dicho de llora mujer, y vencerás; pero el Ama, sagaz, y discursiva, aunque algo turbada, que no miraba a Pedro de mala gana (pero qué no granjeará un claro discurso, rico diamante en el engaste de un dictamen humilde?) la respondió así:

Cierto, Juana, que no me admiro de lo que me has contado, que nuestra materia es muy frágil, y más a la vista de tan buen mozo; pero reñirete, el que no reparases en que no tiene tantas partes como parece, pues la principal del nacimiento, fue la que sabes, y que por amor de Dios le criaron, y prohijaron aquellos señores, y yo le recogí movida de caridad, y que puede ser que sea hijo de algunos malos padres, concebido en las sombras del pecado, y que como tal obre en creciendo en la edad; y demás, que harto me hubiera holgado el que no te debiera nada, porque yo tenía dispuesto darte mejor novio, y demás ayudarte bien, que dos palos secos jamás, o tarde reverdecen, y para servir toda tu vida, cierto que ha sido notable tu yerro: harto me holgara, que tuviera remedio, que en verdad que tenía yo tratado tu casamiento, como te tengo dicho, y que había de ser con mucha brevedad.

El eco de novio, y hacienda, hicieron asomar colores al rostro de Juana, que en un instante mudó el amor, retratándose Señora de casa, y criados, y con alguna turbación a medias razones, algo tragadas, y algo a rempujones, dijo así:

Señora, no podré negarte, que tengo amor a Pedro; pero amor que no ha pasado de los umbrales de la cortesía, por no haber dado lugar para más su notable condición; pero por que tuviese logro mi determinación, causada del mentiroso papel, he fingido el engaño que has oído, diciendo, me debía la flor de la estimación; pero no es así, que aun estas alhajas, que te he enseñado, han sido halladas de mi cuidado, no recibidas de su amo, que creo que está bien extraño de todo; y puedes creer, que ha sido todo envidiosa traza de Juan cuanto ha pasado.

El alma se volvió a la dueña de casa a su antiguo lugar, que parecía, que ausente estaba; pero reparada, y atenta, como quien se había criado entre garabitos, mesas, y canastas, junto a la Imperial calle de Madrid, alegre por haber surtido bien su fingido enredo, y que con tanta facilidad había aclarado la inocencia de Pedro, a quien casi había llorado ajeno, con palabras cariñosas, y blandas, la volvió a examinar, y oyendo la verdad, autorizada con algunos juramentos, la despidió, prometiendo el remedio con toda brevedad.

### DISCURSO III. *De las fortunas de Periquillo el de las Gallineras.*

**C**RUEL sierpe es la mentira, autora de toda maldad, fuente de los vicios, madre del pecado; arpía, que todo lo inficiona; ladrón, que todo lo roba; Fitón, que todo lo anda; Hidra infernal de muchas cabezas; Proteo de muchas formas; Centimano, que con muchas manos pelea; y Caco, que a todos desmiente.<sup>10</sup> En fin, la progenitora del engaño, armada de fieras puntas, presentó batalla contra la candidez de Pedro; pero como la bondad trae siempre embrazado el escudo de la humildad, con facilidad se defiende sin hablar, que para contra la metira basta un inclinar la vista de los ojos a la tierra, y la del espíritu al Cielo

Bien ajeno se hallaba Pedro de todas estas cosas, pues contemplativo, dado todo a la suspensión, dentro del coso humano, sentidos, y potencias, se argüía con rigor a lo notable de su discurso, hechas sus fortunas sala criminal, decían así:

Cómo en un mundo, forjado de mentiras, y engaños, laberinto común de malicias, se atreve el hombre a meter el pie, siendo tan niño?, cómo acabado de nacer en un valle de tan espantosos animales, donde para librarse no bastan cien atenciones, se atreve a salir el hombre con tan pocas fuerzas? Gentil modo de meter el pie en el lago de las discordias, en la plaza de las envidias, y en el confuso teatro de la ambición. Oh desconsuelo humano! Oh vida, que empiezas a ciegas, y a ciegas acabas! No era mejor empezar a vivir en la Primavera de la edad, como el primer hombre, que en este tiempo fue formado, como de treinta y tres años? pero si en tan breves horas supo enojar a Dios, más vale empezar a vivir cuando no hay discurso, que en la Primavera más fuera despeñarse el hombre. No comenzara la vida, sino la propia ruina; no entrara por la puerta de la virtud, sino del vicio. Dejadme confusiones, decía el afligido Pedro, pues todos mis sentidos parecen un Babel de contrariedades.

Aquí llegaba su notable discurso, cuando le llamó su Ama: no hay servidumbre, que no tenga luces de esclavitud, si el que la asiste, tiene discurso capaz. Obedeció Pedro, y viéndose a solas con él, le dijo así: Muchos días ha que el deseo de hablarte batalla conmigo, y con algunas inquietudes me hace vivir, y el no haberlo hecho antes de ahora, no ha sido porque la voluntad tuviese pereza, sino tu edad pocos años, que aunque son diez y seis, y los míos treinta, determinada estoy a hacerte dueño de mi albedrío, y hacienda: bien creo que tu humildad, discurso, y atenciones, mirarán siempre a que he sido tu Ama, y me rindo a ser tu esposa. No te espantes, que a no ser tú quien eres, y corresponder como se ha visto a tus obligaciones, admirado siempre en tan poca edad, no me arrojara a semejante locura, pues con el caudal que tengo, no me habrán faltado pretendientes, en ocho años que ha que enviudé; pero siempre he procurado adelantarme a publicar el no

10.- 'desmientes' (p. 28).

volver a tomar estado, con que he apagado el ardor de algunos que lo han intentado; y así Pedro, sin dilación se sacarán los recados, pues ni tú tienes a quien dar parte, ni yo a quien dar satisfacción de mis determinaciones.

A quién no alegrara semejante nueva, nunca pensada, y de repente oída? Respóndanme los mancebitos de hogaño, que apenas tienen bozo, cuando se echan en el pozo, y se cargan como jumentos, sin reparar en sesenta mil inconvenientes, que suele haber: pero la sagacidad de Pedro, sin turbación alguna, muy sosegado, respondió así: Nuevas cadenas echas a este tu esclavo en cuanto viva, con calidad de no pasar los límites de criado, porque sabrás piadosa Catalina, y dueño mío, que tengo ofrecido a Dios, y hecho voto de castidad, y así no permitas que sea traidor, e ingrato a un padre, que me dio el Alma, y el entendimiento, memoria, y voluntad; sólo te ofrezco en pago de tantas honras, el perpetuo silencio de mis labios, y la humildad de mis ojos.

No tan fiera la herida leona acomete a su ofensor, ni el tigre preso, procura con descompuestos meneos la amada libertad, como la fiera mujer, turbado el color, espumeando la boca, rabiosos los ojos, y atrevidas las manos, embistió a Pedro, y maltratándole rostro, y cabello, sin bastar la mayor humildad a apaciguarla, fue causa su eco levantado, a que entrase la gente de la casa, y aun la vecindad, que las más cuerdas deste trato no tienen a novedad el alborotar la plaza, su casa, y aun el pueblo: llegó, como digo, gente, y quitaron de las garras del más fiero animal al tierno, e inocente pajarillo, arañado, y sangriento. Preguntaron unos la causa a Pedro, y otros a su ama, que respondió, por atrevido, y desvergonzado: y Pedro con profunda humildad, que su señora tenía razón.

Volvió en sí la fiera mujer; pero qué mujer hay que no se vuelva demonio, viéndose desechada, y celosa? Compuso la toca, y dio satisfacción, diciendo, que no era tanta la culpa de su mozo, como el haberla cogido apasionada: y que para evitar inconvenientes, se fuese de su casa. Cerrose en esta determinación, sin bastar algunas personas de su trato, que se hallaron allí, a reportarla, por más que hicieron: con que viendo la sentencia rigurosa, sin apelación, aconsejaron a Pedro, que se fuese. Hízolo, desconsolado, y tiernos los ojos: y sin volver la vista al albergue injustamente perdido, dio quietud a sus pasos en una calle, algo apartado de la suya, y arrimándose a una esquina, después de enjugar los ojos, llamando a su discurso, todo imaginativo, empezó así.

Qué hay Pedro? qué golpes de fortuna son éstos: ayer pobre, y arrojado, ha breves horas rico, y amado, luego pobre, y desamparado? poco ha acomodado y regalado, ya sin amparo, y en la calle? Ea, buen ánimo, que en las prosperidades, lo constante, y animoso no admira en el hombre: en las fortunas adversas se conocen los quilates del valor, éste hemos menester, advirtiéndolo, que hasta ahora no se ha perdido hacienda, ni tiempo, porque la edad es poca, la hacienda ninguna ha sido; en buen lugar estamos, y así buscar<sup>11</sup> a quién servir para comer, que no es vileza, y en vos no caben desvanecimientos, pues

11.- Por 'buscad' (p. 33).

sabéis vuestro origen. Pedir limosna con sobrada salud, no será razón, y sólo el haberlo imaginado, me ha dado luces de que sin duda la pedían mis padres.

Campañas hay donde hace cocos el enemigo de las Católicas armas de mi Rey: en buena edad estamos, que donde hay poca fortuna, el aspirar es en vano, y demás, que la palabra doy al mundo, de no cargar de sus haberes, que vivir sin la carga cuidadosa de sus trastos, causa poco sentimiento a la hora de la muerte; y pues tan mal suena en estos tiempos la castidad, pues por nombrarla me veo deste modo, jamás me cegarás fortuna enemiga, ni tú, vendado rapaz, pues conozco que no hay pasión que no ciegue, y sin jurar he de guardar la palabra que ya pronuncié, y dije habérsela dado a Dios: el airado, aunque tiene ojos, está ciego con la cólera que observa, el codicioso, falto de toda luz, se da al vil interés: el confiado, siempre camina a ciegas, y el perezoso, jamás abre los ojos para ver su perdición: y así Pedro, abrir el ojo, y huir el interés; vivir alerta hemos menester, pues estamos entre tantos enemigos, y también es menester cautela en el ver, y oír, y mucho más en el hablar. Oír a todos sin fiarse de algunos, que de ordinario es granjear amigos, pero guardarse de todos como de enemigos.

Así lamentaba Pedro, cuando un hombre le llamó, diciendo: Ah Periquillo, qué hay? qué se hace? volvió la vista para ver a quién había de responder, y conoció el sujeto, que era un zafio Gallego, marido de una Gallinera: Sentir el ausencia de mi casa, respondió, y llorar mi fortuna. No han bastado, según he sabido (replicó el Gallego) ruegos con vuestra Ama, pero si queréis acomodaros, yo os diré dónde, que es en casa de fulano, que aunque el tráfigo es grande, la comida es buena, y sé que os recibirán, porque ayer despidieron el mozo que tenían, por haberse casado con una criada de la casa. El cielo vio abierto nuestro Pedro, que donde hay discurso, y necesidad, cualquier ofrecimiento se estima, y así con muy pocas palabras, atentas, y corteses, estimó el nuevo cómodo al que se le ofrecía, y sin dilatar el tiempo, guiaron a la nueva casa.

Hizo relación el Gallego, aunque en mal frase, de la prenda que llevaba, alabándole notablemente; y con algunos informes que ya tenían, fue recibido con mucho amor; despidiose el que le llevó, diciendo, a Dios Periquillo; con que la gente de la casa empezaron a nombrarle así, y como la poca edad lo permitía, y ya le conocían, así figoneros, como compradores, y despenseros, alabando sus dichos, y sentencias, decían en ausencia suya, que era un prodigio, y un espanto Periquillo el de las Gallineras.

Por este nombre fue conocido en Madrid, la más Noble, y amada Patria, madre de los mejores ingenios del mundo, santidad, y admiración de hermosura, y silla de las Católicas Majestades de España, y nuevo mundo de las Indias.

Crecía la fama de nuestro Periquillo, y muchos iban a verle, y a oírle, volviendo los más admirados, y pesarosos de su ejercicio y un día que algo pensativo le vio el nuevo amo, le pregunto, en qué se piensa? qué novedad corre por el entendimiento? No es novedad, respondió, que mi discurso estaba entregado en la cosa más antigua del mundo, pues es la ingratitud, y humana fiereza del hombre; y sólo me holgara de poder volver atrás; pero

si doy la vista al deseo, no hallo ya los días que han pasado (notable engaño de la vida) temo tratar con el hombre, y témome tanto, que a no estimar esta forma Real, y el Alma que la hermosea, con mucho gusto me volviera bruto; pues siendo hombre, a Dios, y a mi prójimo enojo a cada paso; y siendo fiera, no labrara culpas a mi perdición.

Gran necesidad es la tuya (dijo el Amo) porque el hombre nació sin armas, y no puede agraviar, ni hacer mal, como los animales. Pues el León tiene garras, el Tigre tiene uñas, el Elefante una espantosa trompa, agudas astas el Toro, crueles colmillos el Jabalí, espantosos dientes el Perro, y nada desto tiene el hombre para ser fiera. Así es, dijo Periquillo; pero si dejó de ser fiera, fue por ser más fiero, y sus crueles armas son una lengua con que desgarras vidas, y honras; que las fieras no pueden quitar más que las vidas; pero el hombre, con la lengua, con el dañado aliento, con las podridas entrañas, con una mala intención, con unos ojos envidiosos, unos dientes mordedores, sólo con el meneo, y unas narices fisgonas, quita honras a unos, hacienda a otros, el crédito, y el sosiego, estraga la calidad, y obscurece la sangre, y por fin quita la vida: y así mira tú, señor, quién es más ingrato, el hombre, o las fieras? Razón tienes, Pedro (respondió el Amo) quién quieres tú que fragüe respuestas a tu sentencioso, y discreto decir? Dios te haga bueno: él te pague ese deseo, pues no hay más que adquirir en la vida (replicó Pedro) y prosiguió.

Para más prueba a mi tema, escucha. En Roma, en tiempo de los Gentiles, cogieron los Jueces a un maldito hombre, fiero matador, y robador, que aun a sus mismos padres había dado muerte, y para su castigo ordenaron uno bien extraño, y espantoso, fue abrir una hoya, y sepultarle vivo, metiendo en su compañía espantosas, y crueles sabandijas, como Dragones, Serpientes, Tigres, y Basiliscos, y tapando la hoya con una losa, le dejaron así, para que pereciese, sin compasión, o remedio. Acertó a pasar por allí un Peregrino Estranjero, bien ajeno de tan atroz castigo, y al eco de un ay lastimoso, se acercó a la parte de adonde le pareció, que salía la voz. Pisó la losa, y oyó de más cerca los lamentos de el miserable<sup>12</sup> hombre, y todo compasivo, procuró, a fuer de su trabajo, apartar la losa, como lo hizo, saliendo al punto todas las fieras, a quien temió, y creyendo su muerte, vio, que humilladas le besaban el pie, en hacimiento de gracias de haberlas sacado de tan infernal compañía, como es la de un mal hombre, aconsejándole, que huyese, como ellas lo hicieron, pues unas corriendo, y otras volando, dejaron solo al piadoso, y elevado forastero, que mirando la hoya, y viendo que sólo el hombre faltaba de salir, y que no podía, le ayudó, y sacó fuera, y pareciéndole al mal hombre, que aquel pasajero, sin duda llevaría dineros, y riquezas, embistió a él, y mató. Mira tú, Señor (prosiguió Pedro) dónde está la fiereza, en el hombre, o en las fieras?

Quejábase el León amargamente ante Júpiter, contra el hombre, querellándose de sus ingratitudes, y dándole audiencia, dijo así: Castigue tu justicia, oh gran Señor, a este racional bruto, y para que mi dolor, y justas quejas te enseñen venganzas, escucha.

12.- 'misarable' (p. 38).

Ayer, que acosado me vi en una inculta selva, rodeado de fierros cazadores, que con este achaque salen a robar, y quitar vidas a los pobres pasajeros, y descuidados andantes, huyendo, me retiré, y escondí entre unas palmas, desde donde pude ver con alguna seguridad, cómo unos fieros hombres habían desnudado a otro, y le dejaban atado al treposo tronco de una palma, y después se fueron con el robo. Viendo esto mi piedad, y Real ánimo, que en los pechos Reales nace muy de asiento, salí de mi emboscada; y cuando al verme el hombre, creyó su muerte, empezando a temblar, y aun la palma a que estaba atado, que los troncos no se libraron del temor, que causa la vista de un Rey, llegué piadoso, y humilde le desaté, asegurándole la vida, y libertad; pero en lugar de pagarme semejante beneficio, me engañó, aunque soy Rey (que de un dañador pecho, no está segura una Corona) Díjome con semblante humilde, y agradecido, aunque el corazón dañado, y cubierto de traiciones, que ya que no había querido cebarme en él, y piadoso le perdonaba, le siguiese, que él me enseñaría un cordero, en cuya terneza me podría cebar, y matar el hambre.

Guió a un monte, donde me enseñó el inocente animalejo balando, asegurándome, que bien podía embestirle, porque allí estaba solo, y perdido de la manada. Yo que tal vi, cansado, y hambriento, fui a él, y antes de llegar, con buen rato, me dijo el tierno animal así: Adónde vas, Señor; que te pierdes, y te engañan? No seas tan dócil, muestra a ratos la fiereza de tus uñas: repara, que con la mascarilla de la inocencia te quieren cautivar, abre el ojo, y huye santidades hipócritas, fingidos, y encubiertos ladrones. Atado me tienen aquí los fieros hombres, para que te engañe, apremiado, y amenazado; pero a ti, Señor, no quiero engañar, aunque mi vida corra peligro.

El hombre, que también oyó estas razones, mirándonos unos a otros, soltando él una risilla falsa, dijo: Lo que hace el miedo. El buen corderillo, bien piensa librarse con sus fingidos engaños. Pobre de ti, que aunque te perdone el León, quedo yo aquí, que aun soy peor. Así es (dijo el corderillo) pues ingrato al beneficio que has recibido, traidoramente quieres engañar a mi Rey. No te ha de valer el miedo (dijo el hombre) que bien conozco, que es quien te ha enseñado a mentir. No dilates más, oh famoso León, el atajar los engaños de estos humildes.

Yo, que creí al hombre, embestí al corderillo, y antes de llegar, caí en un trampazo de un foso. Halleme en un profundo hoyo, de donde no era posible salir. Así estuve algún rato, hasta que se asomó el hombre, diciendo: Qué hay señor León, mire vuesa merced lo que va de ayer a hoy: poco ha que me vi cautivo, y atado, y del señor León librado, y ya el libertador es el cautivo: nadie se fíe en el tiempo, que el cuerpo humano hoy, mañana es un frío cadáver. El Sol, que hoy amanece, coronado de rayos, a la noche se ausenta, coronado de horrores, y arreboles de sangre. La Corona, que se está mirando en las sienes, se halla a breves horas, postrada al pie de una tumba. Nadie diga, bien estoy, en tanto que pisa la tierra.

Estas razones me dijo, y yo sin turbación le respondí: Bien has hablado, y discurrido; y pues tu entendimiento es tan capaz, según has mostrado, no seas ingrato, y esos avisos que me das, tómalos para ti, y no te fíes en tenerme preso a tu voluntad, sin haberte dado causa, y pues me debes la libertad, y vida que gozas, dame en pago de este beneficio lo que a ti te di, que yo te prometo de ser esclavo tuyo para siempre.

A estas razones, riéndose, me dijo: Bueno está eso, ahora traeré una jaula, y le meteré dentro, que mi ambición aspira a ganar de este modo mucho dinero, llevándole por los lugares, para que le vean chicos, y grandes, y noten su Majestad, y grandeza, sujeta, y cautiva a manos del hombre, y no se aflija, que no faltará qué comer.

Oh ingrato! (le respondí) qué sabor te parece que me darán tus ofrecidos bocados, si me falta la libertad? Si ésa me quitas, qué vale cuanto ofrecerte puedes? Tú sí que eres fiera traidora, y ambiciosa, yo no, aunque lo parezco. Con esto se fue, y el corderillo, que oyó mis quejas, entre balidos lastimosos, me dijo así: Rey mío, Señor amado, ahora conocerás lo mal que anduviste en no dar crédito a mi humildad. Despreciaste mi bajeza, y no hiciste caso de mis avisos, ordinario bocado tuyo, fiarte de poderosos halagadores, traidores usurpadores de tu grandeza, y desechar los avisos verdaderos de los abatidos pobres, y humildes. Ya te avisé del riesgo, y ya has experimentado la ingratitud del hombre. Preso te veo, desgreñada la hermosa melena, caída la Corona de la cabeza, y con el ansia que te aflige, sudando, y esperando la fiera cuartana. Ay de ti y ay de mí! que en volviendo el hombre a ti, te ha de llevar cautivo, y a mí, porque te avisé de su traición, me ha de matar, que por eso muchas veces calla el humilde, porque teme la soberbia del poderoso; pero si acaso no se te ha ausentado el discurso Real, tienta las paredes con cuidado, y topará una puertecilla, que con tus uñas podrás levantar arriba, y con facilidad salir por debajo, que donde has caído (confiado de aquellos a quien favoreciste, y amparaste) es un cepo, fabricado de traiciones, envidias, y aspiraciones a tu grandeza.

Apenas oí las amorosas razones de el corderillo, cuando aplicando el pulso a las paredes del obscuro calabozo, hallé la puerta que me dijo, y clavando las uñas en ella, la fui levantando hasta que pude salir, topando un angosto callejón, por donde subí adonde el corderillo estaba, que con lágrimas de gozo mostraba el contento, que en verme tenía. Esto me ha pasado con el Animal más ingrato que pisa la tierra, y por no ensuciar mis garras en tan fiero enemigo, no aguardé a su vuelta, y le maté, y así pido justicia contra él.

## DISCURSO IV.

*De las fortunas de Periquillo el de las Gallineras.*

**Q**UÉ poco caso hace el poder de los avisos, cuando salen por la boca del pobre humilde, y al paso que había de ser creído, por no moverle ambición, es desechado, porque no tiene fuerzas de poder. En cuanto a la fiereza del hombre, ya has oído el cuento, prosiguió Periquillo; pero falta la respuesta de Júpiter, y sentencia que dio. Preguntóle muy sagaz, si había desatado, y puesto en libertad al corderillo, en pago de aquel beneficio? A quien respondió el León, que a su grandeza no le estaba bien personalmente emplearse en tan humilde cosa, que intento tenía de mandar a un criado suyo, fuese, y le desatase. Bueno en verdad (dijo Júpiter) fiar de la segunda persona el favor a tan grande beneficio, como habéis contado: mucho sentimiento tengo, y así en cuanto no vea yo libre algún mito de corderillo, no haré justicia.

El León, que tal oyó, suplicó a un caballo, que allí vio, fuese a dar favor al corderillo. Obedeció el caballo, pero como llevaba antojeras puestas en la vista, nunca acertó al sitio; y viendo el León, que tardaba el mensajero, envió al lebrél, y como es animal envidioso, se quedó en el camino, sin ir al recado; con que fue fuerza al León ir al sitio, donde sólo halló rastro de sangre, y señas de la muerte, y la piel hecha pedazos a manos de la fiereza del hombre, que como volvió por su León, y no le halló, se vengo matando al corderillo. Oyendo esta nueva Júpiter, sentenció, que el hombre quedase con sus cautelas, y traiciones, y el León sujeto a ellas, pues por su causa había perecido la inocencia de aquel que le dio tan verdaderos avisos, y así, Señor, y dueño mío, no alabes al hombre, ni te fíes dél en todo, hasta examinar su natural; y no ignoro, que algunos, trasplantados en buena doctrina, se hacen sabrosos, y amables: y porque veo tu atención, y poco enfado en oír mis cuentos, escucha, pues nos da lugar el tiempo, y no haber qué hacer.

Corría los campos de la fortuna un afligido pobre, desterrado de su Patria: porque a los pobres de corta estrella, los aborrece hasta su misma Patria: iba huyendo, y fue a parar en un monte de encinas, tan espeso, que la tierra que los había criado, se quejaba de su ingratitude, pues la quitaban la vista del Cielo, y comunicación del Sol. Así que a este sitio llegó, oyó, un ruido, y tropel de caballos, y entremezcladas algunas voces, que aunque confusas, con la atención previno razones, que fueron éstas: A tan infame, y alevoso hombre, qué castigo le puede dar la justicia, que equivalga a sus culpas? Y así, aquí ha de quedar ahorcado de un lazo que le entretenga, sin lo rápido, y breve de el ahogo; y sólo por eso hemos buscado este sitio, donde apenas ha estampado la huella hombre humano. Con esto sintió que se apartaba el confuso tropel, y encubierto el afligido hombre, los vio ir a toda priesa, y ya que le pareció, que la seguridad le acompañaba, llegó adonde había oído el ruido, y vio un hombre colgado de una encina, atadas manos, y pies, batallando con la muerte, que aun quejarse de su fortuna le negaba la misma fortuna, y su estrella: sacó la

espada el piadoso pasajero, y cortando el cordel, dio el cuerpo en el suelo, que quitándole el lazo del cuello, fue volviendo en sí.

Grande fue la suspensión de los dos. El piadoso, viéndole vuelto en todo su acuerdo, y el que creyó que llamaba a las puertas del<sup>13</sup> otro mundo sobre la tierra déste, y para romper tanta suspensión, el piadoso le dijo así: Amigo, que así es bien te llame, y me nombre; pues a la muerte le quité de entre las manos a tu vida, merezca yo oírte, y que me cuentes la causa de semejante venganza. Sentados los dos a estas razones, la respuesta fue, que empuñando la espada, que le hizo el beneficio, mató a su bienhechor: mira tú ahora de qué fiera se cuenta semejante atrocidad, pues el León, siendo el más fiero animal de los nacidos, si recibe un beneficio del hombre, fragua en su idea perpetua esclavitud.

Amado Pedro (dijo el amo) a dicha tengo el que habites mi casa, y de hoy mas, como hijo ha de ser, no como criado, pues en ti se esmeró naturaleza, esparciendo sus luces, con que aclaró tu notable discurso, y así te ofrezco en cuanto viva, el amparo que mereces. Postrado Pedro, agradeció tantas honras; pero no por eso faltaba de asistir a cuanto había que hacer en la casa, en tal grado, que a los bajos ejercicios se aplicaba, si no había quien los hiciera.

El amo era sobremanera el amor que le cobraba, mostrándolo en traerle bien vestido, y sustentado, y a este paso se fue concibiendo en su ama un pensamiento fiero, de que según el trato, y amor que su marido tenía a Pedro, y conversación tan estrecha, sin duda era su hijo: con este pensamiento no había paz en la casa, todo enderezado a que en saliendo Pedro, habría sosiego. Oyó con atención el hombre las quejas de su esposa, tan arraigadas, y tan sin remedio, que no le hallaba sino en el ausencia de Pedro, que mirando a lo más, ordenó arrojar de casa a lo menos; y para ejecutarlo, a sus solas hizo estos discursos.

Oh fortuna cruel! oh mujer ciega! oh pobre Pedro! para blanco de las iras del tiempo naciste: en qué has agraviado a tu ama, que tan mal te quiere? tú eres servicial, amigo de dar gusto, humilde, y callado, en tanta manera, que más pareces asombro, que hombre, pues ya para hablar tienen más lengua que las mujeres: qué signo es el tuyo, que así te persigue? pero para qué me canso, pues para ser desechado, basta ser entendido?

Así lamentaba el amo, y Pedro, que ya había sabido la causa de su desamparo, viendo en su ama tanta pasión, y en su amo tanta ceguedad, pues sólo por una vil imaginación tan preso tenía el albedrío al gusto de su mujer, empezó a quejarse así.

Oh mujer muy del tiempo! qué has visto en mí, que así me aborreces? es pecado el hacer bien? sí, si se hace a los ingratos; pero en mí, qué ingratitud has visto? Pero creo que ya no eres mujer, sino hombre, pues ya son ellos los flacos afeminados, y vosotras las fuertes; ellos tragan saliva sin osar hablar, y vosotras lo habláis todo, y los sordos os oyen: ya mandáis al mundo, pues sujetáis al hombre a vuestro gusto, y os obedece: ya no hay hombres, que se rindieron, y avasallaron a una lagrimilla mujeril; más alcanza ya el favor de una mujer, que todos los méritos del saber; ni se puede vivir sin vosotras, ni

13.- 'de' (p. 48).

con vosotras, ya el hombre, Rey del mundo, es esclavo vuestro; cegó cobarde, y hizo a la mujer su valido, y ya es ella quien lo puede, y lo manda, y el hombre ni manda, ni puede; ya se trocaron basquiñas por calzones, después de su mucha conversación; y ya se arroja el discurso del hombre a la prisión enfadosa de la cabellera; y ya la mujer es hombre, y mi amo no es amo, pues sin causa me arroja de sí; pero no por eso, varia fortuna, me has de ver aburrido, que cuanto más golpeado, más constante me hallarás.

Aquí llegaba Pedro, cuando llamándole su amo, mostrando sentimiento, le dijo así: Sin preguntarme la causa, amado Pedro, os podréis ir con Dios, y pues no ignoráis, no me respondáis; tomad ese bolsillo, que él os ayudará en tanto que buscáis comodidad.

Enternecidos los ojos de Pedro, aunque muy en sí, respondió: Obedeceré tu mandado en irme, mas no en tomar intereses del mundo, que son de los que yo más huyo. Saliose de la casa, y después de largo trecho que había andado, se acordó de dar quejas al viento, que ya lo mismo es dárselas al hombre.

Oh mundo todo humo, y todo nada! Oh civil, que diferente eres del natural! Oh inmensidad de Dios! Oh misericordia misteriosa! Pregónenlo tus obras, tan diferentes de las del mortal: prevenido estoy a tus combates, mundo, no me cogerás con susto, que agradeciendo a Dios el haberme abierto tan temprano la vida del alma, te he conocido; entró en mí el discurso con tiempo, no como en aquellos que ya tienen el pie en la sepultura, cuando caen en ti, o en sí mismos; ya no me has de espantar con cuanto viere, y experimentar.

Así decía Pedro, cuando las voces de un ciego le inquietaron, pues decía: Habrá entre los hombres del mundo alguno que tenga vista para guiar a este pobre ciego, que nació así? habrá algún pecho piadoso, que se duela de mí, que soy pobre?

La piedad de Pedro no hubo menester más, para llegarse a él, y asiéndole las manos, sin hablarse palabra uno a otro, le fue guiando algunos pasos, hasta que el ciego se paró, y tentándole, le preguntó quién era, que obraba piadoso? un pobre como tú (respondió) a quien el mundo ha dado en herir, y tan pobre, que lo que más siento, es el tener tan pocos años, pues mendigante de edad, quisiera que de limosna llegara el colmo de los días que me faltan, que aquel que nació para ser desdichado, qué nacer como morir, y qué cuna como el ataúd?

Válgame Dios! (dijo el ciego) eres hombre? no (respondió) que si lo fuera no deseara la vejez, porque los hombres, ya han dado en parecer niños, o niñas, y para ello se rapan los bigotes, y alquilones de pelo, usan trenzas, y ya no se hallan por las calles hombres, sino cuál, y cuál. Qué dices? (replicó el ciego) aunque por eso hay tan poca caridad, que ya no se junta limosna como solía, y pues en ti la hallé, y conozco, según publica tu voz, que eres discreto, guíame a mi casa, que pues eres pobre como dices, uno con otro nos consolaremos, y si no sabes a la calle de los Negros, pregunta, y en entrando por la del Carmen, a seis puertas de la mano derecha es mi posada.

Guióle Pedro, y sin preguntar, le arrimó a la misma puerta: entraron, y a pocas razones dio muestras Pedro de su discurso, dándose a querer de los dueños de la posada, gente honrada, marido, y mujer, que alquilaban cuatro camas a pobres, para ayudarse al sustento. Cierta Pedro (dijo el ciego) que, según he oído de ti, así te llamas, que en tus palabras das muestras de gran capacidad; y sólo quisiera suplicarte, dieras claridad a una duda que me molesta, que aunque ciego, y tanto, que jamás he visto, con lo que oigo, apercibo mucho, y con el sentido del tocar, he sabido la forma del hombre, y la mujer, no te has de enfadar de mis preguntas, que serán muchas, y pues en tu agrado me ofrezco compañero, y guía, te doy parte, que no te faltará lo necesario para comer, sin que pidamos limosna, porque en casa de unos Señores piadosos, me dan el sustento, y demás de que necesito, y así como hijo serás tratado, pues de tu boca he sabido los golpes de la fortuna, y corta dicha que te sigue.

La duda es, preguntarte, por qué usan los hombres el hablarse a la boca, y no al oído, y sin ofenderse de semejante grosería, tanto es el gusto que en ello reciben, que abren más boca que la tarasca, haciendo a los labios orejas, hasta que el gusto con que oyen, los hace babear como bestias: y como yo tengo entendido, la boca es para pronunciar la razón, y las orejas para recibirla, y acrisolarla, y el pecho para guardarla, y mi duda se origina de si estos tales que así hablan, dicen palabras muy dulces, pues tanto se relame, y babea el que escucha?

Ay de mí! (dijo Pedro) qué materia has tocado tan grave: los hombres que así escuchan, sólo oyen razones azucaradas, lisonjas de mazapán, y relamiéndose con ellas, jamás oyen, aunque lo parece, porque se están hartando de adulaciones, y de ordinario engullen mentiras confitadas, píldoras de el tiempo; y si acaso hiere en el oído alguna verdad, sin tocarla a los labios, dicen, que amarga, y hacen más ascos, que mujer para echar las pares, y siempre andan llenos de aire, y sin sustancia. Sin duda (replicó el ciego) es ésa la causa de que oigan tan pocas verdades los que más las habían menester, porque si los amarga escuchando con la boca, en tocando al paladar, conocen lo acibarado, y si con los ascos tragan alguna, jamás la digieren.

Pero quién son los tales, a quien amarga la verdad? (preguntó) Y Pedro dijo: Quién? Sardanápalos cobardes, Nerones crueles, e ingratos a sus patrias, y bienhechores, Calígulas viles, y Tiberios fieros, y pelados. Inquietolos las voces que en la calle se oían, diciendo: Bien venido Señor Don Fulano, sea para bien, famoso viene vuesa merced: estas y otras semejantes razones hicieron asomar a Pedro; y después de ver la causa, entró suspirando a la obediencia de su ciego, que ya le estaba preguntando quién era el que recibía tantos parabienes? No sé (dijo Pedro) sólo pintaré lo que vi. Era un bulto muy vano, con un coleteo muy limpio; un monte de plumas en el sombrero, ceñida una banda con grandes puntas, y un espadín dorado, y poco manoseado, todo sobre un famoso caballo, que parecía de una pieza figura y animal, y no fuera el creerlo algunos la primera vez.

Éste (dijo el ciego) es hombre, o monstruo? no dudas mal (respondió Pedro) pero a mí me pareció soldado en el nombre, que si lo fuera en las obras, y costumbres, no necesitara

la conciencia de bragueros. Y de qué sirven en el mundo? (volvió a preguntar) de hacer guerra al enemigo (respondió) y defendernos dél. Dios nos defienda dellos (dijo el ciego) que la guerra más la hacen a los amigos. Yo sólo digo la obligación que tienen, que es pelear, defendiendo las armas de su dueño, y aniquilar, y destruir al enemigo. Antes me parece (replicó) que entretienen. Mira, llaman de la casa de un doliente a un Cirujano, informado de la enfermedad registra el daño, ya que no la causa: ve que es poca, pero la bolsa grande, y al punto, con mucha viveza, echa las manitas a la obra, y va entreteniendo la cura todo lo posible; porque repara, que en cuanto dura, come, y en acabándose, ayuna, etcétera, y dejando cosas perdidas a la cura del tiempo: ven acá Pedro, verás lo que yo no puedo, sígueme.

Así lo hizo, y el ciego le guiaba, y a pocos pasos cayeron en una cueva, que abierta estaba; dieron voces, acudió la gente de la casa, vieron el suceso; pero sin haberse hecho mal, salió Pedro santiguándose, y el ciego medio riéndose. Buenas cosas me llevas a ver (dijo Pedro) y yo te creía, y me fie de tu guía, no viendo gota: pues a fee que las bebo (dijo el ciego) y para echar el susto abajo, enviaré por un trago. Que un ciego, (prosiguió Pedro) guíe a otro, muchas veces se ha visto; pero a uno con vista, grande disparate, aunque hoy le vemos en todas partes; porque los ciegos del discurso natural, y faltos de la vista clara del alma, como se ven perdidos, procuran perder a los demás; y como<sup>14</sup> ellos son ciegos, creen que todos lo son, y que obran a ciegas, y a tontas, necedad de cada día, querer el que no sabe enseñar a los otros, que muchos sabrían, si creyesen, que no saben.

Alabo el buen gusto de algunos Pintores, que pintan, o retratan un asno, leyendo, o haciendo oficio de maestro de solfa, y alrededor otros muchos. A todo se oponen los jumentos atrevidos, como especie sin discurso, y así los que le tienen, no se atreven, porque nunca alcanzan que el favor salió a campaña con el mérito, y en la confusa pelea quedó por señor de la campaña, y dueño de todo el favor; y el mérito quedó arrinconado. Buenas cosas hace el tiempo, así anda todo; hasta los pícaros de taba han dado en jugar a la trocada.

No den voces señores (dijo el amo de la casa) que lo que hablan, se oye en la calle, y no sabemos quién pasa, que puede ser causa de perdernos. Vaya con Dios (dijo Pedro) qué más perdidos nos podemos ver? ya el mundo no tiene qué perder, porque todo él es un perdido; y como oyó decir que era gran vida la del pícaro, ha dado en serlo, y no hay quien le acuerde que hay muerte, ni hace caso de penas, como ahora no las pasa. Aquí llegaban los gobernadores del tiempo, cuando el reloj dio las doce, y el ciego a grande priesa dijo: Hijo Pedro, vamos a matar el hambre, que el convidado ha de aguardar, y no dar lugar a que le aguarden. Con esto se fueron el ciego, y Periquillo.

14.- 'con' (p. 57).

## DISCURSO V.

*De las fortunas de Periquillo el de las Gallineras.*

**M**UNDO quiere decir, lindo, compuesto, y aseado, concertado, y perfecto, obra organizada de el Soberano Artífice; y así debe tomar el nombre de su misma belleza, él por sí no es malo, porque le cubre un hermoso Cielo, adornado de estrellas, compuestas de tal modo, que cada noche hay más que admirar en su labor. Salen a darle a conocer, y a dar claridad, un Sol, y una Luna, la tierra fértil, matizada de diversas, y varias plantas, flores, y frutos, frescos, y saludables vientos, copiosos ríos, y espaciosos mares, que de arroyos ya no se hace caso, por ser humildes. Ocupan los vientos varias, y cantoras aves, las aguas hermosos, y diversos pescados; la tierra se ve llena de animales, y tantos que ya no se hallan hombres, porque los malos se volvieron fieras, y los buenos huyeron acobardados, retirados, abatidos, y desechados. Los hombres malos, que se volvieron fieras, hacen malo al mundo.

El notable discurso de Pedro vacilaba en estos casos, y reparos, cuando antes de llegar a la casa adonde iba, vieron en una plazuela infinitos hombres, jugando a la pelota: el ruido era notable, las voces levantadas, y el bullicio grande; las palas con que jugaban parecían lenguas; la pelota era una no más; unos decían quince gano, otros treinta; otros decían falta, unos chaza, otros jugar; y con esto no dejaban parar la pelota: todos la echaban de sí, nadie la recogía, apenas venía a uno, cuando pronta la pala, la arrojaba, y si acaso daba en el suelo, la pisaban, y deshacían, y aunque estropeada, y desechada, siempre quedaba entera.

Preguntó el ciego a su guía, qué juego de voces era aquél, que jamás le había visto? Yo lo creo (respondió Pedro) a este juego le llaman estos descuidados, juego de pelota; pero a mí me parece muy diferente, porque todos éstos son descuidos vivientes, aquellos que aborrecen la razón. En qué forma? (preguntó el ciego.) Estas fieras (respondió) jamás dan el oído a la razón, y si se la dicen al oído, la arrojan de sí con malas, y ásperas respuestas. La razón es la pelota, y las palas con que la<sup>15</sup> juegan, golpeándola, y despidiéndola de sí, son sus lenguas: el que dice, quince gano, miente, que desde los quince años se perdió, entrando<sup>16</sup> en el conocimiento de los vicios: el que dice treinta, es que treinta años de edad lleva perdidos, y él cree que ganados: el que dice chaza, no lo pronuncia bien, que quiere decir, que de todo el juego hace chanza; el que dice falta, es, que todos los días de su vida la ha hecho. Los que dicen jugar, es que todo el sentido tienen en el juego.

Aquí vio Pedro, y oyó su amo, que los de el juego empezaron a dar voces lastimosas, suspiros notables, y ansias grandes, y reparando en la causa, vio que la pelota con que jugaban, se había remontado tanto, que parecía haberse subido al Cielo. Con qué hemos de jugar, decían unos? otros, con qué nos hemos de entretener? otros, con qué hemos de

15.- 'las' (p. 61).

16.- 'eetrandó' (p. 61).

reír? Bueno está el mundo (dijo Pedro a grandes voces:) miserables entretenidos, que jugáis con la razón, y hacéis burla de ella, ultrajándola, y abatiéndola, sin dejarla llegar al oído, ni a la vista, no veis que ya de cansada de lidiar entre vosotros, y vuestras malas lenguas, se ha subido al Cielo? Cómo puede ser eso (dijo uno) si yo he jugado la verdad? Por eso mismo (replicó Pedro) porque aventurándola al juego la perdiste. Qué dice este mozo de ciego? (dijo otro) que yo jamás he jugado dinero. Por eso has jugado, y perdido la edad (respondió) y hoy te hallas con mucha que ya pasó, y poca que te resta de pasar, y ajeno de la enmienda. Yo siempre he ganado (dijo otro) y Pedro respondió: Así es, pero has perdido el tiempo. Éste es un loco, dijo uno, y empuñando todos piedras, y las palas, dieron tras él; pero viendo el riesgo que en aguardar había, desamparando al ciego, buscó la seguridad de un Templo; pero hasta bien adentro le siguieron algunos atrevidos. En fin le dejaron, y se fueron, y Pedro pidiendo a Dios le librase de tan mal mundo, y gente, se salió por otra puerta, que daba a un Cementerio; pareciéndole sitio de quietud, llamando a su discurso empezó así.

Oh mundo, fuente de los engaños, y maestro de la perdición! Quién te ha trastornado lo bueno por lo malo, y vuelto lo de abajo arriba, tanto que los sabios lo lloran, y los Filósofos lo sienten? A ti, oh atrevida fortuna, daré la culpa, como a ciega; pero no, que la caída de aquel lucero soberbio fue tal, y dio tal barquinazo, que desquició al mundo, y le sacó de sus asientos. O ya fuese el duende universal, que así llaman los Sabios a la mujer, pues todo lo anda, y todo lo revuelve, cegando a unos, y empobreciendo a otros: pero calle todo, que donde hay hombres, basta uno solo para revolver, y trastornar mil mundos; y si la Majestad de Dios no previniera el que el hombre no pudiera llegar al primer móvil, ya estuvieran estas segundas causas lo de abajo arriba; y hay bien que notar, el<sup>17</sup> que el hombre, siendo persona de razón, tan sin ella viva, y obre; pero de qué me espanto, si la hizo esclava de su apetito, persiguiendo a la virtud, y que el vicio permanezca; que ande muda la verdad, y la mentira jugando cien lenguas? los hombres sabios no tienen bríos, ni aun libros, y los ignorantes, en cualquier conversación convidan a ver su librería, huérfana de doctor, y los doctores sin ella. Ya los pobres discretos son tenidos por ignorantes; porque las necedades del poder tienen la culpa, pues traen a la virtud entre sus pies, hecha payos en los zaguanes.

Para qué es bueno el entendimiento, en un pobre como yo? respondereme con brevedad, diciendo: que para sentir, y para enmendarme, y vivir oyendo, viendo, y callando; pero en las sinrazones, cómo he de enmudecer, sin decir verdades al mundo, que tanto carece dellas? Pues Pedro, tener paciencia, que si la decís, os tendrán por loco; pues tengan, que mejor es que no que la verdad se pudra en el pecho, y jamás se llegue a salir de la puerta de los labios, como hacen los más del siglo.

Aquí llegaba Pedro, cuando vio un entierro, que llegaba adonde él estaba; llevaba dos luces, acompañando a la Cruz, un Sacerdote, cuatro esportilleros, que llevaban el cuerpo

17.- Quizá haya errata por 'en' (p. 63).

del difunto: llegose a verle dar tierra, y luego dio audiencia a su discurso, a quien muchas veces llamaba enfadoso.

Qué te parece mundo loco, si estoy yo bien en mis catorce, como otros en sus trece! qué poco sentimiento mostraría este, que ya tomó tierra fuera de la mar del mundo, donde hay tantos Caribes, y Sirenas! donde en descuidándose el barquillo humano, encuentra peñas, y rocas que le deshacen: mira el aparato que trae este que pregona pobreza. Surtiéronle algunas lágrimas a los ojos, y después de encomendarle a Dios, se salió a la calle. El hambre picaba, y con mucha fuerza, y pareciéndole cosa justa volver a buscar a su ciego, guio a la posada, y antes de llegar oyó las tristes voces de un pregón, entre el confuso tropel de la justicia, y sobre un jumento un corto de fortuna, diciendo las voces: A éste por resistencia a la justicia, le mandan azotar. Pobre de ti (dijo) y cómo se conoce que eres, y has sido pobre. Llegose a Pedro una mujer, y preguntó, por qué le azotaban? A quien respondió así: Escusada pregunta es ésta; no ve vuesa merced, que le azotan, porque no tiene espaldas? Andá con Dios, mancebo (dijo la mujer) no veo yo que le van dando en ellas? Engañase señora (replicó Pedro) que sólo le azotan porque es pobre, y como tal no ha tenido quien le haya guardado, y hecho espaldas. Así que dijo Pedro, vio un espantoso tropel de cuchilladas, de donde salieron heridos algunos Ministros, y luego a uno, que parecía Ministro de más autoridad, llegó otro de los heridos, y le dijo: No ha visto vuesa merced del modo que nos ha ultrajado Don Fulano por quitarnos un preso, y con todo lo que ha querido se ha salido? Yo no he visto, ni sabido nada (dijo el tal) pero para qué se meten con semejante gente, y más con un hombre poderoso? Bueno va el mundo (dijo Pedro) aquellos a quien se debe amparar por pobres, se atropellan, y a los poderosos se perdona? En fin, mundo, tú, estás vuelto lo de abajo arriba: no te pretendo enmendar, que fuera desatino, porque quien malas mañas ha, tarde, o nunca las perderá; pero sólo te quiero dejar, por conocerte, y en cuanto te pise, ser pobre, y humilde. Pero no es razón que se haga desentendido un Ministro, aunque vea que el poderoso anda criminal: y por otra luz veo, que conocen los favores que se ofrecen de aquella parte, y así se hacen sordos, y ciegos en muchas ocasiones, como zorras acatarradas.

Ante la Deidad de Júpiter puso pleito de divorcio contra el León su mujer la Leona, diciendo: Que porque le olía mal la boca, y no podía sufrir semejante olor. Notificáronsele al León, y presentose ante el Tribunal Supremo, oyó la queja, turbose, y sintió notablemente la ingratitud de la Leona; y como Rey de los Animales, mandó en presencia de Júpiter, que viniesen todos a ver si era verdad lo que la Leona decía. Puesto el León en decente lugar, fueron entrando los Animales, y él con amables razones los dijo, que uno a uno llegasen, y vieses si era así, como la Leona decía. Llegó uno, y recibió una vaharada de resuello del León, diciendo: Amigo, huelo mal? El tal Animal, haciendo gestos dijo: Ay de mí! qué pestífero olor. Al punto el León le derribó muerto con sus espantosas uñas. De este modo llegaron infinitos, y a todos los que le dijeron la verdad, los mató. Llegó la zorra, más bellaca que pulida, y con mucho desenfado recibió el resuello del León, diciendo: A mí no

me hueles mal, vuelve otra vez a echar resuello; hízolo, y la zorra volvió a decir: Lo dicho dicho; amigo, a mí no me hueles mal, porque ha días que ando acatarrada, y no huelo. Con esto se libró de las espantosas garras del fiero Animal.

Así mundo, para huir de ti, es menester saber tretas, y yo creo, que según se ve, a peor vas cada día; porque al lugar que desocupa un malo, entra otro peor, y así pasan los hombres malos, muriendo unos fieros, y naciendo otros espantosos. Que por eso dijo un Sabio, después de haber visto pasar gran número de gente: Espantado estoy de no haber visto pasar un hombre de bien. A quien respondió otro sabio: Los hombres de bien, no pasan, que siempre duran, aunque en sus retiros, y soledades.

Pedía limosna a la esquina de una calle un pobre, llagado de piernas, y brazos, y como fuese tiempo de moscas porfiadas, tenía cubiertas las llagas de las cansadas sabandijas: Pasó cerca del pobre un piadoso, y sacando un pañuelo, empezó a espantar los animalejos, a cuya acción dio un suspiro el dolorido, diciendo: Pobre de mí! Qué ha hecho señor? Amigo (respondió) quitaros las moscas, que os están abrasando. Ay señor (replicó el llagado) que me ha echado a perder en quitarme las<sup>18</sup> moscas; porque éstas ya estaban hartas, y picaban poco a poco; pero ahora vendrán a ocupar estos puestos otras hambrientas, y me acabarán la vida. Así digo, estense los que se están, si en faltando ellos, han de venir otros peores.

Con estas batallas del discurso entretenía Pedro el hambre, cuando vio a su ciego que iba camino de la posada, y arrimándose a él, le dijo: Qué hay señor, es hora que nos veamos? De que tú me veas (respondió) ya es hora; pero de verte yo, no. Qué te sucedió en aquel juego de pelota, que así me desamparaste? Juzgué una falta entre muchas (dijo) y eso fue causa de apedrearme, llamándome loco: y a no valerme el Sagrado de una Iglesia, corriera peligro. Hermano mío (dijo el ciego) no en balde os pregunté yo, que por qué se hablaban los hombres a la boca, y no al oído; porque hoy no quieren que los hablen más que al gusto de su paladar: y si vos dais en decir verdades, medraréis muy poco, que ya sólo la mentira es la valida, y estimada, como moneda del tiempo. Dejad las verdades sólo para los púlpitos, que por acá nadie las quiere oír, si no es cuando decimos Fulano quebró; a Fulano le han robado; Zutana se fue de con su marido, y le llevó la hacienda; y Juan ha perdido cuanto tenía al juego. Estas verdades hacen buen ruido en los oídos de los envidiosos; y así sentado esto, andad acá hijo, vamos a la posada, que bien creo que no habréis comido, y aquí van unos mendrugillos, que no os sabrán mal; con esto llegaron, y Pedro aplacó algo la riguridad del hambre, y luego empezó su discurso a vacilar, diciendo:

Cuánto mejor fuera estar ahora casado con mi ama, dueño de hacienda, bien vestido, y sustentado, donde sobran huevos, y menudillos de gallinas! No es buena vida la que habéis escogido. Sí es tal (se respondió<sup>19</sup>) estás en ti Pedro? Sabes tú la pensión que habías de tener con un casamiento tan desigual? Las sobarbadas que entre el año habías de oír; aquello de cuándo pensó el pícaro, que yo le había de tener por mi marido. Soñolo el hijo

18.- 'los' (p. 68).

19.- 'renpondió' (p. 69).

de una tal, y un cual? y otras razones aun más pesadas. Y así bien está Pedro en Roma aunque no coma. Además, que no hay alhaja como la castidad, y ésa la he de guardar en cuanto viva. Buscar dónde servir para comer, y si os pareciere sea luego, dejad la guía de un ciego a Lazarillos, y Alfaraches, que vos tenéis algo de buen natural, y le habéis de bastardear andando a la vida poltrona. Con esto se llegó al ciego, y con palabras amorosas le dijo su determinación, que aunque lo sintió, no le pareció mal: despidiose de los de la casa, y saliose a la Campiña del mundo a buscar remedio.

## DISCURSO VI. *De las fortunas de Periquillo el de las Gallineras.*

**T**ODOS los males del mundo, así que se sintieron con bastantes fuerzas, se declararon por enemigos del hombre, empezaron a hacerle guerra, de hambre, dolores, y necesidad, sustos, cuidados, desasosiegos, inquietudes, y penalidades. Pero todo lo vence con la razón, y el buen discurso. Trabajo es ser uno pobre, pero mucho peor es tener riquezas mal administradas, que unas aspiran a otras, y todo es anhelar a la ambición, causando dentro de sí perpetua guerra, potencias, y sentidos.

Así que Pedro salió a la calle, siguió lo largo de una, y dio en una placeta, donde oyó un ruido grande, como de pendencia, originado de una mujer, que de ordinario son ellas las que fundan estas memorias. Lo popular del vulgacho la tenía cercada. Era muy fea, y puerca, aunque el rostro tenía bien aliñado, con aquello que llaman salud, y capa de coro. Volvía por ella todo el mundo, diciendo que tenía razón, y al mismo tiempo descomponía ella a todo el mundo con sus obras: daba grandes voces, muy propio de quien tiene mal pleito: y reparando, vio que las había con otra mujer, muy otra, y diferente, que esto basta para perpetua guerra.

Era algo desaliñada, pero muy hermosa, y compuesta de ojos, y boca (notable novedad!) iba casi desnuda, grande admiración que en estos tiempos falten galas a la hermosura de la mujer! y lo que más admiro a Pedro, fue el que no hablaba palabra medrosa, porque conocía que no la habían de oír, y que todos eran en su contra, así los que la cercaban, como cuantos pasaban, y la vían. Válgate Dios por mujer! (dijo Pedro) cómo no te vale esa carta de favor de la hermosura, para que vuelvan por ti? Aquí vio, que las lenguas que eran contra ella, dieron poder a las manos, empezando a ultrajarla, y tanta gente cargó sobre ella, que la ahogaban. Aquí lo compasivo de Pedro, viendo que nadie volvía por ella, ni ella arrojaba razones en su defensa, se opuso a su amparo, a tiempo que pasó un hombre anciano, pobre, y roto, y le dijo: *Qué haces mozo? Estás loco? Sabes por quién vuelves? Estás en ti? No ves que te declaras contra todo el mundo, que es quien vuelve por esotra? No reparas que esa a quien te inclinas piadoso, y discursivo, es la verdad? Fuese con esto el anciano, y a la verdad la echaron de la plaza a empellones, y puntapiés, y por huir de tan mala gente, se fue a los desiertos, quedando amparada del mundo loco la mentira.*

Quien no te conoce mundo, te alabe (dijo Pedro) Tú eres? Yo te echaré una maza en tiempo de carnestolendas, para que algunos hagan burla de ti, pues tú la haces de todos cuantos hay. Con esto se fue arrimando al curso de una espaciosa calle, donde vio diversas, y muchas tiendas ocupadas de mucha gente. Hizo reparo en una, donde le pareció, según el informe de su oído, que se vendían guantes. El guantero era un hombre de varios, y muchos rostros, a quien daban voces, diciendo uno: Deme vuesa merced unos guantes para el señor Don Fulano, que sean de hasta mil ducados. Otro decía, deme unos que

tengo ofrecidos al Agente de mi pleito. Otro con grandes voces decía, despácheme vuesa merced, y deme unos que sean medianos, no de los muy bajos, ni altos, así de buen medio, que valgan cien ducados, porque se ve hoy mi pleito, y he menester llevarlos a cierta persona, que me importa. Otro con los ojos llorosos decía, entre ansias, y sollozos: Ay de mí, qué tarde es, y no me despachan! que temo el que me suceda lo que siempre, que es llegar tarde; pero en fin haga yo las diligencias, y fortuna haga las tuyas. Deme por Dios unos guantes, mejores que los que hasta aquí, veamos si va en esto mi dicha, que ya me cuestan los guantes que he dado toda mi hacienda, y no alcanzo lo que pretendo, ni creo que será en mi vida, aunque tengo razón.

A este modo eran sin número los que pedían guantes, de diferentes precios, y ninguno se los calzaba, antes al tiempo de comprarlos se descalzaba los pies, y aun se desnudaba el cuerpo, y todos eran al parecer de la vista, varios, y diferentes en adorno, unos pobres, otros ricos, unos medianos en acto, y otros levantados de fortuna. Confuso estaba Pedro, pareciéndole que no había visto semejante tienda jamás, pues las que él conocía, donde se vendían guantes, apenas vendían un par en todo el día, si no es que fuese Francés, o Inglés, y llamando a su discurso, empezó así.

Ah buen Pedro, qué solo sois! Si tuvierais quien os diera la mano, y acreditara, podías pretender entrar a servir en esta casa, que sin duda estos guantes los hace algún Estranjero, pues tanta bulla hay a ellos; todo es dicha este mundo. Así discurría, cuando un hombre le dijo: Qué buscas muchacho? También tú eres de los que andan a caza de dichas, comprando anzuelos, y lazos? Mira lo que haces, que te hallarás en la vejez pobre como yo, gastada tu hacienda, tu salud, y sufrimiento, y sin haber alcanzado, como este pobre que te aconseja, que sólo se queja de aquellos que se calzan estos guantes tan a menudo, sin hacer caso de quien se los da, ni hacer reparo en la obligación. Oh pesie a mi sufrimiento! para qué los toman?

Apartose a un lado con esto, y Pedro dando una palmada a su frente, dijo así: Adónde estaba el discurso, el entendimiento dónde se había retirado, en qué estaba divertida la atención? Señor Pedro, no advierte vuesa merced, que esta tienda se compone de ambiciones, y robos? No ve que aquí llegan a comprar sólo los menesterosos, y necesitados, aburridos, y pretendientes, pobres, y faltos de fortuna? No ve que es el mundo este Mercader, y que los que llegan a comprar, son pretendientes, que con nombre de guantes suelen dar más que vale un vestido? Éstos amigos son guantes, y guantes muy del tiempo.

Apartose a otra tienda, donde no vio más mercaderías que caras, o carátulas, y a ellas infinitas personas de hombres, y mujeres. Aquí fue cuando Pedro se confundió en admiraciones; pero presto salió dellas, porque vio a uno, que llegándose al Mercader le dijo: Quiere vuesa merced darme, venderme, o alquilarme una cara desenfadada, y esenta, porque voy a pedir prestado; y cierto que esta mía es tan vergonzosa, y para poco, que temo que me ha de perturbar, y hacer tropezar las razones; porque con las demostraciones que hace, dice mi pretensión, y antes que yo hable, ya tiene prevenida la

respuesta el que busco, y siempre vuelvo con más sentimiento que voy? A estas razones le sacó el Mercader una carátula, y habiéndosela pagado, y llevándola ajustada, se ausentó, y a pocos pasos encontró a quien había menester, y confiado en la desenvoltura de su nuevo semblante le pidió prestado, y haciendo admiraciones, le respondió, que no le conocía. Quitose a esta palabra la mascarilla desenfadada, y mostró la suya vergonzosa, a quien dijo el tal: váyase de ahí, que yo no conozco, ni tengo por amigo a hombre de dos<sup>20</sup> caras. Quedose con esto más triste que la noche, y tiró la carátula.

Estiró las cejas Pedro, diciendo: Ah pobreza! Si no te basta lo vergonzoso de tu rostro y tierno de tus mejillas, para que te favorezca aquel a quien buscas, para qué te vales de otro fingido adorno, si no es para tu condición? Dio con esto la vista a la tienda, y vio, que llegando un enredador, más raso de vergüenza, que raso de Florencia, y con mucha viveza dijo al Mercader, que le vendiera una carátula muy honesta, y vergonzosa, ojos humildes, y bajos, color pálido, y buen semblante, que fuese muy buena, y llevase lo que quisiese. Dióle una, que parecía cara de un Santo Capuchino, de unas que alegran el alma al mirarlas. Pagola, y marchó con ella. Siguióle la vista de Pedro, y a breves pasos encontró con un hombre de buen porte, y después de ciertas arengas, adornadas del fingido rostro, le sacó dineros, y ciertas alhajas, y habiéndolas recibido, impensadamente se le cayó la máscara, mostrando su cara, que así que el buen hombre la vio, y conoció, dijo a grandes voces: Que me haya yo dejado engañar de un enredador, y que no escarmiente de tales hombres!

Pedro que tal vio, llamando a su discurso, dijo: Sólo los enredadores hipócritas viven, gastan, y triunfan, engañando al mundo, que los hombres de bien, ni aun mudando semblantes hallan qué comer. Oh pobreza cobarde!

Volvió a mirar a la tienda, y vio que llegó otro hombre muy vivo de acciones, y muerto de Alma, y con grandes ofrecimientos pidió una cara risueña, afable, y de buen gesto. Diéronsela, y muy contento guio adonde le estaban esperando infinitas personas, que al parecer le habían menester; y a unos con ofrecimientos, y palabras cariñosas,<sup>21</sup> adornadas de un buen rostro, todo risas, contentaba, y tomaba cuanto le daban, y a quien no andaba franco, se lo pedía; y después de despedidas aquellas personas, se quitaba la carátula, enseñando una cara como la muerte, que es imagen de el olvido.

Aquí conoció Pedro, que los tales eran Agentes, Procuradores, y Solicitadores del favor, que en recibiendo la dádiva, se recuestan sobre la almohada del olvido, sin acordarse de la obligación, engañando con lo exterior, y obrando con un interior ser, todo horror.

Volvió la vista Pedro a la tienda, y vio un hombre de corcho, que con más gravedad que hombre bajo en gran puesto, se llegó, diciendo, que le dieran una carátula muy gravadosa, y de Majestad, y que tuviese algo de desabrida. Diéronsela, y contento con ella guio, sin quitársela jamás, aunque fuese entre los que le conocían. Éstos, dijo el discurso de Pedro, son de aquellos que viéndose con hacienda, toman notable gravedad, mudando de condición,

20.- '2' (p. 77).

21.- 'cariñosos' (p. 78).

acciones, y semblante, y por dentro tan sin jugo, como figuras de corcho. Dios nos libre de tal gente, dijo, cuando vio llegar a la tienda una mujer de edad razonable, y la cara así así, pidiendo que la dieran una muy diferente a la suya, más hermosa, y de menor edad, que por lo muy conocida, nadie la miraba como ella quisiera. Diéronsele, y muy contenta guio a la conversación de una rueda de lindos, que sólo los lindos son los que hacen rueda; y así que vieron cara nueva, y no mala a su parecer, se hicieron pretendientes de aquella beldad, y ella a todos dio conversación, sin desechar alguno; y a poco tiempo, sacando un paño para limpiarse, descuidadamente se le cayó la mascarilla del engaño, empezando todos a escupir lo que antes amaban; y ella que se vio conocida, huyó a otro sitio, y ellos quedaron pobres, y doloridos. Buen retrato de duelos (dijo Pedro) hombres que en viendo cara nueva, sin hacer más examen, se rinden, hallándose luego tan rendidos, y desdichados, que todo su brío se trueca a dolores, y llanto, lo que remediaran mirando con tiempo al fin, y a la ofensa. Alerta, dijo Pedro, hombres, a quien no espanta una borrica, como traiga tocas, mirar que debajo de un buen rostro, suele haber más podre que en la sala de llagados de un Hospital. La vista dio a la tienda, cuando vio un hombre muy medroso, que verdaderamente llegaba temblando, y entre sí, o consigo solo, iba razonando así.

Qué tengo de hacer, si el mundo está de tal data, y yo estoy pereciendo, y así el buscar modo, y medio para comer, nadie lo tendrá a mal? además, que a muchos veo, a quien dan su lado hombres de bien, y se acompañan con ellos, y administran peor ejercicio que al que yo aspiro; pero este<sup>22</sup> negro, que dirán, y esta cortedad mía me tiene fuera de mí, y falto de fuerzas: y así, pues en esta tienda remedian semejantes necesidades, quiero llegar.

Con estos discursos pisó el umbral de la tienda, y pidió una carátula de truhán, entremetido, placentero, y que mostrase el semblante de tener buen humor, que fuese caricolorada, y los ojos muy vivos. Con esto el Mercader le sacó infinitas, todas al modo que las pedía; y habiéndoselas probado, jamás halló alguna que le viniese, con que aburrido el Mercader, le envió a pasear. Hallose en la calle el pobre hombre, tan triste, y pensativo como antes, y el discurso de Pedro razonó así: Hombre pobre, hombre honrado, que con tu entretenimiento sano, y humilde vives, para qué das lugar que entre en ti la ambición? No echas de ver, que los puestos que hoy comen, no son para gente de discurso, sino sólo para truhanes viles? Pues para qué procuras cara diferente de la tuya? No ves que ajustan mal esos entretenimientos a una Alma enseñada a buen vivir? Deja caras de el tiempo, que en fin, y al fin salen tan caras, que sólo es dichoso el que lo siente antes de pisar el triste umbral de la muerte. Y si acaso la fortuna te fuere en contra, deja horrores, y aplícate a pedir por Dios, que donde no hay más medio, éste suele ser un entero de prudencia.

Con esto aplicó la vista Pedro a la tienda, cuando vio llegar un hombre, que parecía soldado, pidiendo una carátula muy fiera, y espantosa, que pareciera verdaderamente cara. Diéronle una, que era figura de un Dragón, y habiéndosela puesto, muy contento se fue, diciendo, que en pagándole el Rey, pagaría él. Algunos que oyeron las voces del

22.- 'esto' (p. 81). Aquí 'negro' parece valer mediocre / mediocridad.

Mercader, que eran de que le pagase, viendo el personaje con quien lo había, huían al ver su fiereza, y el mismo Mercader también temblaba.

Acercose con esto a una rueda de gente, y al quitarse el sombrero, muy lleno de plumas, se le cayó la máscara a sólo el ruido de unas cuchilladas, y haciendo de las plumas alas, se ausentó. Buena pintura (dijo Pedro) de algunos, que sin salir del abrigo, ni tener ánimo, hablan más que cien verduleras encazoladas, aguardando comedia, y matan, y hieren, quitan vidas, y orejas, que quien los oye en lo exterior, se lo cree, y dentro anda Caco, y Sardanápalo.

Al volver Pedro a mirar la tienda, vio, que aburrido el Mercader con el suceso pasado, no quería vender, aunque había a comprar infinitas personas, con que muchos se quedaron con el deseo, y otros con la ejecución, unos daban voces por carátulas, y a otros se les caía la cara de vergüenza.

Mudó sitio Pedro, y levantando los ojos, vio un cartel encima de una tienda, que decía: Aquí se venden engaños para engañados. Miró la mercadería, y vio la casa llena de viejas, donde conoció, que sin duda eran suegras. Mala mercadería (dijo, riéndose:) y al mirar a otra parte, que con el deseo de ver, no sentía la hambre, leyó otro rótulo, que decía: Aquí se viste, y se desnuda. Buena tienda es ésta: no me estraña su título, que cualquier ropero viste el cuerpo, y desnuda la bolsa.

Atendió con cuidado a su tráfago, y reparó en un hombre, que lo parecía en la verdad, pues sobre la forma humana no había ropaje alguno.

El primer hombre que he visto (dijo Pedro) que sepa serlo; pero espántame que no tenga vergüenza de andar desnudo; pero sin duda alguna es hombre destes tiempos, que truecan a libertades la vergüenza entre la ropa de la cuna. Válgame Dios! cómo se atreve a entrar en una tienda, yendo tan pobre, y sin dineros, que naturaleza le enseñó al hombre para traer el dinero, a fabricar bolsas, y calabozos oscuros, para traerlo, y no verlo, sino en las necesidades? y este desnudo harta lleva. Sin duda se confía en alguna libranza.

No discurría mal Pedro, pues dando un papel al Mercader, le recibió con el mayor agasajo que fue posible, empezando sus oficiales, y mancebos a tocar instrumentos, y a cantar unas letras, que admiraron a Pedro, pues eran A la ro, ro. Luego vio que le pusieron una camisa con su valona, y vueltas, y después de ajustado cabezón, y puños, le dieron calzoncillos ricos, con puntas, y su justillo blanco. Vistiéronle un jubón de tela muy rica, y unos calzones estremados, y a breve rato vio Pedro, que se le vían las carnes por entre el jubón, y los calzones. Calzáronle ricas calcetas, medias, y zapatos, y luego le vio descalzo, y llenos los pies de lodo. Pusiéronle la ropilla, y ya ajustaba mal, como no había jubón. Echáronle la capa, y pusiéronle un sombrero lleno de plumas, y con gran sutileza, desde una ventana alta, con un sutil anzuelo, le llevaron el sombrero de la cabeza, y quitaron la capa de los hombros, y a breve rato, sin saber de qué modo, se halló desnudo como antes, y cargado de deudas.

El mercader empezó a sacar papeles de una negra cartera, y a barajar, y hallando su libranza, le dijo le pagase, o entregaría el papel a la justicia. Y a breve rato entro la justicia muy rigurosa, y nada compasiva, y a empellones le llevaban a la cárcel, y para que no fuese tan desnudo, y vergonzosamente, le dio una buena mujer un pedazo de sábana para que se tapase, que envuelto en él parecía amortajado. Luego vio que al llevarle, cayó en un hoyo que había en la tierra, y viéndole la justicia de aquel modo le echaron encima tierra, y piedras, por que no se saliese en el ínterin que venían por él, y así le dejaron.

En lugar Pedro de haber tenido estas burlas por notable pasatiempo, empezó a llorar tan amargamente, que dio ocasión para que se llegase a él un hombre muy viejo, y vestido de verde por de dentro, y por defuera,<sup>23</sup> y le dijese, de qué lloras muchacho, de ver burlas del mundo? sin duda no lo eres déste, o eres loco, destierra lágrimas, y alégrate en cuanto vivas, que harto tiempo te queda para llorar. Con esto se fue, y Pedro llamando su discurso, empezó así:

Oh ceguedad del mortal! Que apenas naces, cuando entre penas mueres! Oh maravilla de la tierra! Que desvelada naturaleza te adorna de bienes, y gentileza, y así que te deja hermosa, te sobreviene la muerte triste, encogiéndose entre la tumba de tus ojos. Nace el hombre, y recíbenle entre fiestas, y alegrías, y con el favor que por escrito trae, le recogen entre pañales, luego le adornan de ricos vestidos, y apenas se ve compuesto de hacienda, y bienes, cuando se halla entre la pobreza de una mortaja, vuelto a la tierra de donde salió ayer. Y aun con todo este aviso no faltan plantas viejas que reverdecen por afuera, y por adentro. Con esto, limpiándose los ojos, mudó de sitio, y el discurso sin dejarle, le iba dando estas aldabadas.

Oh mundo miserable! tú, y cuanto hay en ti se burla del hombre; tú vil mundo, le engañas, y le sacas al valle de lágrimas, desnudo para que todos hagan burla dél. Tú percedera vida le mientes a lo mejor de su menester. Tú vil fortuna le burlas, y vituperas, ya con poder, ya sin él. Tú caduca salud, tan débil como la flor de la enredadera, le faltas a lo mejor. Tú edad más ligera que el viento, pasas, y le dejas cuando quieres. Tú dolor, angustia, mal, pena, desasosiego, inquietud, penalidad, congoja, afficción, susto, y desdichas, le dais priesa a todo correr. Tú bien apenas llegas al hombre, cuando al volver la vista a ti, ya te ausentaste: miremos los años cómo huyen, los contentos jamás llegan. A ti miserable tiempo, te nacen alas para volar, y pasar, que para tan viejo, me espanto que seas tan ligero; pero prestote el hombre esas alas, que el que te quiere aprovechar, para todo te tiene. Tú vida, qué presto te acabas. Tú muerte, de repente coges al hombre. Tú sepultura, le tragas. Tú pobre tierra le sepultas, y recoges en tus entrañas: los gusanos, el horror le pudren, y deshacen. Tú, olvido le consumes, y aniquilas, con que el que ayer fue, hoy no es.

23.- 'fuero' (p. 85).

## DISCURSO VII.

*De las fortunas de Periquillo el de las Gallineras.*

**V**IEJO de malicia envejecida, y Maestro de las zancadillas llaman al tiempo, burlador de todos los hombres. Así es, y yo le hago jugador de tropelías. Planta su mesa en la gran plaza del mundo, lléganse a él todos los nacidos, saca una bolsa, en que dice que trae todos los bienes del siglo, los más simples, y golosos, se le llegan, los demás miran desde afuera: hace abrir las bocas a unos, y dice que traguen aquel dulce dorado: hácelo el simple, y hállase burlado, pues lo amargo le hace arrojar las entrañas. A otro le hace mascar riquezas, y que las guarde a boca cerrada, y a breve tiempo arroja espeso humo por boca, y narices. A otro le da colgaduras ricas, tan sutiles, que caben en un puño, y cuando desdobla para ver lo que le han dado, halla una mortaja, que huele a tierra corrompida. A otro le pone una Corona, y al tentársela, sólo encuentra una calavera rasa, y sin pelo; pero le manda que calle, porque así caerán otros en la burla. A otro le enseña un libro, y en él pintados Palacios, y casas de Campo, dale a escoger una, y apenas la elige, cuando se halla metido en un ataúd, y a pocos pasos en la sepultura.

El notable discurso de Pedro batallaba así, mirando al mundo por defuera, diciendo, buen ánimo, y resistir a la inconstante fortuna. Campee la buena inclinación contra la rigurosa malicia; venza el arte a la imperfecta naturaleza, y sobre todo el entendimiento goce el mejor lugar.

Con esto, y alguna hambre, que ya picaba, se llegó a un hombre, que le pareció de bien, y le preguntó si acaso sabía de una comodidad para él, que leer, escribir, y contar, adornado de buena Gramática, tenía por padrinos. Mirole el hombre desde el tronco hasta la altura, y díjole, preguntando, que de adónde era, y cómo se llamaba? Satisfizo Pedro a todo, y el hombre, enamorado de tan buen lenguaje, y rostro, le dijo, que se fuese con él: hízolo Pedro, y llegaron a una casa grande, que entrando en su zaguán, subió un paso de escalera, y llamando a una puerta, le abrió una mujer. Entraron dentro, donde vio Pedro salas adornadas de colgaduras, escritorios, y sillas, diciendo así: Hijo, aquí es mi casa, aquí asisto, soy hombre solo, sírveme esa criada que habéis visto y vos me serviréis, pues venís a ello, andaréis conmigo, y asistiréis a lo que os mandare. Con esto hizo poner la mesa, que a Pedro le pareció mesa de Príncipe, según el adorno, y viandas, la moza las sacaba, y Pedro hizo el oficio de copero.

Acabó de comer, y mandó que fuesen ellos a hacer lo mismo, obedecieron, y la moza trató a Pedro muy bien. Comió lo bastante, y no lo demasiado, dábale vino, y escusose diciendo, no haberlo bebido en su vida. Por qué? preguntó la moza, y respondiola<sup>24</sup> así: tengo entendido, que siendo tan buena bebida, hace mal: mal bebida, y bien usada hace bien, respétola por la trasformación, y tómola por el poder: alábola, mas no la admito,

24.- 'respon-|la' (p. 91).

puedo pasar sin ella, y sin ella quiero vivir para vivir: bien haces (respondió la moza) y cree, que mi señor lo estimará sobremanera, porque ama mucho la honestidad.

Con esto Pedro salió a ver si su nuevo amo quería algo, y hallóle leyendo; pero aunque divertido en el libro, hizo reparo en que Pedro entraba. Preguntóle qué buscaba? y respondió, ocasión de servirte, señor; y lo que te prometo, que lo atento vive en mí, y así obro atento. No dirás jamás cedacito nuevo etcétera, que lo notable de mi discurso, me ha enseñado con tan espontánea voluntad las obligaciones que me corren, y el modo con que he de vivir en este cenagoso charco, que jamás verás en mí novedad, ni cansancio; porque a los olvidos los di de mano, así que naturaleza, adelantándose, me dio el uso: y así estimo a la fortuna esta alhaja, que otra cosa no la debo; pero reconózcome deudor hasta la muerte, que los bienes del siglo se acaban, y perecen, el entendimiento no, que el que le maneja, jamás prevarica.

Más estimo (dijo el amo) haberte oído, que leído este libro. No en balde negué la vista, y atención a sus caracteres, por darla a ti, y así siéntate, y pues publicas la obediencia, no repliques, toma asiento, y cuéntame tu vida hasta esta hora. Obediente Pedro, se sentó en el suelo, algo enfrente de su dueño, que atento le dijo: Toma otro asiento más alto, que ahí no estás bien. No haré tal (replicó) que aunque la fortuna me trastorne de aquí, no daré gran porrazo: además, que ya que te obedecí en sentarme, déjame obrar como quien soy, pues represento en esta farsa de la vida a un criado tuyo. Contó con esto su vida hasta la hora presente, sin dejar cosa que decir, y el amo todo admiraciones, no cesaba de mirarle, y contemplar tantas luces en tan pequeño hombre, y así con tan buena ocasión le preguntó lo siguiente.

En este libro que tengo en las manos, que todo él es apuntamientos discursivos, y preguntas sin respuestas, he hallado una, en que el Autor pregunta a un discípulo suyo, qué puede hacer la prudente Arte del hombre? y todo en confusiones enmudeció el discípulo, sin responder palabra. Pues yo con tu licencia (dijo Pedro) seré hablador, ya que aquél fue mundo, y así escucha.

El Arte, señor, es un cumplimiento de la naturaleza; pues cuando Dios revistió al hombre la presidencia del mundo, le infundió el Arte para que perfeccionase a lo natural ya criado, pues sin la cultura quedara grosera, y el desvanecerse naturaleza, es la causa parecerle haber criado otro nuevo ser más pulido, pues con el Arte se perfecciona todo, y así el artificio es la gala de lo natural, y realce de su belleza. Y vemos, que un cultor villano entra en un páramo lleno de malezas, cuyas flores, y frutos son abrojos, y con el el Arte le perfecciona, cultiva, y labra, haciéndole parecer un Paraíso, más lleno de flores, que el mismo deseo advierta; pues si esto es así, vamos a otro lugar más real. Con un poco de tierra suele el Arte del hombre pintar tantos prodigios, que la misma naturaleza se confunde, qué hará de puertas adentro el hombre con su prudente Arte? Un sueño te he de representar, y así haz cuenta que soñando hablo contigo, y dándome licencia, verás en mi pintura perdidos, y ganados, originado todo del Arte, y discurso.

Ves allí, señor, un hermoso Palacio del Príncipe mundo, por cuyas puertas, si atiende la vista interior, verá entrar muchos jumentos, unos con albarda, y otros sin ella: mira el agonía con que entran echando unos el hocico sobre las ancas del otro, ya están dentro. Atiende, que ya salen hechos hombres: esto no lo hizo Circe: la medra que toparon dentro, ha sido causa. Hallaron riquezas, y el Arte los enseñó a robar. Atiende, que en cuanto a la hacienda, salen hechos hombres, al parecer de los que los ven; pero mirados por dentro, aun más bestias están ahora, que cuando entraron, porque entonces los asistía la inocencia, y ahora el Arte los llenó de malicia.

Mira aquel que entra ahora. Qué ves en él? Dirás que un Cuervo. Así es: pues aguarda, que ya sale al parecer de los ojos que le miran, hecho paloma, ya le nombran todos así, ya se fían del todos, como le ven tan otro, ya vuela su fama, ya va medrando, ya le buscan, ya le acomodan, ya le levantan hasta más no poder; pues mírale ahora por la parte de adentro, mira qué grande hiel que tiene. Jesús qué novedad en semejante ave! quién tal creyera? La cordura (en su retiro) a estos tales, que ayer subieron de Cuervos a Palomas, les dice así: Hipócritas Palomas, jamás lo seréis cándidas, ni yo os tendré por Palomas sin hiel. A éstos el Arte los sacó de las malezas de Cuervos, y con lo sutil de su ingenio, hizo parecer Palomas, pero la ambición usurpadora jamás los quitó la hiel, que con ella ninguno es cándido.

Mira ahora la tropa de liebres, que entran, qué llenas van de miedo, cómo corren, Jesús qué ansia! a pisar las puertas de la sabia Arte: qué intentarán estos animales? Ahora lo verás: ya salen, mira cómo mudaron la forma, oh cómo se han aprovechado del Arte! ya parecen Leones, y lo son. Jesús qué diferencia! su lado los puede dar el mismo Príncipe; notable mudanza! Esto se debe al Arte, y al discurso: hombres humildes, que se aplican, y se desvelan por saber, y arriesgándose, se vuelven otros de lo que eran, cuando no eran, honesto desvelo, a quien se deben premios, todo lo puede la prudente Arte del hombre.

Mira quién entra. Ay qué fiereza! qué cosa tan espantosa! parece que ha heredado el horror del infierno; y qué Señor, y Majestuoso, que pisa el umbral de los Palacios! No le ves? Un Tigre es. Notable riguridad! A qué irá este animal, tan llena de riquezas su piel? que las riquezas del mundo todas son manchas. A estudiar va las Artes de bien vivir, y a sutilizar el ingenio; déjame atender a él, que cada ojo parece un volcán de fuego, y la boca el mismo infierno: qué espantosas uñas, enseñadas a desgarrar caudales ajenos! qué temerosas garras, y qué notable gentileza, aunque entre amagos de ira! Atiende señor, que ya sale: Qué ves? no sé? Es éste el que ahora entró? sí, pues sólo veo un Cordero humilde: notable mudanza! mayores las hace el Arte, y la prudencia, pues tan aprovechado sale en ella: qué mayor aprovechamiento, que de la misma fiereza, y soberbia, volverse toda la<sup>25</sup> humildad? Esto es aprovecharse el hombre de el Arte, y el discurso.

Atiende, señor, mira a las puertas, que ya las pisan Gatos, y Perros; oh qué infernal chusma! golosos acechadores, y mordedores rabiosos. Oh pobre casa, qué harás con

25.- Parece sobrar 'la' (p. 97).

semejantes animales? Pero notable fuerza del Arte prudente, todo su ser mudaron a la vista de su señor, los Perros le besan el pie, y los Gatos le arrullan, y se estriegan entre sus piernas. Quejosos y hambrientos venían, enseñados a arañar, y ladrar; pero ya lo dulce del Arte los ha perfeccionado; qué no hará el aprovechamiento?

Mira ahora la multitud de habladores Papagayos, y Tordos que entran: a qué irán? Válgame Dios, y lo que hablan! qué tratarán? Nada, que los muy habladores, qué pueden tratar? Pero atiende a la fuerza del Arte, mira cómo van saliendo hablando a tiempo, y sin él callando, el que hablen poco, y a tiempo, no me admira, que la fuerza de el Arte todo lo puede; pero que les haya enseñado a callar, me espanta. Qué no hará el Arte, y fuerza del querer? por amor de Dios que traigan a esta escuela a las mujeres; pero dejémoslas con su oficio, y atiende.

Mira lo que entra, qué máquina de chisgarabis, Cascabelitos, Ratones con dijes, figuras de tapa de espejo, trastos de Escaparate, títeres, y hombres de borra; a qué irán, a mudar de ser? pero sólo van por curiosidad a ver el Arte: así fue, mira cómo salen ya, que semejante gente, todo lo hacen entrada por salida. Jesús qué habladores que vuelven, qué entendidos a su parecer, y qué mal parecer que sacan! Esto es buscar el Arte por curiosidad, y no por provecho; peores han quedado éstos, pues el Arte los ha enseñado agudezas, para tener más que hablar: no hay más remedio que a tal gente les pongan demanda las hembras.

Pero mira lo que va enderezado al Palacio, mira qué Monos, Cocos, Escarabajos, y Lechuzas: bueno va el curso, pero repara, que ya salen todos hechos Ángeles. Ay qué mirar tan majestuoso! Ay qué rostros, qué talles, y qué hermosuras! los albedríos roban: ay de mí, que el Arte, y el discurso lo puede todo! Pero has de perdonar, señor (prosiguió) y sólo te pido mudemos de conversación, y dé fin el cuento, que temo que acudan tantas mujeres fieras que hay, que no nos podamos averiguar, y pues basta la pintura hecha, para respuesta a la pregunta de lo que puede el Arte, y el discurso, cese el sueño.

Cese Pedro (respondió el amo) pero no cese mi admiración al oírte: quién eres, que así sabes discurrir, y dar sazón a las cosas? Quién te ha enseñado tanta luz? El Arte, (respondió) el tener el discurso desembarazado de la ambición, y haber propuesto de no pisar sus umbrales. Envidioso te seré (dijo) en cuanto viva, y en ese tiempo te ofrezco el amparo como a hijo.

Agradecido Pedro, ofreció el servirle fiel, y atento, que no quería más premio que un humilde adorno, y así lo demás. Salieron con esto fuera los dos, y a breves pasos oyeron a la puerta de una casa a dos hombres, que batallaban sobre si el Cisne cantaba, o no, cercano a la muerte. Detuviéronse a la reñida pelea, y el amo preguntó a Pedro, qué sentía de aquella cuestión? y respondió así: Yo jamás he visto hombre que los haya oído cantar; pero lo que podré decir, que es un Ave cándida, y los que lo son, dicen siempre las verdades, y así puede ser que este Ave la diga a la hora de la muerte, medrosa en su salud, por lo mal oída que siempre es: y como en aquella hora ya no hay qué perder, pues la vida está pisando el umbral de la muerte, puede ser que en forma de cantar, hablen la verdad, diciendo: Mirad

que hay muerte, pues toda esta hermosura, y candidez está agonizando, y por eso se dice, que los grandes hombres desbucharon, y dijeron su sentir cercanos a la muerte, cuando ya están calzadas las escuelas para el viaje, tan cierto, como olvidado.

Muchas admiraciones causaba el discurso de Pedro, que no hay más saber, ni más tener, que un buen natural, adornado de arte. Oh con cuánta razón (dijo el amo) se llamó el rostro fácil! pues él mismo está diciendo las grandezas del corazón. Tu rostro, amado Pedro, dice tu saber, y tu discurrir. Vamos, que el tiempo dirá lo que yo te estimo.

Guiaron una calle arriba, donde vieron una mujer muy vieja, y muy fiera, que iba cojeando, y seguida de infinita gente. Quién será esta buena mujer? preguntó el amo a Pedro. Y respondiolo: Ya tú le das el hombre que todos: llámasla buena, y es la más mala de el mundo. Esa que ves, es la mentira. Pues cómo es tan vieja? Porque ha infinitos años que nació (respondió.) Cómo es coja? Porque la pueden alcanzar todos (dijo.) Pues echemos por otra calle. Bien harás (dijo Pedro) que esta Maga hechicera deseada, es toda infierno, y alcanzada, penas, y congojas. Ves aquellos noveleros, que la siguen, pues son al parecer gente honrada; pero no de bien; son la ignorancia, la malicia, la necedad, males, desdichas, pesar, vergüenza, arrepentimiento, jamás ejecutado; perdición, confusión, desprecio, embuste, embeleco, enredo, y todos son amados en esta Era; y estos traidores tienen desterrada a la verdad. Pues cómo la has conocido (dijo el amo.) Cómo, señor? (respondió.) Pues hay cosa que traiga más señas para darse a conocer, que la mentira? El que la usa, se fía de la memoria para mentir, y es la que primero le falta; el color del rostro se le ausenta, tiembla, y tartamudea, quiere echar por el atajo, y queda atajado, y caído; pero no en la cuenta de su perdición. Cúbrese de vergüenza, y a breve rato queda tan desvergonzado, y más que antes. Huyen de él los hombres de bien, y al verlo, cree que lo hacen de envidia y miedo; con que aun en sus propios créditos se miente, y jamás sale del babel de su engaño, y confusión de la mentira.

Mucho sabes amado Pedro (dijo el amo) te miro y te admiro. Mal mundo pisa para medrar, quien tanto sabe. Pues qué mas medras quieres (respondió) que saber huir sus ofrecimientos? Sus medras no son más de una mortaja. Sus ofrecidos bienes humo.

El hombre, señor, con la nobleza de su albedrío, yerra su fin, pues desatinado le olvida, sin conocer lo frágil de su ser. Por eso eternizaron con letras de oro, en tiempo de Biante, aquellas palabras. Conócete a ti mismo. Este es el yerro más establecido en el mundo, y sólo priva la ignorancia, tan sembrada, y tan nacida, sin que haya quien la arranque de la tierra: y si alguno la corta, es tan sin cortarla, que cree que sabe, y ignora, que no sabe, sin advertir que no advierte.

Verás un tonto, presumido de discreto, que de tablilla, digo de memoria, sabe cuatro dichos agudos, y ya solemnizados, y en cualquiera ocasión los juega, sin salir un paso más, y cree que Séneca fue rapaz para con él.

Verás un Letrado, todo voces, sin jugo, con más hambre que letras, más enamorado de Palas, que de Atenas, que jamás conoce, que le conocen lo rollizo de su entendimiento.

Verás un Caballero, digo un hombre a caballo, con sus lacayos, a quien jamás llegó el conocimiento de quién es, ni Cortés llega a descubrir las Indias de su cabeza, que no repara en que los que le miran, reparan, ni cree que los otros creen, que es hijo de Mari Hernández; y con más clara soberbia, que sangre, pasa, y vive, envidiado sólo de los tontos menesterosos; y a este paso ninguno se conoce, y muchos se desconocen con el tener, pues se hacen temer.

## DISCURSO VIII.

*De las fortunas de Periquillo el de las Gallineras.*

**M**UCHOS males causa el poder, se labra despeñaderos, y se confunde en lastimosas simas.<sup>26</sup> Por eso los hombres Sabios, a quien naturaleza adornó de bienes temporales, y conocimiento de los espirituales, huyeron las Cortes, y se fueron a vivir a<sup>27</sup> las soledades, donde la quietud adelgaza el ingenio. El arroyo,<sup>28</sup> que entre las guijas se queja, enseña. La fiera, con su bramido avisa. El ave recuerda, y las plantas dicen lo que había de decir el hombre, pues le representan avisos precederos cada noche, en el confundirse, o amortajarse entre sus hojas.

Canta el ave dulcísimas canciones al Alba, peina sus alas, y pule su pico, y cuando más hermosa se cree, alaba a Dios.

La planta, y flor bella, a quien la noche enseñó a llorar con su rocío, desencogiendo los brazos de sus hojas, los endereza al Cielo, y juntándolos puntas con puntas, aguarda la providencia de Dios, pues con el calor del hermoso Planeta, abre, y arroja la fragancia de su color, y olor, para con aquel incienso alabar a su Criador. El pez, y la fiera, cada uno en su modo, tienen lugar de dar Laudes a quien los crío.

Pero en las Cortes, donde el bullicio es ambición, el vivir, anhelar, y el aspirar perdición, no hay lugar para cosa. Y para darte (prosiguió Pedro en este laberinto de Corte algún desahogo, escucha la fábula<sup>29</sup> sentenciosa del ave, pez, hombre, y fiera.

Hallábanse presos, cada uno en sus cadenas, y ante Júpiter presentaron sus quejas. Tomó el primer lugar el hombre, y dijo así.

Suprema Deidad, mi esclavitud, y sobra de lágrimas, que de acordarme de mi libertad derramo, me hacen quejar, y así digo, que es verdad, que soy querido de el Príncipe, y Señor, que me ha dado la privanza, que soy envidiado, buscado, asistido, regalado, y estimado; pero me cercan penas, cuidados, desvelos, atenciones, sustos, miedos, y una perpetua esclavitud, pues no tengo hora que pueda decir que es mía. Soy hombre de bien; desvéleme la asistencia, desvéleme el menesteroso, el afligido, la viuda, el soldado, y el pobre. Causanme desasosiegos las calamidades, carezas, muertes, robos, hambres, desdichas, penas, y lágrimas.

No quiero privanzas, pobreza quiero, con ellas estaba quieto, y descansado, dormía, y tenía lugar para todo, sabíame bien el pan, y queso, el ajo, y la cebolla, ahora me enfada todo, pues con esclavitud, sólo el hombre sin obligaciones engorda, y duerme, que el que las tiene, enflaquece, y vela.

26.- 'sinas' (p. 104). El orig. está incorrectamente paginado a partir de la p. 97.

27.- Suplo 'a' (p. 104).

28.- 'orroyo' (p. 104).

29.- 'fabala' (p. 105).

Oyole Júpiter muy atento, y preguntole, si tenía el discurso que entonces mostraba, cuando entró en los Palacios del mundo? Respondió, no; pero creo que por saber qué cosa era, y a qué sabía, lo hubiera hecho con el que hoy tengo: mas ya, como experimentado en el mar de congojas, y aflicciones, pretendo hacer dejación de tan arriesgada vida. En fin (dijo Júpiter) que tú eres de aquellos en quien entra tarde el conocimiento, y el discurso, y el deseo de ser los lleva a las prisiones? Pues en castigo de tu culpa, quedarás a lidiar entre tontos, que no hay mayor castigo para un entendido.

La fiera se quejó, diciendo: Yo, Deidad Soberana, me veo servida del hombre, asistida, y regalada, sin la zozobra de matar para comer, y ensangrentar mis garras. Hoy vivo quieta, pues a mi choza me lo traen, y allí van a verme; pero sólo lo que un niño me dijo, me ha dado causa para quejarme, pues fueron estas palabras.

Tú, Rey de las campañas; tú, temido del hombre, te ves sujeto al hombre, pues aguardas a que te traiga el sustento: y habiéndote visto señor de las selvas, hoy preso en tan corto espacio, que sobre tus mismos excrementos comes, a qué aguardas? Quieres seguir la bruta tema del caballo, que por el mísero regalo se deja atar, cargar, vendar los ojos, y golpear públicamente con una vardasca, sin conocer, que en viendo el hombre que no le puede servir, le arroja de casa? Deja tanta prisión, que más vale comer cardos, y abrojos, que no caperuzas sobre los ojos. Preguntele al niño, que me declarase lo de cardos, y abrojos, y prosiguió así.

Topáronse en la campaña de los ratones solos, que fue harto que no hubiese gatos por allí cerca. El uno era negro, y muy gordote: el otro descolorido, y flaco. Admirado el negro, le pregunto: Qué hay compadre? qué cara es ésa? qué figura es la vuestra? adónde habitáis, que así os veo? No os espantáis de ver mi aspecto, y lucimiento? El pobre ratón flaco, dijo: Sí por cierto, compadre; pero mi fortuna es corta, que queréis? Qué he de querer? (respondió el negro) que seáis para más. Andad acá conmigo, que yo asisto en un molino, donde me sobra regalada harina, y hermoso grano; dejad selvas, y retamones, que en mi habitanza no hay peligro, porque falta gente de uña. Con esto guio uno tras otro.

Pasados algunos días, que con famoso desenfado vivían los Ratones, el Molinero se mudó al Molino, con toda su casa, y familia, y entre otros trastos llevó un Gato, de aquellos hambrones, que no desechan ripio: dio vuelta a toda la vivienda, examinó los agujeros, y tomó olfato de sus moradores. Vio un día el señor Gato la desvergüenza, y descaró con que salían los dos camaradas a comer la harina, que determinado, y puesto en espera, al salir el negro le tiró una manotada, y no acertándole, como sabía la casa, huyó, y puso en salvo. Salió el flaco, tirole una guantada, y alcanzole en la cabeza, derribándole todo el pellejo sobre los ojos, y como no sabía la casa, en lugar de su agujero, tomó la puerta, dando en el campo, donde quedó libre de las fieras uñas del Gato. Pasó sus dolores, y curose. Después de algún tiempo, casualmente se volvieron a encontrar los Ratones; y el gordo, y negro le dijo, qué hay compadre? es buen término el vuestro? Por cierto que me dais buen agradecimiento de haberos llevado a casa llena, pues me pagáis con un

desprecio, y ausencia: si fue la causa el tropiezo del nuevo huésped, huir como yo, que entiendo toda jerigonza. Amigo, y compadre, (respondió) yo soy muy dócil, y no entiendo traiciones, ni jerigonzas, y así no quiero vuestra vivienda, promesas, gustos, o regalos con tanta pensión, mis selvas, y campos me bastan. Mas quiero comer cardos, y abrojos, que caperuzas sobre los ojos. Esto me dijo el niño: y así<sup>30</sup> Deidad suprema (prosiguió la fiera) mi libertad quiero, no el regalo cortesano, con tanta pensión, sujeto al gusto de el hombre, y preso continuamente.

Siguióle el ave, y sus quejas fueron: No negaré gran Señor, que hoy me hallo regalada, y querida, pues desde el cáñamón, y alpiste, hasta cuantas frutas, y carnes hay, como, y siempre bebo cristales, que el hombre me limpia la vivienda, y en tiempo de frío me saca al Sol, y arropa,<sup>31</sup> que no es posible desear más en cuanto al regalo; pero todo es en una estrecha prisión, sin salir jamás. Cuando yo asistía en los campos, saltaba de mata en mata, volaba de un árbol a otro, gozaba de todo con libertad, ésa te pido, la soledad quiero, no la pensión de un perpetuo encerramiento, entre la prisión de unos hierros.

Siguióle el Pez, y levantando la frentecilla de plata, dijo así: Señor a ti me quejo, y pido libertad. Hoy me veo en la cárcel de un estanque, que aunque es verdad que tal vez me ceba el hombre con regalado pan, suele algunas ser amasado con engaños, fabricados de su dañado corazón, que aunque me cautivó, con la palabra de que sólo para su divertimento me traía, cuando se le antoja, se vuelve villano, y con unos hierrezuelos que fabrica, me echa mordazas en la boca, por que no me pueda quejar: mi anchura, y desahogo quiero, mi libertad pido, sácame del poder de una fiera, que con libertad cualquier bocado es sabroso.<sup>32</sup>

Después de haberlos escuchado muy atento Júpiter, los previno, que la Corte era amada, y la soledad no para todos. No importa, replicaron todos, que ya hemos experimentado las persecuciones de la infidelidad, y la malicia, la falta de verdad, la sobra de embeleco, y la mucha necesidad presumida. Si en las Cortes hay mucha cultura, en las soledades hay bondad: si aquí hay puestos, allá hay mucho lugar: si aquí hay empleos, allá sobra tiempo: si aquí se pasa, allá se logra, aquí se acaba, y allá se vive, las soledades amamos, y las Babilonias aborrecemos.

Dese traslado al hombre, como a Rey de lo criado (dijo Júpiter) que otra deidad más suprema le dio esta potestad: desconsolados se volvieron la fiera, el ave, y el pez; y al hombre con una petición que dio, se le concedió su libre albedrío, para que hiciese su gusto. Y así, señor (prosiguió Pedro) quién es el que no ama la soledad, pudiendo pasar en ella? Hay mayor esclavitud que la vida de Corte, pues miradas sus luces, son llamas espantosas, que forman un volcán? Apenas amanece, cuando ya es todo penas el día, la mañana vuela ligera, el mediodía todo es prisas, y la tarde es toda pesares: apenas hay hora en toda su carrera. De la noche que fue dedicada para el descanso, se hace día, todo

30.- 'ass' (p. 109).

31.- 'arrppa' (p. 110).

32.- 'sobroso' (p. 111).

es prisa por vivir, y más aquellos, que tienen dependencias en los Palacios. Aquel agonizar por que amanezca, aquel asistir, aquel malograr, aquel desear otro día, creyendo que será mejor, y de este modo llega el último, sin saber cómo, o quién le trajo.

Los que no tienen dependencias, salen de casa, pisan la calle, hallan amigos, y sobrados entretenimientos, la vista se engolfa en aquel suceso, apenas pasa, cuando se ofrece otro, vuelve el hombre en sí, ya es medio día: en qué se ha ido este día? Válgate Dios por día, que parece que amaneciste ahora! La flor de la vida, y la flor de el día, pasa de esta suerte en las Cortes, todo es ambición, logro, engaño, envidia, y traiciones, no hay amigo para amigo. Juan fía un secreto a Pedro, y Pedro le publica, ausente de Juan, y así se pierden honras, haciendas, y vidas. En fin, bien se llaman Babilonia las Cortes, porque en su confusión tropezada, y aun atropellada, no se entienden unos a otros. Las soledades del campo, no te alabaré, ni pintaré su quieta habitación, sólo diré, que es un remedo de la gloria, y el bullicio de las Cortes, un dechado de el infierno.

Atento había estado el amo a todo el razonamiento de Pedro: mirábale a todas luces, y en todas le hallaba uno: y buscando buena ocasión, en una salida al campo, le dijo así: Ya habrás conocido, amado Pedro, lo que te quiero, y estimo; pues sólo por tu discurso he fiado de ti toda mi hacienda, sin más conocimiento. Señor (dijo Pedro) muchas veces te miran mis ojos, como corridos, y avergonzados, pues conozco, que no equivale lo que te sirvo, a lo que por mí haces: tú me vistes, y sustentas, y recoges en buena cama, que no tendré que envidiar jamás, estando en tu casa; y así, en cuanto vivas, tendrás en mí un esclavo. Pues Pedro (prosiguió) yo ni tengo pariente, ni deudo de mi parte, y ya has visto el adorno de la casa, que vale muchos ducados, y que dinero no falta: de todo has de ser dueño, con tal, que has de dar la palabra de guardarme secreto, que el llegar a fiarme de ti, ha sido por conocer tu discurso, y buen natural. Así lo juro, y prometo, dijo. Pues en fee de esa palabra (prosiguió) sabrás que yo busco la vida en la forma que oirás. Yo tengo cuatro criadas, que me sirven de todo, aunque al presente no has visto más de una: yo he cobrado fama de hombre virtuoso, y rico. Acomodo estas criadas en buenas casas; y cuando se desgracian, tienen la mía segura, y cuanto han menester. Estando acomodadas, todo cuanto pueden adquirir de las casas donde asisten, me lo dan de noche por las ventanas; y como para estos ejercicios un hombre solo no canta, ni llora, quiero que me acompañes a estas funciones, que verdaderamente son para medrar, y pasar con lucimiento, como lo ves, pues bien podía yo sustentar criados; pero para estas cosas no de todos se puede fiar un hombre; y así, de noche saldremos juntos, y en las ocasiones que se ofrezcan guiarás a casa con lo que yo te diere, que pues he conocido que no eres tonto, bien podrás seguro pasar por las picas del mundo: y siempre que a casa fueres, no has de entrar por la puerta principal, si no es por la puertecilla de la callejuela, que no en balde vivo en la casa que ves. Ya sé, Pedro, que tu respuesta es la obediencia, que un mozo, que tiene los principios que tú, no va a perder nada, sino a ganar. Tú andarás como si fueras hijo mío, de suerte, que te envidien los que te vieren.

La reñida batalla, que ocasionó esta relación en los sentidos, y potencias de Pedro, en otra ocasión se dirá. Sólo haciendo de las tripas corazón, sin mudar semblante, mostrando algún contento exterior, respondió así. Cosas de más riesgo creí siempre que querías fiar de mí. Eso, señor, es todo niñería, para lo que yo te debo; y así, desde luego te ofrezco mi ayuda, con el asistencia que verás.

Oh amado Pedro! (dijo el amo) qué bien has andado, pues de hacer lo contrario, ya una vez descubierto el pecho de tu amo, corriera peligro tu vida; y así, bien puedes creer, que tengo de fiar de ti mayores empeños. Bien puedes, señor (respondió) que yo no tengo qué perder,<sup>33</sup> ni a quién agradar más que a ti. Pues de ese modo, Pedro (prosiguió) un lance tenemos entre manos bien grande, en que hemos de salir medrados, y es, que en casa de un Mercader de lonja, de los más ricos de este concurso, tengo mucha conciencia, y me estiman sobremanera. Allí he de acomodate, que estos días ha faltado otro mozo, por habersele llevado sus padres, y sé que andan buscando. Brava ocasión, Pedro. Allí es casa llena de mercaderías; sin riesgo se puede meter la mano: no hay sino buen ánimo, y cuidado con lo que aquí quedá tratado, que lo contrario será gran riesgo. Señor (dijo Pedro) lo dicho dicho. La palabra te vuelvo a dar del secreto, y ayuda en servirte. Pues hijo (replicó el amo) manos a la obra, vamos a casa para haceros al punto un vestido, para que con ese rostro le adornéis, y medremos.

33.- 'peader' (p. 115).

## DISCURSO IX.

*De las fortunas de Periquillo el de las Gallineras.*

CON grandes lamentaciones, todo cubierto de luto, presentó sus quejas ante Júpiter el Escarabajo, diciendo: Cómo, Suprema Deidad, se consiente, que yo, a quien naturaleza adornó con traje gran señor, y tan respetado, pues desde la uña del pie, hasta la calva visto negro adorno, me vea<sup>34</sup> ultrajado, y abatido, viviendo en lobregueces, y humedades, y lo más ordinario, entre los excrementos de los establos?

Justa queja es la tuya, dijo una cochinilla, y arrimándose a él, fue a tiempo tan fatal, que entrando un hombre a ciertas demandas, los puso la planta encima, y mató. Que el escarabajo muriese, fue justo; pero la cochinilla, por qué? El escarabajo quería ser ladrón de la honestidad, pues a sus sombras aspiraba a mayores puestos; pero quién la metía a la cochinilla en hacerse encubridora de desatenciones? y pues lo intentó, muera al lado de quién fue la causa.

En el camino que había hasta su casa, se acordó Pedro desta fábula, tan inquieta al alma, que habiendo dado aviso al corazón, ya tocaba asaltos la pasión, con tan repetidos golpes, que casi inquietaban la atención de su dueño; pero esforzándose lo posible, aguardó ocasión.

Qué propio es de la inocencia no hacer reparo en culpas exteriores. Ya Pedro, con las luces de la intención de su amo, y dañada resolución, atendió con más<sup>35</sup> cuidado, y vio en las acciones, que se adelantaba, con la confianza de la palabra de Pedro, a tratar a la criada, como a substituta ama. Buena escuela (dijo entre sí Pedro) déjame discurso, que atropellas la cordura con tu misma cordura. Ya María, ya Pedro es de los nuestros (dijo el amo) ya no hay que andar a escondidas, que de tanta docilidad, y discurso, qué se podía esperar menos? La tal criada, muy alegre, fue a abrazar a Pedro, a cuyo arrojó dijo: Detente, señora, que por tal te tengo ya, lo que antes como a criada te miré. Detén semejantes acciones, y mándame, que obedecer me toca a mi señor, en lo que fuere su gusto. Era ya hora de comer, y después de haber acabado, le dijo su amo a Pedro: Vamos a buscar de qué vestirte, para que según te vieren, te estimen en la casa adonde has de ir.

Con esto salieron a la calle, y Pedro se hacía ojos, buscando ocasión de huir de tan infernal hombre. Consiguiolo fácilmente, pues deteniéndose el amo a hablar con un hombre, cogió Pedro una callejuela abajo, y le dejó para siempre, pues sin parar, ni cesar de un buen paso, dio en el campo, caminando toda aquella tarde, y todo el día siguiente, hasta que el cansancio le obligó a sentarse sobre una peña, dando audiencia a su discurso, que le atormentaba.

34.- 'ven' (p.117).

35.- 'mus' (p. 118).

Quién creyera, que debajo de tan buena capa como la de mi amo había de hospedarse tan inhumano corazón? tan buen discurso, tan buen personaje, tal agrado, tal aplicación a los libros encubrían a un ladrón? Ay de mí! De quién se fiará Pedro? qué fatal hora fue para ti el incendio de tus padres, y el fin de su vida mucho más, pues a su calor podías haber descubierto modo de vivir, y sustentarlos, pues sus liciones daban hartura! que haré? que aunque el discurso me enseña, la cortedad me embebece. Pero reparando bien, señor Pedro, bien podía asistir a la elección de su amo, y acomodado vivir bien; pero la palabra con que vuesa merced entraba, cómo había de dejar de cumplirla? y si lo hacía, a buen riesgo se ponía; y si no, buen laberinto había de tener cada instante, sin valerme el puedo, o no puedo. Oh Hipócritas malditos! hombres al parecer honrados, mas no de bien: oh ambición! oh desdichado modo de vivir! pero pues el entendimiento penetra lo por venir, no será bueno dar fin con este mal amo, para no tenerle en la memoria? Bueno será, pues vaya.

Empecemos con un refrán. Tantas veces va el cántaro a la fuente, que deja el asa, o la frente. La continua falta de trastos, y otras cosas, que se sentirán en algunas casas de las que albergan a las mujeres de mi amo, será causa de que con quietud, y silencio, hechos Argos los mismos que descuidados dormían, espíen a la gente menor, y descubran la polilla entre la ropa blanca, y limpia: lo discursivo del entendimiento,<sup>36</sup> es penetrante, y vuela hasta el Cielo: no faltará en alguna casa un curioso que haga reparo, y diga: Tanto perejil de Fulano, y tanto cuidado con esta criada, no fuera mucha novedad el que estuviese atenido a lo que ella le da, en verdad que sí, que sin juro por renta, tanta caballería, mal huele. Pues cierto que se perdiera poco en dar cuenta a un Alguacil de bríos, y que le registrara la casa.

Comunica este parecer con algún otro, a quien se han echado culpas de algunas faltas, y oyendo el pensamiento, dice: Esto, así es verdad, como el Sol alumbra de día. El mundo es fuerza que haga de las suyas, que haber firmeza en lo mal ganado, no fuera razón, cuando lo bien ganado perece en un proviso. Con facilidad hallan un Ministro, danle cuenta del caso, señálanle algunas prendas que han faltado, y llamando a la memoria, se da una palmada en la frente, y dice: Amigos qué decís? vive Dios que ese hombre, llevó a una casa de un amigo mío otra criada, y que después que sirve en ella, han faltado infinitas cosas, y jamás han querido hablarla palabra, por respetos de ese hombre, diciendo, que cosa venida por su mano,<sup>37</sup> no había de hacer ruindades; y así id con Dios, que a su tiempo nos veremos.

El Ministro, nada descuidado, busca un Escribano, y aguardando buena hora, van a la casa del tal señor, hállanle comiendo: pregúntalos a qué van, o qué se ofrece? responden, que no es cosa de cuidado, y así que coma sin susto.

Si un hombre de bien, y honrado tiembla al ver la justicia, aunque conozca que no tiene causa; qué hará uno con tantas, y tan infames? Perderá el color, y el pulso, irá a tomar el pan, y el cuchillo, y caerásele el cuchillo, y el pan: tragará más saliva que manjares, quitaránsele las ganas del comer, y olvidarásele el brindarlos, y todo turbado, atropellando con la servilleta, y asiento, se levantará de la mesa.

36.- 'entendimiento' (p. 120).

37.- 'amo' (p. 121).

Ya no hay tontos Ministros, que cualquiera sabe cuántas púas tiene un peine, y esto es sin comprarle; y así al instante conocerán su culpa en su mismo rostro, que así lo dijo él mismo, que el rostro con razón se llamaba faz, que dice lo que hace el corazón. Los Ministros, con el cuidado de las puertas, y las personas, le dirán a lo que van, y que perdone, que son mandados; pediránle las llaves, y al darlas, conocerán en su turbación su delito, irán abriendo, y hallando muchas cosas, que irán hablando, tratarán de embargar, conocerán en él, y su criada, o criadas, que quieren liarlas, y buscando una silla, hará caminos a casa de tía.<sup>38</sup>

Darase cuerpo a su causa, por medio de un Juez, reconoceranse prendas, pondranle a que cante, entonará como un jilguero, prenderán las otras criadas, y hará una procesión de ramal, al son del Salmo, de quien tal hace.

Oh pobre Pedro, acomodado en casa del Mercader! Pero aquí de mi discurso. Acaso faltaba la razón natural? habíanse olvidado por dicha aquellas primeras doctrinas de los virtuosos que me criaron? no tenía ya el entendimiento, la memoria, y la voluntad en este Alcázar del Alma, y Corte de sus potencias? no se ostenta el espíritu en este puesto superior de la cabeza? Ésta no me mostraba el riesgo a la vista de sus dos luceros? mis ojos no son miembros Divinos, llamados así por boca de Galeno? No saben revestirse de Majestad, y avisar al Alma de lo venidero, en imaginaciones, y especies? No saben asistir en todas partes, señoreando en un instante todo el Hemisferio? Así es; pero ay de mí! que aunque todo lo ven, no se ven a sí; pero en esta ocasión sí hicieron, pues se reconocieron perdidos, y me avisaron del daño.

No tengo yo dos oídos, dando audiencia a todas horas, sin párpados, ni cerraduras? No los tuve prontos para oír? no entraron las razones de mi amo muy examinadas por entre aquellas murallas, y contramurallas, fosos, y contrafosos? No se acibararon con el amargor de aquel humor, de quien fueron recibidas? No sonaron muy mal allá dentro? El Alma no se agravió con semejante relación, que la hicieron la memoria, y el entendimiento? No estuvo muy pronta la voluntad al mandato de el Alma? Pues afuera sentimiento, originado del ausencia forzosa de la amada Patria. Volver a ella, no será cordura, en cuanto permanezca en su mísero estado vuestro amo, y así a Dios madre, y madrastra, madre con los humildes, y madrastra con los soberbios: a Dios Roma en Templos, y Edificios: a Dios gloria en Santos, y Reliquias: a Dios asombro del mundo en ingenios: a Dios elevación de los sentidos en hermosura, y a Dios hechizo del Alma.

No faltaron lágrimas a Pedro, no tanto por dejar su Patria, como reparando, que la inocencia suya salía huyendo, y la malicia de su amo quedaba en sus quietudes. Con esto guio a una pequeña luz, que a lo lejos se dejaba ver, porque la noche venía amenazando con su negro horror, apresurando el paso, forzado de algún miedo, que la poca edad fabricaba en su tierna mansión; y antes de llegar, encontró con un caminante montado, de quien su pregunta supo que estaba en los montes de Toledo. Consiguió llegar a la luz, donde vio

38.- Cárcel.

que la rodeaban tres hombres, a quien saludó con tiempo, preguntándole con amorosas palabras, a qué parte iba su dictamen, que había dado en tan humilde albergue? Satisfízole a su pregunta con razones tan amorosas, y entendidas, que le hicieron sentar, y le dieron pan, y queso, plato casi común de las Campañas. A tan buen tiempo llegó la vianda, que Pedro manifestó la necesidad que tenía; y después que acabó, le preguntó el uno la causa de ausentarse de tan amada Patria? A quien respondió así:

Yo servía en una casa, donde había una criada, que ciega de amor, dio en que se había de casar conmigo; supe cómo ya tenía el sí de mis amos, como si fueran dueños de mi albedrío, y por escusar tan cansadas, y enfadosas razones como se habían de ofrecer, y excusas de mi parte, y por huir de una mujer, que ya resulta, es fiero basilisco, me ausenté de la quietud de mi casa, con intento de no volver tan presto a pisar sus umbrales.

Así que dijo, vio, que levantándose el uno, se apartó a un lado, dando un profundo suspiro, al parecer solo a sentir sus penas. Llamáronle los compañeros, diciendo: Dejad memorias, y venid, conversaremos, para que desterrando penas el divertimento, no tengan lugar de ahogarnos: obedeció, aunque tiernos los ojos, y todos sentidos, dijo Pedro así: Poco asiste el descanso de el sueño, donde hay penas que le despierten, y a mi entender, sólo el mal que se comunica, se presta alivios. Así es (dijo el lastimado) pero cuando el mal es riguroso, no tiene otro alivio que la muerte. De qué sirve<sup>39</sup> la comunicación de un dolor, que yo entiendo, que sólo es dar más materia al fuego de la congoja? No es (respondió Pedro) que el repetir, y contar el mal, es minorar la pena, y limar suavemente los yerros de su dolor, pues la ferocidad que causa la congoja, cercana al corazón, va vaporizando por ojos, boca, y narices las amarguras de aquel humor que congeló la pena, y así es forzosa cosa, que se temple tanto incendio. Ya concedo en que es verdad (replicó el doliente) pues algunas lágrimas que han salido, han amansado la locura de mi dolor. Pues si es dolor con locura (dijo Pedro) la cordura del hombre no duerma.

Vaya un argumento (dijo el segundo) que así se destierran penas, y con vuestra licencia la ha de proponer el nuevo huésped, pues muestra discurso. Perdonadme (replicó Pedro) que aunque me tocaba obedecer, no ahora, que ya fuera hacer oficio de Maestro. Pues yo le pondré (dijo el lastimado) y prosiguió.

Cuál será la cosa mayor, y menor del mundo? Uno dijo, los ojos, pues siendo tan pequeños, ven y registran mucho, siguiendo la vista a su circunferencia,<sup>40</sup> mucha tierra, y mucho Cielo, pues siendo cada estrella mayor que la tierra, reducen los ojos a la vista tanto sin número de Astros, y a un tiempo mismo, tanto número de plantas, y todo junto, lo rodea la pequeñez de dos niñas, y así los ojos es la cosa mayor, y menor.

El entendimiento (dijo el segundo) pues no siendo más de una parte de el hombre, tan pequeña, que apenas ocupa lugar, penetra tanta tierra, y Cielo. Lo pasado, lo presente, y lo venidero. Retrata a la Majestad de Dios, y a las criaturas del Cielo, y suelo. Ve los mares,

39.- 'sir' (p. 126).

40.- 'circunferencia' (p. 127).

y cuanto portátil albergue los surca. Ve las Indias y los senos debajo de la tierra, penetra a los muertos en sus sepulcros, y no hay cosa recatada que no se especule su grandeza; y así la parte menor, y mayor es.

El tercero dijo, en una flor del campo contemplo yo la mayor, y menor cosa de la tierra. Nace una delgada vara, y no sube mucho, porque teme su ruina, y así con medida crece. Luego va mostrando el embrión, la flor del parto de la tierra va tomando caudal, siempre derecha al Cielo, llega el colmo de sus riquezas, y desplegando las hojas, rodeadas de púrpura, y candidez, enseña sus tesoros de oro, y plata, muestra su fragancia, y no espanta, porque en lo casto, el buen olor es muy cierto. Mírase hermosa, y Reina de las Selvas, envidiada de todas las flores, y cuando más en su ser, va declinando toda su pompa, y Majestad a la tierra, torciendo el cuello a mirar sus principios, pues entre los brocados de su nacer, se anuncia la mortaja de su morir. Y así, quien sabe en lo recto de una Corona, mandando las Selvas, y a quien toda la vista se va, abatirse a la tierra, retratándose la más pequeña, y humilde, llámese la mayor en el desprecio, junto con lo hermoso, pues no hay mayor humildad, que hermosura con desprecio, y la menor, pues tan poco caso hace de la majestad, y así la Azucena es.

Tocole a Pedro, y dijo así: No puedo negar el haber dado que discurrir vuestro argumento, aun a los mismos Atenienses, pues es suya la Emblema a que aspiro; pero vuestras tres proposiciones han sido tan grandes, que no se qué diga. Válgame el discurso, que otras veces suele: y así, con su ayuda digo, que la mayor, y menor cosa del mundo, es la humildad. Pequeña tanto, que de su pequeñez la viene el nombre, desechada de la soberbia, y de quien no hacen caso los levantados. Asiste entre abatidos, desechados, y sencillos, tan pequeña a la vista, que no falta quien diga, que es átomo; y entonces la dan su propio nombre: el porqué, oíd, y de camino su grandeza.

Sale el Sol, y sus hermosos rayos, registrando la tierra, la van comunicando su calor. Hiere en la parte más inferior, y pobre, donde más se señaló la riguridad del frío; y allí, con su abrigo seca el primer cutis de la tierra. Pasa al segundo, y el primero se va dividiendo en pavesas, deshechas a la vista de tanto bien: y como se van separando de la prisión de los grillos, para dar gracias a su Redentor, se disponen, y van levantando, aunque tan humildes; y por los mismos rayos del Sol, sin perderle de vista; porque su vista está en no perderle, se van remontando tan altos, que llegan al Cielo, y sólo gozan este lugar los más pequeños átomos; que los que algo grandes se levantan, luego caen con el peso: sólo los humildes suben más, pues llegan a la suprema Patria, desde donde desprecian a todo el mundo, porque lo ven todo. Estos átomos son la humildad criada en la tierra, y originada de el polvo. Luego con razón se debe llamar la mayor, por lo que alcanza; y la menor por sus principios, pues no hay cosa más pequeña que un átomo, ni cosa que más suba. Así que acabó Pedro, le abrazaron todos pagándole en muestras lo dulce de su conversación, y humilde tema.

DISCURSO X.  
*De las fortunas de Periquillo el de las Gallineras.*

**N**O espantó jamás al Sabio, el que le dijese, que cubría una humilde capa luces de discurso: pues el alma, dueña de todo, es hija de tan buen padre, como la del Rey. Pobre nació Periquillo: no es fealdad, pues dio reales de Majestad a su humildad con la discreción, y poco interés al mundo. En cualquier parte que llegaba, se hacía lugar; pero por fin enfadaba, que el entendimiento en la Era de hoy, no es caudal. Sólo es estimado el que hace parva de oro, no parva de discursos.

El suyo acabó Pedro con gusto de los tres; y empezando el uno, dijo: No te negaré, discreto mancebo (que para serlo, basta el que hayas nacido en Madrid) el que la humildad es la mayor, y menor cosa de la tierra, pues por ella llegué a competir con el Sol, y por ella me veo hoy en tanta soledad, y en tal vida: y así, pues en tu discurso has dado bastantes muestras de tu capacidad, escucha, y a su tiempo consuela, y si lugar vieres, aconseja.

En esa torre de casas, en esa verruga de la tierra, en esa soberbia Corona Imperial, y en esa segunda gloria, Toledo, nací, cerca de su Iglesia Santa, donde la Reina de los Cielos bajó a echar la Casulla a su Defensor Santo; buen testigo la Imagen de bulto, que en sus brazos tenía al Criador de el mundo, que soltando el dulcísimo, y puro pecho de su pura Madre, alargando la cabeza, por ver la hermosura de la verdadera, que le parió, está hoy así, para memoria eterna.

Crieme entre la humildad de mis padres, nada sobrados; pero poco menesterosos. Sangre limpia, no realzada; pero el rancio de su bondad resplandecía en sus obras. Militando a esta escuela, llegué a los términos de diez y seis años, cuando los ojos traviosos<sup>41</sup> (que las travesuras donde hay niñas, no es novedad) empezando a mirar con atención, repararon en la grandeza de la hermosura: notable enemigo, pues si en las Costas del África anduviera en corso, no quedara Español libre, a quien no cautivara sólo el mirar de sus dos soles.

Empleé mis atenciones, bien he dicho en lo de atenciones, pues siendo para fin honesto, así se llaman, y así son. Empleé, digo, mi albedrío en la belleza recatada de una hermosa doncella, por quien sin duda se dijo (a competir con el Sol) en fin era un Ángel. No fueron tan mal pagados mis cuidados, que no diesen satisfacción el alegre mirar de sus dos Soles, cuyas demostraciones decían: Bien me pareces, pues bien dijo el que dijo, que en los ojos había lengua. En fin, por la vista nos comunicamos el Alma.

Era el hablarla dificultoso, pues la ocasión era tan poca, que fuera de casa jamás la había, sino en la Iglesia, sitio que recaté continuamente, pareciéndome vileza tratar cosas de amores en presencia de Dios, y por la criatura dejar al Criador, pues cualquier enamorado tiene esta ceguedad.

41.- 'trauieos' (p. 132).

En este estado vivía, cuando una noche, después de recogido, oí unas voces en mi calle, que atendidas dijeron: Deje la capa, o la vida; y la respuesta fue, ni uno, ni otro dejará mi valor en manos de gente vil. No me hallé tan desprevenido para salir, que no fuese con la espada en cinta, porque tan divertido estaba desde que me recogí, contemplando en mi fortuna, que aun lugar para habérmela quitado no me habían concedido mis cuidados; y por si acaso mis travesuras se recogían algo tarde, era mi cuarto un aposento, que su ventana daba a la calle, teniendo yo llave de la principal puerta, y así me recogía de noche, sin causar desasosiego a mis padres; y por no dilatar el favor, tomando el broquel, salí a la calle a tan buen tiempo, favorecido de la Luna, que vi a tres hombres, que contra uno lidiaban, a quien vi caer, diciendo: Si sois hijos de esta Imperial Patria, y os acompaña la nobleza suya, no me neguéis el levantarme, y cobrar mis armas, para volver a daros muestras de mi valor. Muere cobarde, dijo el uno, a quien azotó el látigo de mi espada, pues de una cuchillada bien corrida, le dice besar la tierra, dando lugar a que el caído se levantara, que cuando lo hizo, ya estaban los dos en huida, dejando capas, y broqueles, y el herido pidiendo confesión, con tan levantadas voces, que el ausentarnos fue forzoso.

Los agradecimientos del que recibió mi favor, fueron grandes, y a los hermosos resplandores de la Luna, le vi una roja Cruz en los pechos, bastante seña para conocer que era el hermano de mi hermoso desvelo. Mostró su bizarría en no querer ausentarse hasta conocerme, pero mi retrato ya forzoso se escusó, hasta que el ruido de alguna justicia nos hizo retirar a mi casa, por ser el más cercano albergue. Apenas pisó mis umbrales, cuando me nombró, y yo a él, pues ya no lo pude escusar. La primera paga, fue echarme al cuello los brazos, diciendo: Esta vida es tuya, y así de aquí adelante podrás mandarla como a tal. Retornele favores tan corteses, y humildes, que bastaron a que viendo en él tantas partes de agradecido, estimando mi persona, cobrase ánimo mi valor, para la empresa tan dificultosa a mi creer.

Aquella noche, por evitar riesgos, no le dejé salir, porque él quería solo, y yo procuraba el acompañarle, y escusando cada uno su parte, pasó la resta de la noche, tan breve para mí, que me causó novedad, habiendo sido las otras tan largas, y prolijas, como mis esperanzas; pero qué mucho que ésta fuese breve, si tenía en mi casa un hermano de mi dueño, y quien podía aliviar todas mis penas!

Vino el día, y con él se fue, dejando palabra, y mano, que si no le vía, y trataba como amigo, se había de enojar, pues siempre sería para él notable gusto el ver a quien le había librado de la muerte, con tan bizarras demostraciones. Fuese en fin, y para mí dio fin el día con su ausencia. Busqué ocasión de verle, al salir un día de su casa, que agradecido me hizo entrar dentro, llamando a su padre, y hermana, para que vieran a quien debía la vida. Todos me recibieron con notable amor, en particular la hermosura de mi dueño, que aunque fueron breves los agradecimientos que pronunció la lengua, muchos, y prolongados los que formaron los ojos. Después deste ceremonial favor, salimos a la calle, y llegó la hora de despedirnos, fuese, y yo quedé en un mar de congojas.

Muchas veces quise descubrirle mi pecho; pero detúvome la humildad, y que no pensase, que a tan pequeño beneficio quería paga tan grande. Con este dolor pasé muchos días, hasta que una mañana hallé en mi aposento un papel cerrado, que abriéndole, leí así: Mucho puede la humildad, pues la vuestra, discreción, y bizarría, es muy solemnizada en mi casa a todas horas, y así creo, que podréis intentar lo que me han dicho vuestros ojos, que de mi parte ofrezco antes morir, que admitir otro dueño.

Has visto noble mancebo, al que llorando una pérdida grande, cubierto de tristeza, y cercado de congojas, repentinamente oye la nueva de que pareció lo que ya lloraba perdido, y que repartiéndose por todas las partes del cuerpo una notable alegría, ocasiona a que los ojos viertan lágrimas de contento, esprimidas del gozo que toma el corazón? Así yo, besando el papel muchas veces, procuré poner en ejecución el declararme con sus padres, y para ello di cuenta a los míos, que siempre conocieron la dificultad, en cuanto a la desigualdad de la hacienda, y puestos. Supliqué a mi padre fuese a hablar al de mi dueño; pero escusose, diciendo: Queréis hijo, que vuestro padre quede desairado, oyendo un no, originado de el tener?, que en lo demás, en verdad que aunque soy vuestra parte, que podéis creer de mí, que merecéis lo que intentáis.

Con esta respuesta procure hablar a un Religioso, Confesor de mi dueño, a quien di cuenta de todo, y de quien oí buenas esperanzas. Propuso mi parte, y aunque causó novedad en sus padres, no hicieron demostración de pesar, pues dando cuenta a sus dos hijos, en el uno hallaron obediencias resignadas en su voluntad, y en el otro notable gusto con tal empleo.

Avisome de todo mi dueño, hallando papel en mi aposento (discreción notable del mensajero, no dejarse ver, por no tomar.) Otro día, avisado del Religioso, busqué al hermano, y hallándole en cierta casa de conversación, aguardé al litigio, que tenía con otro Caballero, sobre una suerte de el naipe, de cuya tropelía salieron desafiados. Eran los contrarios dos del que ya en mi imaginación podía llamar hermano, que reparando en la desigualdad, dijo, que mirasen que iba solo. Pues buscad padrino, le respondieron. Así que oí esta razón, llegándome a él, le dije: No os dé cuidado cosa criada, que aquí voy yo.

Con esto salimos fuera de la Ciudad, y en un sitio apartado sacamos las espadas, porque los contrarios a un tiempo lo hicieron, para nuestro agravio, sin acordarse de las calidades de un duelo, y lo que toca al que va a la campaña por padrino. Ya se dejará decir, y conocer con el aliento de yo pelearía a la vista de aquel a quien buscaba para padrino de toda mi dicha, pues a breves movimientos, de una estocada, di con el uno en el suelo, tan bien guiada, que sólo pronunció en sus últimas razones, muerto soy.

Mi hermano, herido en la cabeza, y ensangrentado el rostro, traía de mala a su contrario, pues vacilante, con dos heridas en los pechos, falto de aliento, cayó en tierra: detúvose para que se levantase, pero fue en vano, pues tenía lo bastante para ir al otro mundo. Ausentámonos, y retirámonos a un Convento, dando aviso en nuestras casas. El sentimiento que causaría semejante nueva, ya se deja decir; pero la fortuna adversa

empezó a mostrarse varia conmigo, pues el pesar de los deudos, y parientes de los muertos, fue tan grande, y las diligencias de la justicia tan vivas, que apoderándose un profundo pesar de las fuerzas de mi amante padre, le rindió los alientos, muriendo en breves días.

Pasáronse muchos, y ya más templado el enojo, parece que nos prometía puerto a nuestras esperanzas, cuando un día nos avisaron, cómo a nuestro retrainiento venía el padre, y hermana de mi amigo, que para mí fue nueva de mucho gozo, pues en la visita, con notable gusto de todos, me dio la mano de Esposa mi hermoso dueño.

Hasta aquí la humildad (discretos oyentes) me levantó a la mayor dicha; pero volviéndose a su casa, a breves horas nos avisaron cómo de un accidente notable había hecho cama mi Esposa. Sentilo en el Alma, pues ya me avisaba el corazón de la declinación infeliz de mi levantada fortuna.

Viendo, pues, que se habían pasado dos días sin saber de su salud, me determine a examinar yo mismo la causa, y sin dilatarlo, di parte a mi hermano, que juntos fuimos, amparados de la noche, que parece que anunciando mis desdichas, había cubierto sus luces de negro luto.

Llegamos a su casa, y las puertas que imaginamos cerradas, hallamos abiertas: pasamos a una cuadra, que servía de recibimiento, admirados y confusos, sin saber la causa, hasta que la luz de unas encendidas hachas anunciaron la triste noche de mi suerte, pues en un negro ataúd, vestida un hábito de San Francisco, vi, no sé lo que vi, pues no cegué.

Tantas fueron las lágrimas que acudieron al afligido, que no pudo pasar adelante, hasta que Pedro le dijo: Acuérdate, que cuando empezaste tu historia, me dijiste, que te consolase en la ocasión: mi consuelo será decirte, que los bienes del mundo no duran más. Bien dices, dijo (volviendo en sí) y saliendo de aquel mar de lágrimas, prosiguió. Allí se acabaron mis esperanzas: allí dieron fin mis dichas: allí se vistió perpetuo luto mi corazón: y allí vi la noche más triste para mí. Nuestras ansias fueron tantas, que a su ruido salió nuestro padre, que muda la lengua, dio voces a los ojos, formando caracteres, la copiosa abundancia de lágrimas; pero esforzándose, dijo, mal pronunciado, así.

Tan breve ha sido este suceso, que aunque las muestras dieron bastante noticia deste caso, por no inquietaros de vuestro retrainiento, y que diéseis ocasión a semejante atrevimiento, de haber venido a esta casa: no os quise avisar esta tarde, cuando vimos que se moría vuestra hermana, y Esposa; y así idos con brevedad, si no queréis acabar la vida de este afligido, si acaso mi corta estrella no ha dado aviso de vuestra venida, para aumentar mis penas. Así fue, pues al decir yo, habiéndose perdido lo más, que se pierda lo menos, que importa? si toda mi dicha murió, para qué quiere la vida un desdichado! Mirad (dijo el afligido señor) que con vuestro arrojo acabáis mis días, y apenas lo dijo, cuando se llenó la sala de justicia, acompañando a su Corregidor que al pedirnos las armas, le dije así.

Vueseñoría se tenga, y deje salir a dos hombres tan rematados, que apenas tiene el uno que perder, pues aun la vida no estima quien la que pensó gozar, le ha faltado.

Pero su bizarría, jugando del poder, dio lugar a que sacásemos las espadas, haciendo la sala un teatro de la muerte, a la vista de aquel hermoso cadáver, sentado en el trono de una negra tumba, pues a sus muertas luces nos hicimos demasiado lugar, aunque con muerte de dos Ministros; y cuando creímos pisar libres la calle, nos cercó otra turba de gente, de la parte de los primeros muertos, con que se trabó una reñida pendencia, sabiendo yo, como más desdichado, solo, y con vida, pues la perdió mi hermano, y yo mi Patria para siempre.

Esta es mi Historia, si fuere bastante para llorar, permitidlo,<sup>42</sup> y si no dadme consejo, que me alivie, si acaso le puede haber, para quien en tan breves horas perdió la mayor dicha, un padre, un hermano, y toda su quietud, y Patria. No te olvides (dijo Pedro) que pediste alivio, y consejo al principio de tu relación; y así el consejo es, que te vayas a la mano en el sentir, que muy poco pierde en este mundo el que a sí no se pierde. Mucho te quiere Dios, pues te ha concedido el vivir, para que te enmiendes, pues podías haber perdido tu vida, cuando a tus manos la perdieron otros, y sólo Dios sabe en el estado que fue, sólo has de llorar su triste fin, y pedir a Dios, que el tuyo sea bueno. Así que dijo Pedro, le abrazó el dolorido, diciendo: Oh noble anciano con pocos años! hasta hoy no he hallado quien así aconseje: parece que has causado notable ansia en mi, oh válgame Dios!

Apenas pronunció esta razón, cuando dio en el suelo, turbado de un profundo desmayo, tan irremediable al parecer, que arrimándole a un peñasco sobre su capa, le dejaron, pareciéndoles no había al presente más remedio. Y Pedro, que todo era confusiones, triste con el suceso que había visto, dijo así: Oh triste corazón! que como riges, y mandas al cuerpo, cubierto de pesares, diste con el edificio mortal sobre la tierra! oh corazón fuerte de la vida, que aunque ministras valor al espíritu, ahora le faltaste! oh corazón, que todo tu empleo es amar, y como el amar ha de ser luz que se engendre<sup>43</sup> en la mitad de el Alma, por eso estás en la mitad del cuerpo! pero espántame, que siendo tu forma del modo que sabemos, y lo menor está avecindado a la tierra, que te venciese la tierra; pero mal digo, que teniendo lo más ancho al Cielo, del Cielo recibiste avisos, y pues tienes alas, levanta de un vuelo a este a quien abatiste. Noble eres, formado de buena sangre, y tan Real, que criando las demás partes de el cuerpo excrementos, tú solo no.

No seas necio, pues te alienta tanta nobleza, en prevenir infelicidades, antes que lleguen. Si te cautivó una beldad, apenas propia, cuando ya perdida, olvida, y toma aliento; pero mal he reparado, que si este afligido, estando en sí, las penas le tenían fuera de sí, con razón le has privado el sentido para aliviarle de sentimientos. Bien has andado en dar treguas a la memoria, desterrando penas con una pena. Sin duda éste es hombre, pues sabe sentir, que yo creí que ya se habían acabado los hombres, hechos del buen paño antiguo; que los de ahora, todos son de rasillos, y telillas de filigrana. Ya veo que no hay niños, porque ya no hay candidez; ya no hay gente sincera, de aquellos que jugaban el no por no, y el sí

42.- 'permitido' (p. 142).

43.- 'engendr' (p. 144).

por sí. Ahora todos son hombrecillos, o los más, todo bullicio, todo malicia, formados de embeleco, y fingimiento, teniéndolo por artificio: ya se alcanza más malicia en la edad de siete años, que en otros tiempos en la de setenta. Ya son las mujeres una continua mentira, todas cornejas, usurpadoras de lo ajeno, y llenas del engaño propio. Ya se gasta el hacienda en los trajes de las personas, y en los adornos de las casas. Más gasta hoy una mujer en vestirse, que antes todo un pueblo: y pues Dios te libró de semejante ruido, vuelve en ti, y destierra penas, hombre, que te veo en las tablas de la verdad, representando la muerte.

Así que dijo Pedro, fue poco a poco volviendo del letargo, y con un ay, empezó a mirarlos a todos, y dándole un poco de agua de un cristalino corriente que allí cerca había, fue pareciendo vivo, el que antes muerto: y por divertirle los dos camaradas, rogándose uno a otro, dijo el uno así.

DISCURSO XI.  
*De las fortunas de Periquillo el de las Gallineras.*

**Y**A que tú contaste tu historia, y no sabes las nuestras, escucha en la mía el mayor prodigio del Cielo, y la mayor desdicha de la Tierra, y sírvate de consuelo a tus cortas dichas la lastimosa tragedia de mi fortuna.

Nací cerca de Sevilla, Noble Cabeza de la Andalucía, y crieme en ella al abrigo de un tío, hermano de mi padre, rico y Veinticuatro de aquella Ciudad, a quien ilustraba un Hábito de Santiago. Crieme a un tiempo en la compañía de una prima, hija de mi tío, que aunque no había sido casado, las travesuras de su mocedad causaron aquella fortuna para mí, y ejemplo para el mundo. Llegó la edad a su primer colmo, mostrando Felisinda, que así se llamaba, notables partes de hermosura, muy majestuosa en talle, y rostro, tan deseada para Esposa de lo más Noble de la Ciudad, que bastó para que conociese yo quién era amor, y sus celosos hijos.

Algunas veces hice reparo en un Caballero forastero, más galán que entendido, cuya riqueza, granjeada en Indias, bastaba a traer consigo lacayos, y esclavos, y sus galas, las más vistosas de la Andalucía. Vivía enfrente de mi casa, y los niños ojos de mi prima, tal vez los vi jugar con los suyos, aunque con tanto disimulo, que sólo yo, que rabiaba de celos, pudiera hacer reparo.

Llegose a este tiempo el de ceñirme espada, y para ello, convidó mi tío a muchos Caballeros, y en su Iglesia mayor fui armado hombre con armas ofensivas. Desde aquel día se mostró conmigo padre, pues mi persona se adornaba igual con la suya, y el cariño pareció otro; con que buscando ocasión, le hablé en cosas de mi estado. Propúsele los riesgos de un mozo soltero, y que toda mi voluntad era de Felisinda, y que mi albedrío ya era cautivo de sus hermosos ojos, y que supuesto que no había desigualdad de partes, ni años, me concediese este bien.

No escuchó mi tío de mala gana mi determinación, antes con la brevedad posible despachó a Roma, por medio de un Curial, por los recados necesarios, que dispensaron en el parentesco; pero la fortuna empezó a mostrar su rigor conmigo, pues luego que lo supo mi prima, mostró que no era su gusto el que con facilidad llamarse esposo al que tantos años había llamado primo, y que el amor le tenía en otra parte.

Procuré con las mayores finezas galantearla, y asistirle, que aquel que al primer desdén huye, o no quiere bien, o no sabe qué es amor. Fue en tal manera, que después de un sarao que dispuse, ayudado de otros amigos, me dijo: No creyera primo, y dueño mío (que pues lo has de ser, razón será llamarte así) que tanto me estimabas, y pues has sabido vencer lo agrio de mi condición, tuya soy desde hoy con toda mi voluntad.

Estimé como amante, y agradecí cortés, y tomándola una mano, se la besé, sin pisar el atrevimiento más límites a la cortesía. En este tiempo, tan dilatado para mí, vino el

despacho, con que se ordenaron nuestras bodas, tan celebradas, y envidiadas de todos, que a ellas vino todo lo lúcido de la Ciudad, y su Nobleza.

Pasáronse los primeros días, y ya gastado el pan de la boda, reparé, que mi esposa vivía algo tibia en el amor, siendo el mío más vivo cada día: con que despertó mi dormido cuidado, y hecho Argos vigilante, reparé en que miraba a las ventanas de aquel Caballero rico. Examiné cuidadoso, y disimulé entendido; y un día, yendo a Misa, vi que una mujer, llegándose a la mía, la dio un papel tan secretamente, que sólo lo atento de mi pena celosa pudiera verlo.

Después de oír Misa, para asegurar pesares del sobresalto que me podía venir, y prevenido lo que suele ocasionar el miedo, mostré notable el amor, y el contento de ser esposo de quien me iba matando. Llegué a casa, y viendo a mi tío ausente, llevándola a lo más retirado, la dije me diese un papel, que al entrar en la Iglesia le habían dado. Escusose con demostraciones turbadas, hasta que eché mano, y se le saqué del pecho.

Soseguela, y leyendo, pronuncié sentencia de muerte contra mi honra. Vi eclipsado mi honor, y mi quietud perdida, pues decía así: Ya que los primeros rayos de tu belleza goza este que fue más dichoso, no dilates lo que ya me has prometido, y para la ejecución te podrás valer de la portadora, que todo lo allanará, sin que el mundo lo entienda. Tuyo para siempre.

Cualquiera diera lugar al arrojó, leyendo estos renglones; pero mi sagacidad buscó mejor ocasión, aunque la fortuna me la dilató algún tiempo. Preguntela sin turbarme, ni hacer demostraciones, qué mujer era la que le había dado aquel papel? Y respondiome, que no la conocía, sólo que la dijo, que tomase aquel papel, que se le había caído. Pues para qué toma una mujer (la dije) papel de mano de quien no conoce, ni saber si es suyo, sin atender al riesgo grande, y a la reputación que se pierde, a los ojos de quien lo ve? Aquí conocí que la discreción mujeril penetra los menores átomos del saber, pues escuché de su boca el despidiente que oiréis.

Siendo quien soy (me dijo) y sabiendo las obligaciones que me corren, y la sangre que me alienta, es muy escusado examinar mi inocencia con tanto extremo, y ya que mis razones han de ser el medio de mi abono, digo: Que ayer me dieron unas oraciones manuscritas en un papel, que guardé, sin saber dónde, pues al buscarlas para leerlas, no las hallé, y yendo con algún pesar hoy a<sup>44</sup> Misa, al decirme aquella mujer: Este papel se os ha caído, tomad, lo hice, creyendo era el que tanto cuidado me daba. Esta es la verdad, y así reportad la imaginación cruel, y reparad que os admití por dueño: mi primo sois, y mi sangre, no la afrentéis, ni aun con la imaginación.

A cegarme la pasión de tan fieras letras (la respondí, rompiendo en menudos pedazos el papel) os hubiera abierto el pecho para que saliera el Alma; y aun no sé si escapara de mi furor, aun siendo espíritu. Sosegaos, que bien habréis reparado en mi sosiego, que conozco quién soy; y para que creáis lo poco que ha inquietado este suceso mis gustos, sólo os

44.- 'oi Missa' (p. 151).

suplico me perdonéis si ofendí vuestra inocencia, que amar sin celos, no es amar. Esto la dije, asiéndola las manos, que viendo mi rendimiento, empezó a llorar, y yo a velar, pues pasado este lance, todo mi cuidado era buscarle.

Hasta este día había salido siempre a Misa en mi compañía; de allí adelante la fie a la criada, acción que al parecer sintió; pero no interiormente. Sucediome que un día, estando paseándome fuera de la Ciudad, cerca de su río, vi al que ya miraba por mi enemigo, que llegándose a él una mujer, le dio un papel, y atento mi cuidado, me pareció ser la que vi dar el otro a mi Esposa.

Muchas veces quise determinadamente quitársele a estocadas; pero detúvome el que me perdería, y no me vengaba, y así espía vigilante, vi que se despidió de mi enemigo la tal mujer, a quien seguí, y supe nombre, y casa, y aun modo de vivir, de la forma que oiréis.

Cerca de su albergue vivía otra tal, a quien yo conocía de ciertos lances pasados; pero ella a mí no más que de vista, creyéndome forastero. Fui bien recibido, y díjela me informase de quién era una mujer su vecina, de tales señas? Respondió, que Coloma era grande amiga suya, y nada lerda en cuanto a lo pitoniso, pues mayor no la había visto el mundo, y que al presente andaba en un negocio, que ya la valía muchos ducados, y aún no estaba logrado. Preguntela, que sin nombrar partes, me holgaría de oírle, y prosiguió así.

Un Caballero Indiano, muy poderoso, se ha valido della para alcanzar una principal casada deste lugar, a quien no<sup>45</sup> conozco; pero sé que Colombia lleva, y trae papeles con tal secreto, que ya tiene en sí de la dama, sólo lo dificulta la clausura suya, pues sólo a Misa sale; pero en manos está el negocio, que le facilitará, que bien sabe dar sueño que dure las horas que ha menester, tan profundo, que no baste el ruido del mundo a despertar a quien se le echa: y creo que tiene dispuesto de una noche dársele al pobre marido, y salirse ella con él a un barco prevenido, y por el río llevarla a Cádiz, y luego a Indias; y cierto que a mí misma me da lástima el pobre paciente, cuando despierte, y se halle sin mujer, que me han dicho que la quiere mucho.

Estas razones escuché, labrando nuevos cuidados en mí. Despedime, dándola palabra de volver a verla para cierto negocio. Dila cuatro pesos, diciendo, creyese que la misma dama era causa de mis desvelos, y no estar en mí, y que por aquel Caballero Indiano me desechaba, y a poder salteársela, o hallar medio para ello, diera mil pesos, depositándolos de contado; porque su belleza era causa de mi perdición, y cautiverio.

Pues aguárdame, dijo, no te vayas, que en la dilación hay peligro, siéntate, que a ser menester te la había de traer aquí luego al punto: deposita ese dinero, que yo te doy palabra de ponértela adonde quisieres, con tal calidad, que ha de ser a la misma hora que haya de salir, esperada del Indiano. Bien estoy con eso (la dije) el dinero te ofrezco en tus manos, dila en un bolsillo la cantidad, con calidad de que me la había de poner en un vaso que yo tenía mío: ofreciolo, y quedamos de vernos a otro día.

45.- 'yo' (p. 155).

Fuime a casa, y aquella noche me recogí algo temprano, y reparé, que mi Esposa dio vuelta a sus joyas, y vestidos, y ya algo tarde se recogió, fingiéndose mala. Qué tal estaría yo en estos medios, sólo al que le hubiese pasado otro tanto, si es honrado, se le concede el pintarlo.

Llegó la mañana, y yo fui a ver a mi remediadora, a quien hallé esperando, y antes que yo hablase palabra, me dijo así: Para que conozcas mi cuidado, escucha: Tú has de tener esta tarde prevenido ese barco que dices, en tal parte, y por señas una banderilla pajiza, y pues el amor hace imposibles, tú mismo has de ser Arráez disfrazado, de modo que el Indiano no te conozca, porque yo tengo de hacer que flete tu barco, y a él mismo lleve la dama, y luego yo te daré orden para que des sueño a todos, y a ella la saques a tierra.

Pareciome bien la traza tan sin peligro, porque como era a medida de mi deseo, todo lo facilité. Prosiguió diciendo: Para que veas del modo que lo he dispuesto, lee ese papel, que Coloma me ha dado; tomele, y leí de mi ingrato, y traidor dueño las razones siguientes:

Esta noche te espero a las once, que a las nueve dispondré el letargo que ha de dar sueño a mi marido, que le durará lo bastante para que podamos apartarnos del riesgo. Tendrás prevenido barco, que su gente sea de satisfacción; y cuando vengas, trae un criado contigo, para que lleve mis joyas: conmigo irá la criada, por no dejar tercero de nuestros amores, y quien pregone forzada del castigo. Tuya para siempre. Así que leí, me quitó de las manos el papel, diciendo: Éste voy a llevar ahora al Indiano, por orden de Coloma, y le ha de dar señas del barco que ha de fletar, por tenerle ya prevenido mi amiga con toda seguridad, que esto he alcanzado yo con ella, mediante el amistad, y interés; y así no te duermas, pues tienes amor, vete al barco, porque él irá así que reciba este, que será dentro de dos horas, que te daré para tu prevención. Despedime, y así que me vi en la calle, me ocurrieron mil imposibles: el uno, el haber de asistir en mi casa, para que dejándome mi traidor dueño dormido, hiciera<sup>46</sup> su determinada maldad. La otra,<sup>47</sup> el haber de estar en el barco a tiempo que pudiera lograr mis deseos, y vengar mis agravios: otro la seguridad del barco; pero todo lo vencí, según lo que se vio y oiréis.

Vecino, y morador de Triana, lugar tan cercano a Sevilla, que sólo divide sus plantas el famoso Guadalquivir, río que blasonando de caudaloso poder, siempre está en batallas con el mar de Cádiz. Digo, que vecino de Triana, había un Arráez, mozo de atenciones honradas, que en Sevilla había recibido algunos agasajos de mi casa, y en particular míos. De éste me fie, dándole cuenta de mi intento, sin señalar partes mías, sólo que me importaba el examen de la verdad. Diome palabra, y al punto dándole dinero para tafetán pajizo, lo puso en ejecución tan a tiempo, que con mis ojos vi fletar su barco, para robar lo que creí por descanso de toda mi vida.

46.- 'y cierta' (p. 156).

47.- Se espera 'el otro.' Lo considero lapsus del autor.

Ya asegurado el barco, y el que disfrazado iría yo para ayudar al remo, y levantar vela, o por lo menos el que lo creyesen los pasajeros traidores, me fui a disponer lo más importante.

Tenía yo en Sevilla un deudo, hombre virtuoso, de pocos años, y mucha cordura; a éste di cuenta de toda mi historia, sin dejar por contar cosa alguna, juramentele, que demás de favorecerme, callaría el secreto hasta que el tiempo le descubriese. Díjele, que aquella noche había de entrar en mi casa, pues para él no había puerta cerrada, y en la ocasión primera se había de meter debajo de mi cama: diome la palabra, y mano, señalamos hora, y despedime.

Pasó aquel día tan deseado de mis contrarios, y mío para el logro de mis deseos, y para que mi honra volase hasta las Estrellas, vino la noche a medida del deseo, obscura: cogiome fuera de casa, prevención que importó, pues con unos paños, que llenos de sangre tenía prevenidos, entrapajé mi cabeza, y parte del rostro, fingiendo en mi casa, haber salido herido de una pendencia. En fin, entré en mi cuarto, para breves horas huésped. Recibiome mi Esposa con algún susto al parecer, y mi tío con notable sentimiento, ofreciendo el buscar al dañador, si le decía quién era. Soseguele con razones, diciendo haber quedado también herido el contrario, y que mi mal no era cosa de cuidado, sólo el sosiego de mi persona les pedía, que ya venía curado, porque la mucha sangre no había dado más lugar, acosteme, despidiose mi tío, y en mi Esposa vi gran prontitud en recoger la casa. Dejéronme solo, y registré, que debajo de mi cama estaba el que había de ocupar mi puesto. Hícele desnudar, y poniéndole los trapos en rostro, y cabeza, entró en mi lugar, y yo me vestí muy a tiempo, porque mi Esposa andaba muy solícita en su negocio. Encarguele el guardar el rostro, y hacerse dormido, y que a la forzosa podía hablar con las demostraciones de las manos. Con este cuidado le di llave maestra, para que en siendo hora, se saliese, que el mismo tiempo le diría cuándo, y cómo.

Tenía mi alcoba una puertecilla, que aunque no servía, daba a una escalera pequeña, que se comunicaba con la principal (fábrica antigua de la casa) por allí me iba a salir, cuando los pasos de mi Esposa me detuvieron, pues llegándose a la cama, y viendo al que creyó su Esposo durmiendo, para acrecentarle el sueño, por debajo del almohada metió lo que había de inficionarle los sentidos: vilo, y examínelo todo por entre las colgaduras de la cama, determinado ya a si me sentía, y daba voces, matarla, y acudir a la casa de mi enemigo, o<sup>48</sup> esperarle, y hacer lo mismo; pero la fortuna lo dispuso bien, y a medida de mi deseo, que la ofensa hecha a Dios, quebrantando las leyes de su yugo Santo, no permanece sin castigo largo tiempo.

Pareciéndola que quedaba dormido, y asegurado su Esposo, se salió de la cuadra, y yo dando nuevo aviso a mi substituto, me salí por la puertecilla, y con brevedad a la calle, a tiempo que dieron las diez de la noche fatal. Aligeré los pasos, y en la puerta, llamada del Arenal, hallé a dos criados de mi enemigo, que sin duda guardaban el paso franco a su amo.

48.- Quizá haya errata por 'a' (p. 159).

Cerca de la torre tan nombrada en el mundo por su grandioso nombre; en fin torre del Oro, hallé a un criado mío, con todo lo necesario, que era vestido, dos pistolas bien dispuestas, un espadín, y quinientos doblones, que con libranza mía había pedido a un Mercader de plata, de los que tiene aquella Ciudad. Vestimea (dejando allí a mi criado) y entré en el barco. Recibiome su Arráez, diciendo: Es hora de venir? En yendo a la Ciudad, las mozas os entretienen. Quién ha de prevenir remos, y lo necesario? Con esto, sin hablar, tomé puesto, y reparé, que ya había en el barco dos criados de mi enemigo con ropa, y otras cosas. Dispuse por debajo de un capote, que me cubría, una pistola, y pasándome a la proa, vi a breve tiempo llegar a mi contrario, llevando de la mano a la que con palabras Sacramentales era mi Esposa. Entraron en el barco, y apenas estuvieron dentro, cuando mandó herir el agua con los remos. No sé si mi honor perdió sus quilates antes deste tiempo, porque después no quise dar el menor lugar, que con dos criados mi contrario, y mi enemiga con su criada, zarparon viaje de la otra vida.

Pareciéndole a mi enemigo, que ya se alejaban de las orillas de aquel arenal, la fue a echar los brazos al cuello, cuando arrojando una montera, que me tapaba el rostro, dije: Don Pedro soy traidores, no lograréis tan infames acciones. Disparé la pistola en el pecho de mi contrario, que al decir muerto soy, se quiso echar al agua mi enemiga, a quien hice tragar el plomo de la otra pistola, y desembarazando el espadín, quité las vidas a la criada, y criados, que puestos en defensa, dieron algo que hacer; pero no les aprovechó, que en semejantes venganzas, y tan justas, ayuda el brazo de Dios.

Quiso, picado de lo bizarro, oponerse a mis acciones el Arráez, diciendo le había engañado, con que ya enfadado, y costeadado lo más, le hice que sirviese de barquero, hasta el infierno, a los que había sacado de Sevilla. Vime en el barco lleno de cuerpos muertos, con que arroje al agua todo lo que me ofendía, quedando solo, que a fuerza de remos, volví el barco adonde había salido. Salté en tierra, busqué a mi criado, y registramos el vaso, sacando los líos de mi enemigo, y traidora ingrata, y con ello entramos por parte secreta en la Ciudad.

Bien creo (prosiguió) que conoceréis mi Historia, por la más sangrienta, y afortunada, y que os habrá servido de consuelo a la pena de la vuestra, pues yo con Esposa a mi gusto, rico, y envidiado, en el discurso de ocho meses sucedió lo que habéis oído, y así agradeced a la fortuna el que os hiciese tanto bien en perder a la que entre los movimientos del amor, podía aguzar los dientes para morderos.

En fin ya en Sevilla, sin el peso de la deshonra, entré en mi casa, y en un cuarto bajo dejé lo que traía mi criado, que en los líos de mi contrario, según después vi, había lo bastante para pasar los días de mi vida con razonable descanso: llegué a mi cuarto, toqué en mi cama, y hallé a mi deudo tan dormido, que por más diligencias que hice, no pude conseguir el que despertase; y llamando a mi criado, le pregunté, si se atrevería a llevarle a cuestras hasta su casa? Díjome que sí; y yo asiendo sus vestidos, en cuyos calzones hallé la llave de su cuarto, le dejé en su cama, y la llave por debajo de la puerta. Volví a mi casa, y

con mucha quietud entré el cuarto de mi tío, a tiempo, que ya iba rompiendo el celaje de sus sombras la obscura noche, a la vista de la hermosa Aurora. Y habiéndole despertado, ya en sí, admirado de verme vestido, y sano, creyéndome herido, y en la cama, le conté todo lo que me había sucedido, hallando en él, lo que creí tristeza, alegría; y en quien creí despegos, amores, y amparo, diciendo: Dadme los brazos, sobrino mío, hijo de aquella hermana, cuya bondad asombró al mundo, cuya caridad conocieron los pobres, y lloraron su muerte, cuya pérdida quitó la vida a su amante Esposo, y padre vuestro. Abrazad a este, que como a hijo os ha querido, y criado, y dejadme sentir, no la muerta hija, sino sólo el que saliese parecida a su madre, que de una mala rama jamás se cortó buen báculo para la vejez de un honrado. Creí que lo fuese de la mía, faltó a Dios, a vos, y a mí, merecido castigo a quien profana sus Sacramentos. Al remedio vamos, hijo, ya que fue, y no hay medio en que los dos cuerpos se hayan encubierto, y es fuerza que todos se han de hallar, o buscarlos en conociendo la falta y vos es fuerza que padezcáis por las otras muertes, y demás, los ojos del vulgacho, mirándoos a una luz, como a honrado, y defensor vuestro, a otra, como a quien agraviaba su<sup>49</sup> esposa. Póngase tierra en medio, hasta que el tiempo cure las cosas.

Con estas razones de mi tío, haciéndole dueño de las joyas, y doblones de mi enemigo, tomé quinientos, y dos caballos, y con mi criado me ausenté de Sevilla, y pasé a Córdoba, y después de pocos días vine a Madrid, de donde avisé a mi tío, y donde recibí cartas suyas de el gran sentimiento que había causado el haber hallado los cuerpos muertos, todo originado de la sangre, que en el barco se vio, y falta de su dueño, pues habiendo hallado a los tres días a mis principales enemigos cerca de Sevilla, en una orilla que llaman San Juan de Alfarache, de donde fueron sacados, conocidos sólo en el adorno, fueron examinando las aguas, y toparon los demás cuerpos. Avisome de los entierros, y lástimas, de la verdad que luego se publicó, sabida de muchos (que sólo el pobre paciente lo sabe el último) cómo la justicia visitó mi casa, sólo por cumplimento, consolando a mi tío en su gran pérdida; cómo embargaron los bienes que hallaron en casa de mi enemigo, que sólo fueron alhajas de hombre soltero. Y ya he tenido aviso, cómo los Caballeros desean verme, y que todos están de mi parte, haciendo las diligencias con la justicia para ajuste tan honrado.

Mi deudo, supe por carta suya, cómo volviendo del profundo letargo, a la mitad de otro día, y hallándose en su cama, creyó sueño de la fantasía la verdad manifiesta, hasta que la examinó. Mirad ahora si más notable puede ser historia de hombre alguno de los nacidos.

49.- 'a su' (p. 163).

## DISCURSO XII. *De las fortunas de Periquillo el de las Gallineras.*

**S**I la honra aun vive en los muertos, qué mucho que en los vivos se procure conservar? Y así (dijo el tercero de los tres) pues me hallo con la deuda de contar mi fortuna, oíd lo que son desdichas, oíd mis llantos, consumidos en el corazón, y pintados con la lengua. Uno de vosotros perdió la prenda antes de la posesión. Otro, por su comodidad: pues el hombre con la afrenta no vive, en cuanto vive con la deshonra; y así, dad atención a mis desdichas, y guardad todo el consuelo sólo para mí, que bien conoceréis que le he menester.

Nací, mas no se dónde, ni dónde he de morir, que hasta en esto quiso la fortuna negar alivios al hombre. Digo, que no sé dónde nací; porque cuando me hallé a las puertas del primer conocimiento, fue en compañía de un pastor, que guardaba una pobre tropa de ganado cabrío, en cuyo aprisco, casi como animal me crié, pues el conocimiento que adquirí en esta isla inhabitada, a la naturaleza se le debo, no con las perfecciones que da el enseño, y la disciplina, pues falto de todas me hallé.

Jamás le debí enseñarme para vivir, que era el enseño que yo deseaba, sólo un pobre sustento recibía de sus manos; en fin era pastor en todo, no pastor de las Almas, sino en el tosco proceder bruto.

En este estado mío tan simple le dio el mal de la muerte, y en sus últimos parasismos, sólo me dijo estas razones: Hijo, que aun no puedo deciros de quién lo sois, pues entre pobres envolturas os hallé llorando las primeras fortunas de vuestro nacimiento, la crianza me debéis, pues mi cuidado os ha alimentado, por medio de el dulce licor de mis ovejas, y cabras. Cristiano sois, pues en ese primer Pueblo os hice profeso en su Bautismo Santo. Álvaro os llamáis como yo: en el zurrón lo hallaréis entre otros papeles, y el de mi confusa historia. Sólo os suplico, si la aspereza de mi condición no lo contradice, me deis sepultura en el sitio donde hallareis una piedra, cuyas letras estampadas, dicen: Parte de mi fortuna. Perdonad el poco cuidado que con vuestra enseñanza he tenido, que os aseguro, que jamás me faltaron las penas una hora para darla a vuestra educación.

Padre mío, dije, con razón te puedo llamar así, pues ya que no sea el ser, te debo la crianza, dame esos brazos. Diciendo esto, se los eché al cuello, a tiempo que espiró, diciendo al arrancarse el alma: Pequé contra Dios, que me crio, tenga de mí piedad. Perdonad amigos (prosiguió) si las lágrimas, enseñadas a surcar las veredas de mis ojos, vuelven a su curso, que aunque quiera, no puedo reprimirlas.

En fin le di sepultura, después de buscada la piedra, cuyos caracteres no entendí, sólo en sus señales conocí era allí donde me dijo le diese sepulcro. Al cavar la tierra, topé unos huesos de un cuerpo pequeño, y admirado de su forma, y compostura, entró en mí la admiración, pues aún no estaban desunidos. Noté formado un cuerpo esqueleto; reparé

en su cabeza, ya calavera; sus brazos, y pecho, ya espantoso; su cuerpo, sólo asombro; sus piernas, todo horror, y sin sacarle de la tierra, eché encima el difunto Álvaro. Cubrí el hoyo, tan triste, y cercado de penas, y confusiones, que al no valerme el ser hombre, sin duda muriera.

Muchas veces dio mi torpe discurso vueltas a la piedra, con tan vivos deseos de conocer las letras que la pintaban, que no sé cómo no reventé con la fuerza del deseo; y no fuera maravilla, pues de un mudo de nacimiento se cuenta, que fue tan grande el deseo de pronunciar en una ocasión, y decir su sentir, que reventó: y al contrario, otro hombre de razón, que por no responder a quien le había maltratado de palabra, reventó al corazón la misma razón que había de salir fuera, y repimió dentro. Pero yo, dejando aquella ocasión para otra mejor, fui a la pobre cabaña, di vuelta al zurrón, hallé muchos papeles, y entre ellos un retrato de un Ángel, de una deidad, de un asombro de la hermosura. En fin, según la fuerza que<sup>50</sup> hizo en mi pecho, conocí el ser retrato de la mujer, di los ojos a su pintura, y todo elevado contemplé así.

Hermoso retrato, cuya frente da envidias a la nieve: bellos ojos, que con lo dulce del mirar matáis, para qué son esas pestañas? mas creo que sin duda que las tienes de lástima, para encubrir a tiempos tantas flechas, que disparan esos dos arcos: ese bello pelo, que de la cabeza se desata en ondas, son cadenas, o qué son? esas mejillas, mal digo, esas deshojadas rosas, para quién las deshacéis? Esa nariz, o esa perfección de tanto cielo, qué hace encima de ese resquicio de Carmín? qué guarda dentro? pero donde contemplo corales, y claveles al primer examen, perlas ofrece su centro; y donde hay perlas, no anda muy lejos el ámbar. Ese hermoso remate de tanta perfección, dónde empieza, o dónde acaba?

Aquí llegaba mi primera admiración (pues no la hay, donde no hay hermosura) cuando la inquietud de mis cobardes, y medrosas cabras me quitó de tantas suspensiones, pues espantadas, y rendidas acudían a mí como a amparo de su fortuna. Registré el sitio, y discurriendo aquel pedazo de tierra, Isla donde nos cercaba el mar, vi en las orillas de un pedazo del dilatado cristal, un barquillo cubierto, y sin remo, o vela, que le guiase, que mas me pareció tumba de muertos, que albergue de vivos.

Detenále la misma riguridad de las olas, tan cosida a la tierra, que publicaba sin duda socorro: dísele, pues arrojándome al agua, le aseguré, y con un cuchillo que en mi cinta andaba, rompí parte de unos encerrados lienzos que le tapaban, y ya que pude registrar su cóncavo, vi dentro; oh Santo Dios! mejor me hubiera sido haber cegado, para no haber labrado sentimientos tan justos, pues vi un bien del siglo, pues duró tan poco. Vi, vuelvo a decir, una mujer entregada a un parasismo, tan sin alientos, que sólo los brazos de la muerte parece que se le ofrecían.

Del hermosísimo rostro había huido todo lo cárdeno, y se había apoderado la nieve de todo aquel Cielo, hasta de los corales de sus labios se había hecho dueña. Cubríanla los pechos, digo aquel equívoco alabastro, el largo, y encrespado pelo, que parece que el

50.- Suplo 'que' (p. 168).

mar le había formado de sus ondas; el cuerpo llevaba adornado de ricas, y vistosas galas, pareciéndome este desmayado Ángel de muy tierna edad; y haciendo reparo en las alhajas de aquel aposento de la muerte, vi clavado en un madero un puñal.

Como fuera de mí estaba, cuando a la inquietud de un esperezo, formó el ansia en que se hallaba estas razones: Oh ingrato padre! en qué te ofendí? Soy yo la causa de tu desdicha? Acaso aconsejé a la fuga de tu cruel Esposa, y madre mía? qué indicios hallaste contra esta que engendraste? pero aun eso creo que no te debo, pues sin tener culpa, me arrojas: si el cuerpo humano, que tiene en sí una llaga, la cura, y limpia, por ser suya: si yo era tu hija, criárasme a tu condición, y no arrojarme tan sin piedad a la inclemencia del espantoso humor.

Con esta pasión que arrojó, algo sosegada, abrió los ojos: que mal he dicho! el Cielo se serenó, y por entre sus Iris salió el Sol duplicado; pues vi en su rostro (digo en su cielo) dos soles. Mirome, y no se turbó, antes examinando con la vista la novedad, fue poco a poco llamando colores, y a breve espacio huyó la nieve a los rayos de sus ojos, cubriéndose aquel pensil de la belleza de deshojadas flores, restituyó el coral su color a los pálidos labios, y las dos azucenas tan serviciales del cuerpo, acudieron a componer pelo, y ropaje, luego remojó las partes secas de la boca la saliva, con que llamando alientos, formó sílabas, que juntas dijo así.

Quién eres Joven gallardo, amparo de mis desdichas, aunque en traje rústico, Cortesano de las Selvas? quién eres? que en la disposición de mi estado, creo tu socorro a mis desdichas: y si esto es como lo imagino, y digo, ayúdame a salir deste ataúd. Así que dijo, la cogí en los brazos, y sacándola a tierra, la llevé a mi pobre cabaña, ofreciéndola un hermoso panal de miel, y el blanco licor de mis ovejas, y ya que en sí la vi, la dije así.

El ser humano, en mi acción lo habrás visto; pero decirte quién soy, no podré, más de lo que has oído. Quién eres tú, que fluctuando, has dado en mi pobre habitación, adonde jamás tal forma vi? Eres Divina criatura? Eres tú la que llaman dicha, y desdicha del hombre? Dime quién eres, y prosigue tu historia, que desde luego te ofrezco el amparo, y no dar paso sin tu gusto.

Yo, discreto Joven (prosiguió) nací en una de siete islas, que el mar tiene cerca de las tierras de España, llamadas Canarias, y mi patria Lanzarote. Crieme en la casa de mis padres hasta la edad que ves, que se compone de quince años. Mi madre recién venida a mi patria, casó con mi padre, en cuyo tiempo nací fruto de ambos.

A esta Isla llegó un Caballero, a quien naturaleza adornó con toda su gala, y gentileza, robando la voluntad de mi madre, que dejada vencer de sus ofrecimientos, negó a su Esposo, y desamparó a su hija, haciendo fuga un día, sin saberse de ella en quince; a los cuales, llevándome mi padre engañada, donde tenía determinado este sepulcro, me hizo entrar dentro, diciendo: Si vos habéis de pareceros a vuestra madre, buscad fortuna en otro País, que yo iré en su busca, para vengar mi agravio, o morir en la demanda. Con esto me echó al agua, y mi llanto llamó al desmayo, con que llegué a tu socorro.

Notable crueldad! (la dije) no bastaba el favor de ese rostro, y esa tierna edad? Acaso te halló culpada? hombre bárbaro era sin duda. No había una clausura donde dejarte, y no desesperadamente echarte a la inclemencia del mar? No puedo creer que te engendrarse; pero pues tu fortuna te ha favorecido, dime tu nombre, que el mío, que es lo que sé de mí, es Álvaro. Yo, prosiguió, abriendo aquel Archivo de perlas, y respirando ámbares, me llamo Francisca, y ya me nombro tu esclava, pues te debo la vida que gozo. Sólo te suplico (la dije) me digas y declares, con qué forma, o caracteres se comunican dos ausentes? Con letras (me respondió) que organizadas, y conformes, manifiestan el sentir, y dicen lo que se siente. Conóceslas tú? (la pregunté) y respondió, sí. Con esto la guie a la piedra, y así que llegó, dijo, mirando aquellas señales, a mi entender, y al suyo letras con Alma, pues hablan.

Aquí yace Ponciana, hija de la cruel Clori, que después de diez años de compañía, ingrata a Dios, y a su Esposo, se fue del dulce amor, y regazo de Álvaro, en un barco que a esta Isla aportó, y porque aquella imagen, y retrato suyo, no hiciese otro tanto que su ingrata madre, la maté, y enterré aquí; a Dios pido perdón de mis culpas.

Así que acabó de leer se desfiguró notablemente, volvió a perder sus colores, apoderose lo pálido de sus mejillas, y el coral hizo fuga, y asíéndose de mí, cayó desmayada en el suelo, diciendo. Oh ingrata madre! Mis admiraciones fueron aquí mayores que jamás, y mi pena duplicada; pero con todo el cuidado que pude, acudí a la que en las tablas de la muerte estaba haciendo<sup>51</sup> su ensayo, y aplicando a su rostro agua, poco a poco fue volviendo en sí, y a mí el Alma, que parecía que lidiaba ausente de su lugar.

Aplicó toda la vista a mirarme, arrojando algunos suspiros lastimosos, que en los sacaba de lo más íntimo, y ya apoderada del descanso, dijo así: Oh Cielos Santos, que habéis querido traerme adonde nuevos testigos me hayan dicho la crueldad de mi madre, y la bastarda sangre que alienta sus venas! No me espanto de la ingratitud de mi padre, que en fin ya me dejó la vida, y ya le hace más compasivo la crueldad de estotro, pues mató, y enterró a mi hermana, y su hija.

Habla con claridad, la dije, y repara, que sólo aumentas penas a mis dudas, y tú sola te entiendes. Entonces dijo así: Álvaro fue sin duda el primer Esposo de mi madre, y autor de las letras que guarnecen aquesta piedra. Tuvo en ella una hija, y después se fue en un barco, según dicen aquellos caracteres: y vengando su enojo, mató a la tierna corderilla, y enterró aquí. Después, por los medios que yo no sé, casó con mi padre, y yo nací fruto de tan cruel rama, pues también su fuga fue causa de que mi padre me arrojase al mar. Mas piadoso fue, pues dejó a la fortuna mi socorro, sin acabarme de una vez: oh ingrata madre!

Así que dijo esto, la enseñé el retrato que me había hallado, y tomándole en las manos, dijo así: Eres tú, cruel sola en el mundo? Ya mereces el hombre que te doy, pues de segunda vez te has dado a conocer. Tan pocos dolores te costaron dos hijas, fruto de tus entrañas, que por un lascivo antojo las desamparaste, dando lugar a la muerte de la una, y a la fortuna de la otra? Para qué te adornó amor con tanta belleza, si acaso lo es el matar,

51.- 'hiziendo' (p. 174).

dejando en tus ojos flechas, y arcos? Pero creo que son armas de la muerte, pues a los mismos a quien te rendiste, mataste, dejándolos metidos en la deshonra. Dónde naciste Caribe, o Sirena, que con lo dulce de el canto destas dos niñas cautivas, y acabas tu amor? sin duda fue siempre fingido, pues le negaste a quien jamás le negó el más fiero Animal. Eres Cristiana? Que si lo eres, llamarete buey silvestre, pues no supiste aprovecharte de el bien que tenías en el corazón. Cualquier Cristiano tiene la Fe de Jesucristo en sus entrañas, y despreciando tanto bien, se condenan algunos. El buey silvestre tiene en medio de el corazón una piedra, que traída en la boca, jamás se siente la sed, y de ordinario muere de ser el buey Silvestre, teniendo este bien consigo. Ay de ti! que si como vives, acabas, mal acabarás, pues a una mala vida, se sigue una mala muerte.

Así dijo, y mirándome al rostro, me preguntó, dónde, o cómo hallaste este retrato de la que me parió? Ésta es Clori, tan parecida, que creo que la acaban de retratar, y aun me parece que hoy está más hermosa, porque a más años la vino más perfección. Oh madre, aunque cruel! que al verte me has enternecido el alma; deja que bese esos labios tu infeliz hija.

Volví a verla en esta acción algo tierna de ojos, y por divertirla, la dije: Ven conmigo a ver si entre los papeles que en la choza tengo, hallamos cosa que importe. Fuimos, y en un zurrón topamos toda la historia de Álvaro, escrita, y firmada de su mano, y buscando lugar acomodado a la vista del mar, leyó así.

Oh tú, cualquiera que seas, en cuyas manos se viere este papel, que con tinta de mis venas, y agua de mis ojos escribo, oye: Nací en esta Isla, mancha que el mar permitió en sus cristales. Mis padres, que por cierta desgracia aportaron, huyendo a este sitio desierto, algún tiempo población, ejercitáronse en criar ganado de cabras, y ovejas, caudal que aunque corto, me dejaron después de sus días, que como eran días cargados de penas, presto dieron en tierra. Crieme hasta los veinte años, en cuya edad, una mañana saliendo de mi humilde choza, oí ruido en las cercanas aguas, y encubierto, noté que de un barco pequeño se apeaban a tierra dos hombres con una mujer, cuyas ansias manifestaban notable pena: y así que pisaron esta Isla, sin examinarla toda, amonestaron a la afligida, que escogiese muerte, que eso sólo la permitían: y sus palabras, llenas de lágrimas, pidieron a los dos crueles la dejasen parir, porque los dolores eran grandes, y que la concediesen no peligrase el fruto de sus entrañas, inocente de las culpas de su madre; pero la mucha pasión de los dos no quiso concederla lo que pedía, y ya dispuestos a darla muerte, empuñando yo una gruesa rama que allí tenía, salí a ellos, que al verme en traje rústico de aquel modo, huyeron tan apriesa, que al valerse de su barco, les faltó, y se ahogaron. A este tiempo parió la mujer, y al cobrar algún aliento, fue el último, pues espiró.

Acudí a lo recién nacido, y hallé una hermosa niña, de quien cuidé, pues cobrando el barco, la llevé a la más cercana población, donde echa Cristiana, di a criar hasta la edad de doce años, que fui por ella, y traje a mi compañía. Llegó al extremo de la hermosura, y yo, herido del amor, volviendo a la Aldea, con gusto suyo, sabida su historia, nos casamos, siendo mi edad de treinta y seis años, y la suya de diez y seis. Vivía con ella, y con todo

el gusto de el mundo, dándonos el Cielo una hija, original retrato de su ingrata madre, pues dándome unas fieras calenturas, de cuya fiebre me postré, sin poder andar; estando así un día, oí un grande ruido en el mar de gente, que desembarcaba a mi isla, sin poder ver la causa, por no poderme mover, hasta que sosegándose algo, y viendo que no venía mi ausente esposa, y que su querida hija lloraba, me animé como pude, y hallé menos a mi compañía, y en su lugar un recién nacido infante. No salí tan tarde, que no viese en el cristalino campo que la llevaban unos hombres en un barco, y que al verme no hizo demostración de sentimiento, antes con un paño blanco me daba como vaya burlesca.

Fue grande mi pena, en tanto grado, que cegado de la pasión, quise echarme al agua; pero las débiles fuerzas lo impidieron, obligándome el ansia, y unas letras que vi formadas en el arena, que decían así:

Siempre deseé ver más hombres, que mi natural con un continuo rostro no se contentaba. Llegó la ocasión deseada, y por eso me ausento de ti para siempre.

Concebí tanto enojo, que tomando a la tierna corderilla, la quité la vida, y enterré en el sitio, que hay una piedra, en cuya frente leeréis parte de mi historia, y en su lugar crié al infante que hallé arrojado, sin duda por otra semejante causa, pues se dejó entender, que los que llevaron a mi esposa, traían al tierno pimpollo a dejarle, y perderle, sin matarle; acciones todas de bárbaros, y salvajes Indios, pues aunque la disciplina Católica nos ha dado luces hermosas, el natural en algunos es perverso, y el mío peor que todos. A Dios pide perdón Álvaro el desdichado.

Aquí llegó la relación, y yo que tal oí, conocí ser el segundo Álvaro, y sin saber otra cosa de mí, estimando a la hermosa relatora la razón declarada, la dije: Parecidos somos en ser arrojados, y sólo tengo por la mayor dicha el haber aportado a mi isla el tesoro de las Indias, su plata en tus pechos, su oro en tus cabellos, sus perlas, y aljófar en tus lágrimas, sus diamantes en tus dientes, sus corales en tus labios, su ámbar en tu aliento, y aun en ti se han de hallar más riquezas, que en todos sus senos.

Entonces, agradecida, y cortés, dando muestras de su amor, y amparo que hallaba, me ofreció los brazos, diciendo: Tuya soy, haz de mí lo que quisieres. Perdóneme el yugo Santo, y sus Sacramentos, que con tal ocasión, cegado de amor, la gocé por espacio de un año, deseando siempre ocasión de salir de aquella Isla, y casarme con ella, buscando otro modo de vida, pues con palabra de esposo vivía con esperanzas. Pero mis penas, fortuna, y desdichas juntas, cortaron el hilo a mis glorias, pues dándola un repentino mal, en tres días murió, dando fin mis alientos, aunque con los pocos que me quedaron, ordené de amortajarla, y al hacerlo, la hallé unos silicios brutos, de ásperas yerbas, que herían sus carnes, y a raíz de el pecho una Cruz, tan imprimida en él, que la servía de engaste, matizado de gotas de sangre, o rubies de una Alma penitente. Este bien perdí, dejadme llorar sin consuelo, pues no le imagino, habiendo perdido una belleza santa. Mas fuerza será el contaros del modo que salí al mundo, o a la confusión.

DISCURSO XIII.  
*De las fortunas de Periquillo el de las Gallineras.*

**M**UCHO ahogan las penas, y más siendo originadas de un sentimiento justo. Perder una mujer hermosa, y virtuosa, es mucho perder; faltar una consorte, llena de riquezas, en cuerpo, y alma, es mucho faltar; morirle a un hombre tanta dicha, es mucho morir; y más hoy, que la hermosura, y virtud han reñido con tanto extremo, que sólo el creer una mujer que es hermosa, por decírsele una vecina, o un enamorado a todos vientos, o la luna de su espejo, concibe tanta soberbia, que precipitada se despeña en los vicios, para aumentar las galas, y adorno, para más realce de la hermosura, si acaso lo es, la que hace guerra al alma, obscureciéndola sus luces.

Justas son tus lágrimas (dijo Pedro) permitido es que sienta quien tanto bien perdió. No lo sabéis bien (prosiguió Álvaro) que sólo quien vio los hermosos ojos de Francisca dar luces, y los notó eclipsados, quien vio su alabastro, y nieve horror, y todo espanto, quien era toda Ángel, sólo<sup>52</sup> aquél podrá sentir.

En fin amigos, tomando el barquillo en que vino a mí tanto bien, para tan breve tiempo, dando tierra a su cuerpo, contemplé en aquella tumba los anuncios de mis penas, y haciendo dos fuertes remos, que la necesidad me enseñó, probé a navegar, dando vuelta a toda mi isla; y tomando tierra al contrario de mi habitación, jamás vista por intrincada, vi algunas casillas, ya sujetas a la ruina, y combates del agua, y entrando tierra adentro, me despedí del corto caudal, que me había conocido por señor, y dueño; y vertiendo algunas lágrimas, al pie de la sepultura de mi esposa, entrando en mi barquillo, me prometí buen viaje, porque era sitio en que había venido un Ángel humano.

Surqué las aguas, y a pocos lances, con ayuda de los remos, alas de aquella ave de palo, descubrí tierra habitada, donde salté, y donde volví a embarcarme para España, en compañía de otros. Juzgad ahora cuál relación es más dolorosa.

Mucho perdiste (dijeron todos) pero en fin saliste de ser bruto, y así cada cual siente la suya; y Pedro, que conocía la obligación de su parte, dijo así: Amigos, y Señores, ya conoceréis que habrá poco que contar en mi historia, porque donde hay pocos años, pocos sucesos habrá; pero en fin, quiero corresponder cortesano, y agradecido: oíd. Contó su vida con tantas sales, que los dejó gustosos; y Pedro, en quien batallaban dudas, preguntó la causa de estar en aquella campaña pedrosa, o en aquel campo de peñas, pudiendo habitar en poblado, sin ser conocido, el que tuviese de qué recelarse. Yo te lo diré (dijo el Isleño) y pues has oído nuestras fortunas, escucha la que nos tiene aquí a los tres, y advierte, que has de quedar en nuestra compañía.

Sabrás, que viniendo yo de la Andalucía, encontré a estos dos amigos, y saludándonos, me preguntaron, adónde llevaba el viaje? díjeles, y aconsejaronme, que volviese atrás hasta

52.- 'Sol' (p. 184).

hallar compañía, que ellos habían hecho lo mismo, por el riesgo que había en los caminos. Pareciome bien, y en un lugar de la Mancha, nos quedamos juntos en una posada, donde hallamos tres soldados de a caballo cenando; y después de pedir posada, y saludarlos, procuramos la cena, prometiéndonos el huésped el darnos unas pollas, que con brevedad sacó a una mesa. Los soldados, que vieron la ventaja de nuestra cena, empezaron a reñir con el huésped, diciendo, que cómo no había habido para ellos pollas, y las había para otros? y levantándose el uno, echó mano a querer quitar el plato de nuestra mesa. Retirámosle, aconsejándoles escusasen semejante arrojito, y mirasen que había hombres allí. Qué hombres, o qué calabazas? (dijo el uno) y levantándonos, echamos mano a las espadas, y ellos a las suyas, y a pocas vueltas los hicimos conocer su arrojito, pues quedaron en el suelo.

Al ver esto el huésped, sin reparar que él tenía la culpa, empezó a dar tan grandes voces, que con una tranca de la puerta se le hizo callar para siempre. Vímonos en este riesgo, y tomando los caballos de los muertos, montamos, y salímonos a la campaña, a tiempo que ya el lugar se empezaba alborotar, y por huir la ocasión, sin detenernos, dimos en estos montes, tan faltos de todo sustento, que la necesidad ha obligado a lo que no pensamos. Todos los lugares sabemos que están avisados, y que nos veremos en grande aprieto, si de aquí salimos; y así hasta que el tiempo cure las cosas, estaremos aquí: y pues según muestra Pedro, no tiene nada de tonto, ya habrá discurrido el modo de nuestras vidas, y que le habemos menester para que nos traiga comida, y lo demás necesario; y así no hay que replicar, mas de obrar como bueno, y guardar secreto, que otra cosa le costará la vida, y estrénese en tener cuidado con el sitio, en tanto que volvemos. Con esto todos tres se fueron montados.

Así que Pedro se vio en sitio no conocido, sin saber camino, o vereda por donde escapar, todo confuso empezó así: Ea Pedro, que cosa forzada no debe pena. Aquí del discurso, y en semejante lance, más vale morir, que cometer vileza. Qué importa que os maten? Acaso será mejor que deis en manos de la justicia, y os veáis pobre, desamparado, no conocido, y preso por salteador de caminos? Notable fortuna os sigue! no hay más medio que encomendarlo a Dios, y admiraros de haber oído a estos tres hombres, contar sus vidas, con tantas razones entendidas, y haber manifestado claro discurso. Y que se hayan dejado vencer de tan desalmado vicio!

En fin todo lo adquiere la ociosidad. Gente que vaga el mundo, sin entretenimiento, en algo ha de dar. Ea, que Dios, que permitió que por huir de un riesgo, diéseis en otro mayor, os abrirá camino para la libertad.

Aquí llegada, cuando al romper del Alba oyó ruido de caballos, que llegaron al sitio donde él estaba; y atendiendo, oyó que le nombraron. Salió cubierto de lágrimas su rostro, y vio a los tres, que traían de presa dos machos con dos cargas, y en otro una mujer: y así que llegaron, la hicieron apearse, y que se destapase. Hízolo, aunque fue para la perdición de los tres, pues al ver un rostro milagroso, y honesto (que sólo en la honestidad están los

milagros) todos enamorados, pretendiendo cada uno ser dueño de su belleza, labraron su ruina. Apearon las cargas y al ver que Pedro se estaba quedo, le dijeron cómo no ayudaba? escusose, diciendo le perdonasen, que su natural no le guiaba a semejante entretenimiento; con que indignados le maltrataron, haciendo que por fuerza obedeciese.

La pobre mujer empezó a afligirse, vertiendo lágrimas, mirando a todas partes, apretando las manos una con otra, y arrojando lastimosos suspiros. Ay desdichada mujer! decía: donde has dado? qué será de ti triste? No se aflija (la dijeron) que tratando de desterrar lágrimas, no la faltará cosa alguna.

Con esto acomodaron las cargas en una cueva, que formaba la rotura de unas peñas, y luego el Isleño se arrimó a la mujer; los otros dos también: y sobre si yo la eché mano el primero, y ha de ser mía, o no, se trabaron de palabras tan pesadamente, que sacando el Sevillano una pistola, mató al Isleño, diciendo: Ahora será mía. Respondió el Toledano, que mirase que la duda se quedaba en pie, y que para fin de competencias se remitiese a los aceros. Así lo hicieron, tan ciegos, y apasionados, que a un tiempo se hirieron mortalmente, cayendo en tierra.

A este tiempo un arriero, que traía las cargas, habiéndose escapado, y dado cuenta al más cercano lugar; juntándose treinta hombres con bocas de fuego, cercaron el monte, y al ruido de el carabinazo dieron en el sitio, hallando el muerto, y los dos malheridos, que a todos juntos llevaron al lugar.

Cobró el arriero sus cargas, y la mujer sus alientos, y a Pedro metieron en la cárcel, sin bastar su dicho, y el de la mujer, en que dijo, cómo le vio maltratar, forzándole a que ayudase.

Cargado de prisiones, entre confusiones y discursos, vacilando el entendimiento, retratándose castigado por la justicia, pudo tanto la aprehensión, y el pesar, que perdió el juicio. Los dos heridos confesaron cómo Pedro no tenía culpa, pues forzado le habían detenido, con que le soltaron, empezando a hacer cosas como loco, y a decir, no locuras, sino sentencias.

Huid de mí (decía) que se desata la lengua de un loco; afuera gente vil, que intento reformar al mundo, volviendo a él la cándida, y purísima verdad, que desterrada habita las soledades. Con esto se fue, y a más correr caminó sin detenerse, llevándole la fortuna a su amada Patria.

Entró en ella a tiempo que vio alguna gente junta, y mirando una casa nueva, grande, y hermosa detúvose también, y reparando en él, le conocieron algunos, empezando a grandes voces a decir: No veis a Periquillo el de las Gallineras? Qué hay Pedro? (dijeron algunos) de adónde se viene? De buscar la verdad (respondió) que ausente de vosotros había huido a los campos; ya traigo conmigo, atención todo viviente, y decidme qué hacéis aquí tantas bestias juntas? Admirarnos (dijeron) al ver esta casa, que de la noche a la mañana se ha labrado, que parece milagro. Y muy grande (prosiguió Pedro) muchos milagros hace Dios; pero la ambición, y el robo los hace también. De la noche a la mañana

se hallan los hombres con cincuenta mil ducados, sin saber la pureza, por dónde, o cómo; pero la malicia bien lo sabe, pues sirve de ganapán. Mirad si puede ser mayor mi logro. Oh qué linda garra de León.

Preguntáronle, que era lo que significaba, el decir, oh qué linda garra de León? Y respondió así. Sabed, que en un Lugar mataron un León muy grande, y por milagro, y grandeza le repartieron en trozos y presentaron a diversas gentes. Súpolo un Poderoso, y llamando a un pintor, le encargó, que le pintase aquel fiero animal. El Pintor dijo, que si no vía alguna parte del animal, para poder por él conjeturar su grandor, mal podría copiarle. Hízose diligencia, y hallose en casa de un pobre labrador una garra. Tomola el Pintor en la mano, y dijo: Ahora sí, que viendo parte de aquella fiereza, que la retrataré. Garra tan grande, gran lienzo ha menester, para que quepa tan soberbia bestia. Y así, sacaos la consecuencia vosotros; y por si acaso no acertáis, mirad la garra del pájaro de esa jaula, y por ella copiaréis al dueño. Pues ahora (dijo uno) ha comprado estas casillas pequeñas de los lados para labrar más. Qué malo es para Juez (replicó) hombre que no tiene harto jamás, con tanto como tiene. Por eso escogió Dios para consejeros suyos a un Elías, y a un San Juan, uno vestido de pieles, y sustentado de langostas, sin más desear. Otro con una mortaja cubierto, y un báculo en las manos, sin más aspirar. Estos desinteresados son buenos para dar consejos, no los que tienen tantas garras.

Juntose mucha gente, empezando la voz popular a decir: Vamos a oír a Periquillo el de las Gallineras, en tanto grado, que el mucho concurso le ahogaba. Teneos noveleros (dijo Periquillo) y dejadme resollar, que vosotros no os movéis a oír la verdad, sino el gracejo, y chanza con que la disfrazo: así hacen muchos que siguen a los Predicadores, y pocos los que los buscan por la disciplina verdadera que dicen. Periquillo soy, el que conocisteis con juicio, que ya le perdió, oprimido de tanto ladrón como tiene el mundo, y sólo ellos viven, engañando a los cándidos inocentes. Pobres de los pobres, que ya no hay caridad para ellos! pues sólo en Babilonias, y locuras se gasta la hacienda, que unos da Dios, y a otros el diablo.

Tanta era la gente que cargaba sobre Pedro, que le fue fuerza huir, echando a correr, con que al verlo algunos muchachos, empezaron a decir: Al loco, al loco, y de camino a tirarle algunos cantos. Que os echáis a perder (dijo Pedro) en apedrear a la verdad, ultrajándola, y llamándola loca. Dejadme vivir entre los muchachos buenos de este lugar, amada Patria mía, y aunque seáis malos, escuchad como buenos, podrá ser que haciéndolo, se os pegue algo que os labre lo indispuesto de vuestro ser. Yo no os he quitado cosa alguna, no me maltratéis: si os falta la luz, volved los ojos al Cielo, que allí está, no seáis brutos de Atenas.

Detuviéronle algunos hombres de madura edad, preguntándole,<sup>53</sup> qué era lo que quería decir en llamarlos brutos de Atenas? Y dijo así: Mirad, caminaban unos Atenienses orillas de un cristalino arroyo, donde daba la Luna, y en cuyas márgenes se retrataba. Antojósele a uno beber del arroyo, púsolo por obra, y los otros dando la vista al agua, vieron el hermoso

53.- 'pregunrandole' (p. 193).

retrato de la Luna. Admiráronse tan embebecidos, que toda la atención tenían en las aguas. A este tiempo se interpuso a la verdadera Luna una sombra, que la obscureció; y viendo que en el agua faltaba lo que los tenía elevados, y absortos, embistieron todos contra el que bebía, diciendo, que se había bebido la Luna, sin levantar los ojos al Cielo. En fin brutos. Así estos que me persiguen, creen que los he hecho mal, pues me apedrean, y ciegameamente no abren los ojos para ver la luz de la razón, cuya falta los tiene ciegos, pues maltratan a quien no los ha hecho agravio.

Quería irse así que dijo esto, y deteníanle, dándole materia para que hablase, a quien enojado dijo: Dejadme brutos de la selva, que perdéis por oírme el tesoro de el tiempo. Mirad los brutos que he nombrado, son soberbios animales, que en ciertas Islas se crían; pero son tan ligeros, que no los pueden coger los Monteros, y para hacerlo, se valen de ciertas aves cantoras, a cuyos gorjeos se detienen tan elevadas, que llega cerca el Montero, y las mata. Así vosotros os detenéis por sólo la chanza, y el equívoco, no por la verdad que os digo, que en vuestros oídos se equivoca, y en estos entretenimientos perdéis el tiempo, pues pasa, y va llegando el Montero Atropos.

Todos oían estas sentencias de la boca de Periquillo en chanza. Muy propio de el mundo, tomar a burla las veras. Aquí llegaba, cuando los muchachos, y otros, que ya podían dejar de serlo, le perseguían, y terciando la capa, y encasquetando el sombrero, dijo: Hasta cuándo, oh canalla vil, habéis de perseguir a la verdad? Hasta cuándo habéis de abusar de mis atenciones? Más constante me habéis de hallar, cuando más arriesgado. Hasta cuándo ha de burlarse del saber vuestra barbaridad? Hasta dónde ha de llegar a despeñarse vuestra ignorancia? Júroos por la quietud de el mundo, que pues me llamáis loco, y para huir de vuestro aprisco, no me basta haber consagrado el entendimiento, que tengo de hacer, que esta tarde (en castigo de vuestra mala vida) baste mi conjuro, a que el mismo Sol me vengue, ausentando sus luces, y rayos; pues no hay mayor castigo, que dejaros a oscuras en la ceguera de vuestra vulgaridad.

Amedrentáronse muchos a estas palabras, mirábanse unos a otros, y algunos levantaban<sup>54</sup> la vista a mirar al Sol. Detuviéronse, sin perseguirle, como elevados, y casi huían de su vista. Oh novelero vulgo (dijo riéndose) que en fin las amenazas de un pobre, os causan miedo, y una cosa que ofrece tan fácil, os ha espantado! Si dije que había de hacer, que retirase sus luces el Sol esta tarde, ya lo veréis cuando se ponga, y quedaréis entre los horrores de la noche de vuestra ignorancia, sin salir de ella jamás.

Qué de brutos veo, y qué pocos hombres! Dónde se han ido tantos como tenía este lugar? Pero yo lo sé, que en compañía de los malos, nunca están los buenos, todo lo veo perdido, pues ya es común entre vosotros, hacer fines de los medios, y de los medios hacer fines; lo que ha de ser de paso, tomáis de asiento, y del mismo trabajo hacéis descanso, y por dónde habéis de acabar, empezáis: ya no hay niños, ni viejos, los viejos veo mozos, y los niños hombres. Oh qué bueno está el mundo! las calles veo llenas de pobres, y donde está

54.- 'leuantan' (p. 196).

la moneda, veo un mundo de hurones, criados fuera de mi Patria; ya son los poderosos más brutos que las bestias; degenerando de sí mismos, hacen fin del deleite, y de la amada vida, hacen medio para atraer al gusto; ya no se come para vivir, pues se vive para comer, y para dar de comer al demonio; ya no se adquiere para el vestido propio, sino para la ajena gala; ya no se descansa para trabajar, pues sólo es para dormir sobre el horror del pecado; ya no se hace caso del Matrimonio, sino de la lujuria; ya no estudiáis para saber, sino para desconoceros; ya no habla la necesidad, sólo es bachillera la murmuración; ya tenéis por vuestro caudillo al deleite, dejando perecer los pobres. Al demonio habéis hecho mullidor de vuestros gustos, el mundo se quiere acabar, pues se consagran haciendas, y créditos a la sensualidad. Dejadme, que con la ocasión que me dais de hablar, a la vista de tanta desatención, me acabáis de volver loco.

A estas sentencias agudas se fue llegando infinita gente, cercando a Pedro murallas vivientes corriendo la voz del pueblo; cuyo eco sólo era, vamos a oír a Periquillo de las Gallineras. Dejadme ir (dijo) hombres al parecer, y al obrar basiliscos, que matáis a cuantos tratáis; cisnes blancos a la vista, y en lo interior peores que cuervos; todos envidias, murmuraciones, malos deseos, y peores obras.

Persuadióle un lindo a que se sosegase; era muy galán a fuerza de hatos, y con muchos amigos, a fuerza del dinero, que sólo el que tiene dineros, tiene amigos. Sosiégate Pedro, le dijo, que aquí todos somos amigos. Qué amigos, y qué amistades (respondió) que donde hay tanta vanidad como en vosotros, qué firmeza puede haber? y sin firmeza qué amistad hay? Tales sois, que la perdéis por cualquiera interés, y amistad, que a tan poca fuerza rompe, no la nombres, que es lo mismo que la raja de leña, que se aplica al fuego. Así que se enciende, y muestra caudal, se le llega el humo, asistiéndola con grandísimo cuidado, en tal grado, que parece que nació con ella; pero así que el fuego la convierte en ascua, vestida de pavesas, y falta de caudal, para sustentar llama, la desampara el humo. Lo mismo es vuestra amistad, en faltando la hacienda principal origen de vuestras monerías, falta la amistad, y faltan los amigos, bultos de humo que os cercan.

Oíd otra comparación, aun mejor que la que habéis escuchado, sólo por vuestro entretenimiento, que en apartándoos de la razón, la razón se os olvida, que vosotros no acabáis de caer del albarda de vuestro asno, ni conocéis, ni miráis al espejo del desengaño. Lo mismo es la amistad de el siglo, que la que profesa con la plata el azogue, veréis que así que se descubre aquel blanco metal, aquel que ablanda tantas durezas, que por eso le llaman unguento de México, así que descubre su valor, se le arrima el azogue, con tanta parcialidad, que ambos metales parecen uno (notable amistad) pero llégase el tiempo de fundir la plata, y echarla el Artífice en el Crisol que tiene cercado de fuego, y así que el azogue ve a su camarada la plata, entre penas, ahogos, congojas, y llamas, huye para siempre, y deja sola.

Así vosotros, en viendo al que llamáis amigo del Alma (en cuanto tiene Alma su bolsa) en una cárcel, en un retrainiento, en una enfermedad, en la pobreza, o en el Purgatorio,

le olvidáis, y no favorecéis aun con una oración. Y así dejadme azogues pesadísimos del mundo, que temo el que habéis de hacer conmigo, lo que aquellos malos con el hombre más justo, que fue recibirle con Palmas, y Olivas, tendiendo las capas, y haciendo de ellas alfombras a los más puros pies, y luego le apedrearon. Vosotros me agasajáis, y oís; pero ay de mi! en enfadándoos la flecha de la razón que despide el arpón de mis labios, pobre Periquillo. En fin, tanta fue la gente que se llegó, que por huir de su ahogo, dejó el sitio.

## DISCURSO XIV.

*De las fortunas de Periquillo el de las Gallineras.*

**P**ÍLDORA acibarada y saeta venenosa llaman los descuidados a la verdad; porque los avisa del riesgo que amenaza a su mala vida, y porque los aconseja la salud para el alma.

Nuestro Periquillo se iba dando a querer de los buenos, y al contrario aborrecido de los malos. Unos le llamaban loco, y sólo ellos lo eran: otros le daban nombre de bufón, siendo un desinteresado del mundo; pero entre la maleza no faltaron suaves, y dulces espigas de cándido trigo, a cuya sombra sustentaba la canícula del hambre nuestro Pedro, el que nació para ser pobre de bienes temporales.

Algunos buenos le llevaban a sus casas, y al querer vestirle, se escusaba, diciendo, no hagáis tal, que hará el mundo conmigo, lo que los toreadores con el volteado, que van vigilantes, y con una mano le ayudan a levantar, y con la otra le sacan lo que tiene en las faltriqueras. Tiéntanle con la una si está herido, y con la otra le hieren. Así harán conmigo, correranme como a loco pobre, y asiranme como a discreto alhajado. A vueltas de la burla a mi persona, andarán las veras a mi hato. Asistiránme con una mano al gracejo, y con la otra me quitarán el sombrero: de modo, que a mí mejor me ha de estar andar desnudo, porque hay muchos cazadores a la golosina de el vellón.

No quiero copo de lana como el Castor, ave tan entendida, que perseguida del cazador, conoce que la busca, y quiere matar, sólo por quitarla el vellón, y volviendo el pico, se arranca la causa de su ruina, y delito; sin vellón quiero vivir y así no daré ocasión a la avaricia vil, que quita la sangre, y la vida, no quiero más de un humilde sustento, y cuando muera, una mortaja, y siete pies de tierra Santa, y aunque esto me falte, no me falte el conocimiento de mis culpas, que con esto me sobra: no quiero bienes poco durables, bienes quiero eternos.

Esto decía, y siempre andaba roto, y descalzo. Recogióle un poderoso, sólo por oírle sin aprovecharse, gustaba de él, y dábale cama, y de comer. A pocos días se fue Pedro, buscole el tal, y habiéndole hallado, le preguntó la causa, y díjole así: En tu casa he recibido favores, pues me recogías, y dabas de comer; però bien sabes que no han bastado mis liciones a lo resalido de tus costumbres; veote ir al Sermón, a la Misa, y al Rezo, y veote muy andador, tus pasos fáciles al pecado, con que olvidas las llagas de los pies de Cristo, que fueron recibidas para detener aquellos pies, y para que atados ellos, y las manos, le hallase el pecador. Tú en oyendo Misa, te vas a la conversación, das limosna a pobres, y das galas al pecado, das documentos, y no los tomas; aconséjame que adorne mi cuerpo, y veo que no adornas tu Alma. Y así hombre que quiere, o que intenta hacer los imposibles que no hizo Dios, que es juntar gracia, y pecado, y ciego quiere, que la Misa, y limosna se ande entre

escándalos públicos, váyase a vivir entre brutos, no junto a Periquillo el de las Gallineras, que es el de *Omnia mea mecum porto*.

Dejadme vivir solo, que a los hombres no os acabo de conocer. El que desea conocer los Leones, en viendo a uno, los ve a todos, en viendo a una oveja, vemos el género, y especie de todas; pero en los hombres el que ve a uno, a uno solo ve, porque cada uno tiene diferente ser, como diferentes caras. Para qué gastan algunos sus estudios, y tiempo en averiguar las calidades de yerbas, y plantas, siendo mejor, y más menesteroso estudiar, y averiguar las calidades del hombre, con quien se ha de tratar, vivir, y morir? Los Sabios veo sin medras, viejos sin prudencia, mozos sin juicio, mujeres sin vergüenza, pobres sin humildad, ricos sin misericordia, señores sin nobleza, nobles sin hacienda, y pretendientes sin paciencia. En fin, mundo sin apremio, y esclavos sin premio, sólo medra un buen rostro mujeril, a la vista de los tontos, y un bufón, que sólo sirve de cabestro al infierno, y parece entre puertas el entendimiento de los hombres, y todo esto se originó de cuando trocaron las vestiduras la mentira, y la verdad, hijas de la fortuna; y por que no lo ignoréis, oíd.

Viendo el mundo, mal digo en decir el mundo, porque no fue él, los que le vivían fueron, viendo, pues, tan abatida la mentira, tan desechada, y aborrecida, y que su madre la fortuna, la despreciaba, y traía muy mal vestida, con un saco de bocací, y que tratada, era en extremo hermosa, agasajadora, servicial, discreta, y risueña, y que no negaba cosa que la pidiesen; y viendo a la verdad vestida de flores olorosas, toda hermosuras, querida de su madre, y de todo el mundo, y que cualquiera abría sus puertas, y la recibía con gusto; y que tratada parecía áspera, escrupulosa y cansada; ordenó la malicia de vestirse de hombre, y halló una gala humana muy ajustada, tanto, que parecía haberse hecho para el hombre, o el hombre para ella. Viéndose así la malicia vestida del humano adorno, con el común consentimiento de todos los hombres, fue a la casa de la fortuna, tocó a la puerta, y como era ciega, salieron a abrir sus dos hijas. Vieron un mozo de buena cara, y vestido, conociole la verdad, y dando voces a su madre, la dijo: Este huésped que nos viene, ha de ser causa de la perdición del mundo, y muerte de los justos, mandale salir fuera, madre mía, no le admitas. Con todo esto le preguntó la madre, lo que quería? y respondió, que sólo era su deseo el servirla de mozo, que la guiase, y que no quería más paga que sus provechos.

La fortuna, que deseaba mandar, y tener criados, le recibió. Aquella noche reparó cautelosamente, que la fortuna desnudaba a sus dos hijas, y que ponía en parte señalada cada vestido, muy desviado el uno de el otro. Recogida toda la casa, desvelada la malicia, fue, y con notable maña trocó los vestidos de los sitios.

A la mañana, la ciega fortuna vistió sus dos hijas, poniendo a la verdad el vestido de la mentira, y a la mentira el vestido de la verdad. Con esto las envió al mundo, y todos despreciaron a la verdad, creyéndola mentira, y admitieron a la mentira con el vestido de la verdad: desde entonces empezó a perder su crédito entre los hombres la cándida, y hermosa verdad. Viose despreciada, y la mentira admitida, y buscada de todos los más.

Mirad al mundo que vengo yo, a donde no se hace caso de las verdades de Periquillo, y porque las dice, le llamáis loco. Algún día he de dar en mudo, sacrificándome a Dios, pareciéndome a la Paloma, y Tortolilla, que sólo ellas carecen de canto, arrullan, y suspiran, sirviéndolas de eco suave sus tristes quejidos. Así haré yo, torciendo el cuello, para aplicar la boca al corazón, despreciando al mundo loco, donde sólo medran bufones, ambiciosos, y ladrones.

Con estas cosas, que la boca de Periquillo decía, le seguían infinitas personas, y no faltaba quien le escuchaba para la enmienda, y quien le daba de bofetadas, por lo áspero de sus razones, que a los oídos lascivos, suena mal la memoria de la muerte.

Pasaba un día por Provincia,<sup>55</sup> y conociéndole, le detuvieron algunos Ministros, y Oficiales de la pluma. Escusábase, diciendo, le dejasen ir donde había menester, y viendo que no querían, se arrimó a una mesa, y dijo: Habrá entre vosotros quien me dé una pluma desinteresada, y una vara derecha, traída en manos limpias? Pero sí habrá, que ya veo algunos rostros de hombres, que aunque traen vara, no les da golpe en la vista, ni necesita de varearles el vellón del Alma. Pero también veo muchos, a quien no conozco, si son hombres o brutos, y se me representa la vara, una gruesa muleta, en quien arriman poco fruto sabroso del Árbol de la vida, y muchas pesadeces.

Otros veo tajando plumas, y jamás aciertan a hacer buena letra. Y lo que admira a muchos, que entienden poco, es el veros a unos rotos, y a otros bien vestidos, teniendo todos un mismo ejercicio. Gran cosa es cuidar antes de lo cándido del Alma, que del adorno corporal; pero lo que a mí me espanta, es, el ver algunas varas llenas de corteza, aunque no todas. De muchas vides son los excrementos, las cortezas, y el cultor suele quitársela a la parra, misteriosa planta; pues su licor bien usado, es la triaca de la vida.

Para salir de pobreza Jacob, en la casa de su suegro mondó las varas, y las arrojó al agua, en que bebían las ovejas, y con ellas granjeó vellones cándidos. Las varas con corteza son amargas. Cortezas de seda, y oro, que tapan, y hermosean, no son buenas, siendo a costa del prójimo: lo bueno es desnudarlas; la vara tiene Cruz; en Cruz murió la misma justicia desnuda. Mondad esas varas, para que anden puras en vuestras manos.

Así que dijo esto, le quisieron golpear algunos Ministros, y otros lo defendieron, diciendo: Qué causa ha dado? Con lo que dice no ofende, pues aconseja. Corrijase el malo, y el bueno sea mejor. Cariñosa es la armonía, que la verdad hace en los oídos piadosos, y desinteresados. Cruel, y sangrienta batalla la que presenta al lascivo, y ambicioso. Dejad que diga a quien dice bien: no detengáis que corra el manantial cristalino; dejad que se haga corriente, para que su dulzor riegue plantas secas: haced lagunas de corrientes hediondos, y pestíferos; no estanquéis la verdad, que teme, cómo todo se estanca.

Esto dijeron algunos Ministros, conque alentado Pedro, prosiguió. Ea, a oír a Perico; dejad el salteo de el mundo. Atended hombres con pasión; meted la mano en el pecho, y preguntaos, cuánta ira hay con el prójimo? La materia diré, para que se conozca la podre.

55.- El Juzgado.

Oíd, que la razón dice: Mirad cuerpo, y sentidos, que hacéis mal en tener pasión con Fulano, amenazándole con aquellas palabras de, pagarámelo en la primera ocasión que se ofrezca, y se ejecuta como se promete; pero el alma se me regocija, cuando veo Ministros sin pasión, de quien el pobre no huye, porque como ve la justicia clara, y sin sombras, se va a ella. Pero débese huir, cuando se ve una vara en manos injustas. Atended, pues, los que no hacéis caso de el pecado de omisión, descuidados de el mundo, allá va la voz de Periquillo. Mucho daña lo que se hace mal hecho; pero mucho más lo que se deja de hacer bien hecho. Perder el tiempo, por no perder la causa, notable error! Dejar la Misa por la ocasión, notable yerro! Dejar la casa, y los hijos por la ajena venta, donde el tanto de el gasto es el alma: grande culpa! gran pena! Traer desnudar el alma, por adornar el cuerpo, cruel locura! Mucho se hace; pero infinito se deja de hacer: arriesgado oficio!

Muchas veces está el Ministro sin hacer mal a nadie. Dirán, que siendo así, no merece pena. Sí merece, si en ese tiempo de ociosidad podía hacer mucho bien. El salteador, que detrás de la mata aguarda al pasajero, a punto la mira de el arcabuz, de un golpe mata; pero vosotros de muchos golpes, golpe con la vista, golpe con la vara, golpe con la voz, golpe con las acciones, golpe con la condición áspera, golpe con la ambición, y golpe con la omisión. Por dar dos pasos, muchas veces se hallara la paz; pero no se dan, porque la omisión no quiere. Por no hacer una diligencia, se pierde una ocasión. Por una ocasión, se pierde una quietud. Por perderse una quietud, se suelen perder créditos, y almas, que la hacienda no se pierde, que pasa de unos a otros.

Oh arcaduces de el mundo! dejadme, pues todo se pierde por la pereza. Negligencia, donde no hay jugo, y viveza, y cuidado donde hay. Vuelvo a decir, que ha de tener mucho de Dios el buen Ministro, dichoso él. Dirame alguno: Ven acá loco, cómo quieres que estando metidos en este laberinto de pleitos, querellas, causas, y ocasiones, podamos cuidar de el Alma, ni tratar de sosiego? Ahí respondo, que Elías estaba en el desierto, metido en una cueva, hiriendo sus carnes, y tratándose con aspereza, penitencia, y ayuno, y le dijo Dios: *Quid hic agis Elia?* Qué haces aquí, pudiendo estar en el concurso de el mundo, donde con tus palabras, y vida podrás salvar muchas?

En cualquiera parte se puede servir a Dios; nadie se escuse omiso diciendo, no puedo dejar de obrar conforme me dicta mi oficio: a muchos veo comer sin dar escándalo, ni hacer mal. Cuidado Cortesanos, pereza en quien ha de velar, no es bueno. Dejar de hacer buenas obras, y acudir vigilante a las malas, es dañoso: por aquí se pierden las Repúblicas, por hacer hoy, lo que se había de haber hecho ayer; dejar para mañana, lo que importa que se haga hoy, gran descuido! La hacienda, y la honra se puede restituir, aunque mal; pero el tiempo perdido, y usurpado, no es posible. Mirad cómo confesáis en el séptimo Mandamiento.

Tanta era la turba que había concurrido, que ahogaban a Pedro, y no faltó quien le picase las carnes con alfileres; y así, fingiendo cierta necesidad, se fue huyendo a más correr, sin parar, hasta la puerta del Sol, donde en una rueda de soldados se paró, porque

le detuvieron, volviendo su reclamo a entonar, diciendo: *Qué hacéis aquí tantos soldados ovachones,*<sup>56</sup> *y las campañas holladas de el enemigo? Ladrones sois del tiempo. Cuándo restituiréis el tiempo que usurpáis? No quiero que entendáis que sólo con vosotros hablo, que mi intento es con todo el mundo. Cuando se quita la hacienda, o la reputación, y se quiere volver a restituir, suele ser el Capital, y ése en el artículo de la muerte se manda hacer. Pregunto, y lo que dejó de ganar, y adquirir Fulano, a quien robasteis, cómo no lo restituís? Mirad que no se cumple con darle meramente aquello que le quitasteis. Pues por el tiempo que usurpáis los hombres, se pierden campañas, haciendas, reputaciones, Flotas, vidas, y Coronas, y aun Reyes, por no aprovechar el tiempo. Dejadme, que me acabáis, y si falta Periquillo, no tendréis plato de gusto. Ea mundo perdido! tan perdido, desde que habías de ser hallado, que aun señales de lo que fuiste, no has dejado; no me espanto que perdieses lo bueno, después que faltó el Múrice. Mirad, el Múrice fue un pez tan diferenciado de todos, que por timbre de sus grandezas, representaba dentro, y fuera vivísimas colores de sangre, y así que murió el Hijo de Dios, faltó este pez, y jamás se volvió a ver. Así faltó la caridad, y candidez en el mundo, como faltaron los recuerdos de la pasión de Dios hombre. Con esto huyó de el sitio.*

56.- Orondos.

DISCURSO XV.  
*De las fortunas de Periquillo el de las Gallineras.*

**B**IENAVENTURADOS los limpios de corazón, porque ellos poseerán el Reino de los Cielos, y ellos verán a Dios. David pedía a Dios que le diese un corazón sencillo. De aquesta dicha se vio adornado Periquillo el de las Gallineras, cual otro Diógenes, huyendo de los haberes del mundo, y procurando decir las verdades.

Corría la fama de sus dichos, y sentencias, y muchos deseaban verle, y entre ellos un principal Caballero, que le llevó a su casa, dándole en que dormir, que fue el albergue de un pajar, por no admitir otro Perico. Recibió el agasajo con notable gusto, y con demostraciones corteses celebró su dicha, y conoció vasallaje a un mozo, que en la casa cuidaba de un caballo. Llamábase Pedro; pero de notable humor, pues le sonaba mal que le llamasen por su nombre. Era humoso, y picaba de bien nacido, leía su poco, y escribía cartas a los paisanos para la tierra, y así todos los aficionados a los cántaros, espuerta, látigo, y correón; como si dijéramos, aguadores, esportilleros, cocheros, y mozos de sillas, sin discuidarnos de lacayos, le buscaban menesterosos, porque al entender de todos era Séneca Galiciano.

Jamás le llamaban Pedro, si no es Hidalgo acá, Hidalgo acullá. Sonábale bien el que le tratasen así: mirábale Perico, y aunque su condición era tan entera a no mostrar alegría a cosa de la tierra, no fue posible que dejase de reírse, aunque con mucho silencio, no como las risadas de hoy, que hay hombre que cuando se ríe, enseña todos los dientes, y muelas, y aun el tronco de la lengua. Y otros granizan más babas, que el Mayo suele perlas, alborotando con las risas medio Pueblo.

En fin, entre sí nuestro Pedro por una parte se alegraba, y por otra se pudría, viendo a un desdichado mozo de caballos, que viviese tan vano. El amo era juguetón, llano, Caballero verdaderamente, pues no se<sup>57</sup> peinaba, hablaba como pobre, agasajaba como menesteroso, vivía como desengañado, y se trataba en la mediocridad, para permanecer. Levantose una mañana, llamó a Pedro su criado, y respondió Periquillo. Sonriose el Caballero, y bajando al zaguán, examinó el que no fue descuido, sino el tema ya sentado de su criado.

Ah Hidalgo, dijo; por qué os sentís de que os llamen Pedro? acaso con vuestras bachillerías sabéis el misterio de tal nombre? Pues oíd: Pedro, quiere decir Pastor de el rebaño de Dios, gracia, limpieza, sabiduría, piedra fundamental, y paz contra la guerra del pecado original, y así fue San Pedro Príncipe de la Iglesia de Dios. Y si no sabéis el bien que tenéis en llamaros como se llamó un tan amigo de Dios; respondedme a esta pregunta. Estáis Confirmado? Qué es Confirmación? respondió el Hidalgo. Ahí veréis (replicó el amo) como sois necio, y tonto; y para que os desengañéis, quiero que por mí hable este muchacho, y os satisfaga. Sí haré,<sup>58</sup> dijo Periquillo, y pues me das licencia, casi me atreviera

57.- 'le' (p. 216).

58.- 'hareé' (p. 217).

(aunque neciamente) para llegar al segundo Sacramento, preguntar al señor Pedro, si está bautizado. Pero su nombre nos da luces de que sí. Ahora digo, que en el segundo lugar de los admirables Sacramentos (pues cada uno de por sí tiene harto que admirar, según sus virtudes, y gracias) tiene su asiento la confirmación, y es un aumento para el espíritu. Como si dijéramos en lo organizado de una causa, donde concurren testigos, parece que sus dichos no tienen la gravedad de que necesitan, si no están ratificados, que es lo mismo que confirmados: de modo que el segundo voto acredita a la primera profesión del bautismo, que aunque por sí es bastante, como se hace a las primeras luces del nacer, se ordenó aquel acto segundo en buena edad, cuando empieza a resplandecer la memoria, para que se acuerde el Cristiano, que está bautizado, y se llama voluntariamente Fulano, según se lo acuerdan en la Confirmación, donde se da el Espíritu Santo, para alntrarnos, y confortarnos contra los tiranos, y demonios, que persiguen la Fe, preguntando si se quieren mudar el nombre por otro más apetecible. Y así, según lo malcontento del señor Pedro, no está confirmado, y si lo está, es en ser tonto, pues le suena mal un nombre tan misterioso.

Así que Periquillo acabó, le abrazó el Caballero; pero el señor Hidalgo le miró no de muy buena guisa, espumeando por la boca, que por lo que tiene esta nación de Cristiana vieja, babea que es juicio, y así no les toca nada del Zabulán Tribu, ya que no conozcan a Séneca, o al Estagirita Platón.

Perdone (dijo el Caballero) Alejandro en ser el primero que dijo, que a no ser quien era, fuera de buena gana Diógenes; que yo, a poder, me trocara por ti; pero pues has conocido lo llano de mi condición, tan libre de cuevas de vanidad, montes de soberbia, y obeliscos de ambición; por tu vida, que pues tu discurso es tan capaz, tan pronto, y tan vivo, que le hagas al Hidalgo unos versos, que forme un matizado de diferentes Pedros, de los que en entremeses, jácaras, bailes, romances, y otros sainetes, suelen oírse. Sí haré Señor (dijo Periquillo) si me da licencia el señor Hidalgo; y pues dice ser de Cariare, llamarele el Hidalgo de Cariare, que aunque comía poco, jamás le faltaba un palillo en la boca, siempre libre de que se le cayesen dineros de las faltriqueras, y dándome licencia, le diré, mencionando aquel verso, que dice: Para tanta mancebería, poca carne habéis Don Hueso. Para blasonar de bien nacido, arroje el almohaza, empuñando una pica, o un mosquete, que allí resplandece la buena sangre, no entre pesebres, y harneros, sí entre cotas, y arneses; y pues basta lo dicho para desayuno, voyme a Misa, que en volviendo daremos calor a la obra.

A su casa volvió Periquillo con brevedad, porque lo perseguido que se vía, le obligó a ello, y subiendo al cuarto de su amo, en el recibimiento le detuvo la ocasión, pues vio recado de escribir, y tomando papel, dijo entre sí: Vaya de chanza; pero con advertencia, que una vez basta en la vida, siendo honesta, aunque en el tiempo de hoy, es menester jugarla para vivir. Escribió con brevedad, a tiempo que vino el señor, que viéndole, y admirándole con notable respeto, le dijo que leyese, y llamando presente a Pedro, dijo así.

Amigo Pedro, pues que retirado,  
a buen vivir se ha entrado,  
y al mundo malicioso  
le dio el último vale cuidadoso:

pues como Pedro Chivo,  
bendiciones le echó sin pie, ni estribo,  
abatiendo sus alas,  
dando al mundo sus treinta noramalas.

Debe, pues Pedro es, ser piedra firme,  
y a que se tiene en buenas, reducirme  
a ejemplo de los Pedros cuidadosos,  
que en el mundo vivieron valerosos,

que en lo imitable de su Real costumbre,  
nunca en su pedernal faltó la lumbre.  
Y pues en ocasiones,  
Pedro entr'ellas le vi con sus razones,

y cursando sus aulas,  
también fue Periquito de Hurdemaulas,  
haciendo muy sin tasa,  
travesuras de Pedro, mozo en casa,

siguiendo entre floreos,  
de Perico el perdido los poleos,  
obrando, aunque mozuelo,  
como Pedro Mochuelo,

pues sus linternas claras por el día,  
sólo sus culpas entre errores vía.  
Pues ya se vio sobrado,  
cual Pedro Pordemás, el muy nombrado

y de noche en cuestiones,  
también se fue a tener sus conclusiones,  
pues con espadachines,  
antes de recogerse oyó Maitines,

y entonces, yo lo aplico,  
que era estimado más qu'el Rey Perico.  
Y pues libre de azotes,  
cual Periquito aquel de los Palotes,

se vio en sus travesuras,  
descartado de sotas, y figuras.  
Dé de mano a los oros,  
Que a los bienes del mundo vuelve Moros,

sin contemplar afeites,  
ni a las copas, que brindan con deleites,  
y a la espada que forma resistencia  
no la mire, pues tiene ya prudencia,

creyendo en las mujeres  
que son bastos sus más finos placeres,  
y así le dirá el mundo: Ah hijo Pedro,  
con vos ya días ha muy poco medro,

y responderle Pedro con su tema,  
cual Pedro Hernández el de la gran flema  
o Perico en la horca, el gravadoso,  
atiende mundo vario, y malicioso,

que ya soy otro Pedro,  
y aun has de medrar menos, si yo puedo.  
Dé de mano mi Pedro a sus pasiones,  
pues sabe que en el gusto hay agrazones,

y que sus suavidades  
llevan de un pelo a todas mocedades,  
siguiendo su jornada,  
como el que va por viña vendimiada,

y ya llenas sus cubas  
nos dice Pedro Antón, comed las uvas:  
así estiende sus mangas,  
para que el hombre a caza ande de gangas,

lisonjeado con trampas, y enredadas  
como Pedro el que dio a las cogujadas,  
y mire si la toma  
Pedro amigo, del rabo a la paloma,

que dejando la pluma,  
que vuela sin engaños no presuma,  
y el que llevare a cuestras este trillo,  
aun ha de ser peor que Pedro Grillo,

el que cuando botero,  
le dio una hija a Pedro Borreguero,  
y cuando le vio yerno,  
Le pareció que hablaba Pedro tierno.

Y naciendo una nieta,  
imaginó en la burra del Profeta,  
que un Pastor detenía,  
y al son de unos panderos la decía,

aunque con voz turbada,  
tú la tienes Pedro, la borrica preñada.  
De todos estos Pedros he jugado,  
por creer a mi Pedro ya trocado:

y pues pobre lacayo le contemplo,  
deje Pedro lo Hidalgo, y al ejemplo  
de la casa que tiene, que en sus modos  
es la merced de Dios, que alcanza a todos:

procure sus costumbres muy leales;  
porque si va a las bodas Celestiales,  
no le digan junto a la Cruz del Cedro:  
No venís vos para encamar a Pedro.

Como a los mal logrados,  
que por su culpa fueron desterrados,  
que se sabe que están en el agüero  
de la caldera de Pedro Gotero,

saliendo del Leteo aquel reclamo  
de aquí tan bueno es Pedro como el amo.  
Ejerza muy sincero  
lo lacayo, y aspire a Despensero,

y si acaso lo fuere,  
cuando los jarros mal compuestos viere,  
de ofenderlos no trate,  
ni a coz, ni puntapié me los maltrate,

no le diga su amo con desgarro:  
coz que le dio Periquito al jarro:  
ni con las servilletas, ni manteles  
no me haga papeles,

trátelos con limpieza, y con ardid,  
no me llamen Perico el de Madrid,  
ni del gran Pedro Anzules el osado  
se le acuerde su historia, que ha pasado,

cuando tan manso, y ledó  
sacó a su Rey Alfonso de Toledo,  
ni la lealtad famosa,  
que a Peribáñez le guardó su esposa,

que siendo Pedro atento, sabio, y manso,  
vivirá con sosiego, y con descanso,  
burlando a la desdicha,  
que ser lacayo en casa, es grande dicha.

Y así, desde su estancia  
diga con arrogancia:  
Bien está Pedro en Roma,  
aunque de noche pepitoria coma,

sin cantar desde un Polo al otro Polo,  
Periquito niño, y sólo,  
que no será razón en ningún modo,  
decir que a Pedro se lo mandan todo.

DISCURSO XVI.  
*De las fortunas de Periquillo el de las Gallineras.*

C ELEBRARON la noticia de tanto Pedro, y el señor<sup>59</sup> lacayo también mostró contento, a tiempo que empezaron a dar en la calle notables voces, diciendo: Ay qué desgracia! Ay qué desdicha! Súpose, que había sido una muchacha, que por miedo que tuvo a su ama, a quien servía, se había salido de casa, y para más seguridad, había entrado en un portal, donde había un pozo, en cuyo seno cayó. Gran desdicha! dijo Periquillo; pero castigo merecido, que quien la amenazó, con causa sería, y fue grande atrevimiento salirse de casa, y entrarse en otra. Veréis que se cría en una casa un gato, manso, y regalón, querido de sus dueños; pero algo goloso, y hallándole en un lance, levantan un palo, a cuyo amago se sale huyendo. Pisa la calle, y apenas lo hace, cuando le acomete un perro. Procura huir de él, porque le atemoriza el fiero ladrido, y causa espanto los dientes que le enseña. Pónese en fuga, y en lugar de volverse por donde salió, se mete en otra casa. Busca lo más escondido, consíguelo; y al verse en estraña parte, empieza a mayar fieramente; inquieta la casa, buscan la causa, encuéntranla, y él así que ve diferente gente de la que le ha criado, duplica los maídos, y añade el dar brincos, y saltos, con que obliga a que la gente de la casa, buscando palos, y asadores, acaben con el animal, de lo que se hubiera librado, no dando ocasión a la fuga.

Así que dijo Periquillo, entró un recado al Señor de la casa, enviado de persona de puesto, de que le hiciesen gusto en concederle el ver a Periquillo. Suplicóselo el Caballero, y después de comer fueron juntos a la tal casa, y al entrar, se santiguó Pedro, diciendo: Deme Dios peso, y medida en este instrumento cortante. Subieron a un cuarto alto, y fueron bien recibidos, admirando todos la honestidad que manifestaba en su rostro, la atención en las acciones, y humildad de ojos. Mandáronle sentar, después de estarlo todos, y obedeció; pero fue en el suelo, diciendo: Este asiento, por lo humilde, no está fácil de quebrar. Mucho puede la humildad: si los que privan la tienen, seguro vivirán, si no aspiran, porque la mayor grandeza de San Juan Evangelista, privado de Cristo, fue decirle Dios: *Quédese así Juan*. Si otros procuran el ser validos para ocupar sillas, éste por lo<sup>60</sup> humilde quédese así. Mucho crecen los que se arriman, y para fuerza de mi razón diré, que pudiendo Dios formar a Eva de la cabeza de Adán, o las manos, u otra parte superior del cuerpo, la sacó de la costilla, para que creciese luego al punto. Mírese ahora si sube bien presto lo que se arrima al lado de un poderoso.

Oh soberbios obeliscos! cuidado, y para tenerle, amar la verdad, que ahí se conoce lo fiel. Dalida<sup>61</sup> le dijo a Sansón, habiéndola mentido tres veces, preguntándole dónde tenía la

59.- 'ser' (p. 229).

60.- 'la' (p. 231).

61.- 'Dalia' (p. 231).

fuerza. Mentido me has: luego no me amas. Porque verdaderamente quien miente, encubre su corazón: luego no ama quien no da el corazón; pero esta parte sólo la tuvo aquel que diferenciado de los otros Evangelistas, dice al fin de su Evangelio: *Et scimus quia verum est testimonium eius*. Verdad es lo que digo. Baste esto (prosiguió Perico) para entrada de conversación, y perdóneseme el decir verdades, que ya es menester perdón para referirlas.

Dios te conserve en su gracia (dijo una criada de la casa) a tiempo que con los dedos se limpiaba las narices, y miraba lo que de ellas se sacaba. Reparó su amo atento, y dijo: No os he dicho que es grosería eso que hacéis? Pensáis que sacáis perlas donde se congelan mocos? os engañáis. Dejadla, que bien hace (dijo Periquillo) que para ver lo que somos, veamos lo que criamos, y reparemos en lo que hemos de ser, pues el más presumido, no es más que inmundicias, y todo ascos, y muchos presuntuosos bachilleres, que a mi entender no son más que mocos, tan rapaces, que aún no han llegado al abecé,<sup>62</sup> y crea el más linajudo que no es su ser otra cosa, que lo que destila su alambique narigal.

Pues si hacemos reparo en unas damas, con quien juega el mundo en sus tablas, que se relamen en el modo de hablar, tan tiesas, y tan presumidas, tan repulidas, y tan presuntuosas, con un don más bien nacido de sus costumbres, que de su sangre: y todas ellas no son, porque son unos albañales afeitados, que las más veces si miraran lo que las sale de las narices, vieran unguento, hilas, y podre.

Crea el más copetudo, que no es lo que piensa, sino hijo de la nada, y todo mocos, nacido entre bascosidades, para la pudrición. Suénense los mocos aquellos que se creen Divinos, y miren cuán humano es lo que crían sus narices: mire sus humos lo que arrojan por aquellas chimeneas, que fabricó el albañil naturaleza, tan cerca del entendimiento, y creamos todos (mirando los mocos que nos cuelgan) que no somos otra cosa, que costales de hediondez, al principio mocos, y al fin moquitas, que del principio al fin todo su medio es penas: y si no, hable el que fue más bizarro, y pregone si volvió a ser entre ascos todo gargajos, y así dejad a esa mujer, que cuando se suena, mire lo que sale de su entendimiento, y mire en la oficina de sus agudezas la bascosidad que se cría.

Admirábase el señor de oír a Periquillo, y tan elevado estaba casi fuera de sí, que iba sacando de sus fundas las hormillas de los botones de la ropilla, juguete de muchos, que hoy en hablando con otro, le echan la mano a los botones, y retorciéndolos los dan garrote, y arrancan de su lugar. Hizo reparo Periquillo, y dijo: También vos pecáis en la Cortesanía, pues estáis jugando con los botones de vuestra ropilla, hasta que los quitáis el alma. Cuidado, ya que examináis los botones, haced lo mismo con vuestro cuerpo, y con vuestro ser, mirad si tenéis alma, y echadla fuera para ver si la traéis teñida con horror como las de los botones, que como las visten tan mal, vemos sus tintas oscuras.

Tampoco me parece mal que tengáis tan divertida la mano en el pecho. Bueno es tentarse el corazón, y ver en el pulso, qué alas ha criado, y en ese pecho, pues es sitio donde

62.- 'a,b,c' (p. 232).

se estampan las obras buenas, o malas, paséese la mano, y con la palma reprimid las malas obras, y a las buenas, que se salgan por entre los dedos.

A este tiempo salía la Señora de casa, acompañada de dos criadas. Preguntó el Señor, donde iba? respondió, que al Hospital a cortar las uñas a los pobres. Apenas lo oyó Periquillo, cuando se levantó, diciendo: Qué hacéis Señora? tenéis juicio? dónde habéis enviado el entendimiento? mirad que seguís la escuela del mundo al revés, no vais<sup>63</sup> a cortar las uñas a los pobres, tomad otro camino, y guiad a las casas de los poderosos, que allí habrá bien que hacer: allí sí que hay uñas largas de gavilán, con que se hicieron Hidalgos de rapiña; pero por si acaso tomáis mi consejo, qué tijeras lleváis? Las del estuche, respondió. Mal hacéis (replicó) bien digo yo que no tenéis juicio. Para cortar las uñas a los pobres, no son menester tijeras, que aun uñas no los han dejado; pero para cortarlas a muchos poderosos, llevad las tijeras de los tundidores, y aun quiera Dios que basten. Por eso un Caballero entendido, abriendo sus Armas, que se componían de un Gavilán, en cuya cabeza se sentaba una Mariposa, mandó, que al Gavilán le pintasen sin uñas, y una letra que dijese: No te ofenderá mi pico, que aunque pico, es reportado, ni mis uñas, pues ya me las he cortado.

Dióle gran risa al Señor el dicho de Periquillo, en tanto grado, que le sacudió en todo el rostro con una rociada de babas: agua va, dijera yo, prosiguió Perico, mucho daño hace una rociada de perdigones, y la vuestra no hace tanto daño: reíd con más tiento, que Niceo, Poeta cómico, murió de risa, y si no lo creéis,<sup>64</sup> con Policrita lo afirma el más sabio de los Filósofos, Aristóteles, y Filípides, de un placer murió; porque, mirad, la sangre es humor provocativo a risa, y es verdaderamente una satisfacción de la imaginativa del hombre, cuando alguna cosa graciosamente dicha, o hecha, le hace amistad y consonancia al oído, o a la vista; y si menea el cerebro adonde resiste la tal sangre, y con él las demás partes, tanta puede ser la destemplanza, que le ahogue: y así avisad otra vez que queráis reír, para que me acoja debajo de cubierto, que parecéis un Mayo enojado cuando os alegráis.

Ea Pedro (dijo el Señor) aunque yo he dado ocasión de ser corregido, lo doy por bien empleado, sólo por haberos oído, pues son sentencias vuestras razones; y decidme, ya que habéis tocado en cortesías, por qué dicen que es necedad ir hablando uno entre sí, o consigo? Porque es un bruto quien tal dice, respondió Periquillo. Con quién puede hablar un hombre con más seguridad, que consigo? Habrá por dicha otro amigo más secreto? Quién le aconsejará más sanamente, y le dirá lo que le enferma el Alma, lo que le acaba la vida, y lo que le hace perder el verdadero descanso? Háblese a sí, y crea que otro cualquiera le miente, y que no hay secreto revelado a otro. Por eso dicen los Teólogos, que no sabe el hijo del hombre cuándo será el día del juicio, y es la causa, no haberlo descubierto Dios a otro alguno, sólo él lo sabe; pero tan secretamente, que parece que no lo sabe, siendo toda la Sabiduría: y por que haya sal en mi plato, oíd un cuento, que ya volveremos a la materia en que vamos.

63.- Vayáis.

64.- 'crreis' (p. 235).

En un lugar cercano a la Corte mataron entre dos hombres a otro muy poderoso, y emparentado. La causa no sé; digo yo, que siendo rico el muerto, y poco caritativo, que la pasión obraría, que el franco, y limosnero tiene muchos Ángeles de guarda, pues lo son los pobres. Matáronle, sin saberse quién, aunque las diligencias serían grandes, siendo cerca de Corte. Pasaron algunos años, que ya olvidado el suceso, apenas se contaba. Los matadores eran muy amigos, y demás eran parientes, tan sagaces, que jamás descubrieron su pecho a otro. Así han de ser los secretos; pero como prometió la tierra la revelación de todos al Cielo, se le descubrió de modo, que se supiese, y obrase el castigo, para ejemplo, y enmienda.

Estaban los dos matadores una tarde de Verano cerca de una huerta, arrimados a la sombra de unas tapias, a tiempo que pasaron dos grajos, haciendo gala de su acostumbrado canto. Levantó el uno de los dos amigos la vista, tan elevado, mirando las aves, que dio causa a que dijera el compañero: *Qué hacéis tan suspenso?* Por ventura os acordáis, que cuando matamos a Fulano, pasaron otros dos grajos semejantes a éstos, y que dijimos: *Sólo nosotros, y vosotros sabrá este hecho sangriento?* Sí (respondió el tal) que parece, que me trajeron estas aves a la memoria aquella muerte. Y a mí también (dijo el otro) pero dejémoslo otra vez al olvido.

A este tiempo, guiando un golpe de agua había llegado un mozo de la huerta, que primero lo había sido del muerto, tan cerca de las tapias, que sin ser visto oyó las razones de los dos, y para conocerlos dio vuelta a la cerca, y notó quién eran. Acudieron lágrimas a sus ojos, acordándose de su muerto amo, y sin enjugarlas, guio al lugar. Fuese a la casa del Corregidor, contándole todo lo pasado, asegurando la verdad el agua de sus ojos. El sagaz Juez le encerró en un aposento, y con todo sosiego, llegada la noche, y avisando a la demás justicia, los prendió: y después de echadas prisiones, les intimó la causa, a que respondieron negativos. Hizo el Juez su cabeza de proceso, poniendo por testigos a dos grajos, y así que los reos oyeron semejantes señas, confesaron su pecado, y fueron castigados.

Esto he dicho (prosiguió) para respuesta a vuestra pregunta, en que dices, si es malo que vaya uno hablando entre sí, peor es que hable para otros. Háblese a sí el hombre, y escúchese, aunque se lo noten, y repréndase, como tengo dicho. Dios te conserve en su gracia. Volvió a decir la criada, y Periquillo respondió, hágase la voluntad de Dios. A este tiempo el Señor se estaba sacando la cera de los oídos, y entre las yemas de los dedos la retorció. Alegrese Perico, como manifestando que se reía, y el tal Caballero preguntó la causa, sin haber caído en ella. A quien dijo Perico: No noto lo que estás haciendo, por ser contra la cortesanía, sólo lo admiro por ser contra el tiempo de hoy, el que halléis cera en el oído, que yo creí que no habían dejado los tiempos será en él, que no lo hubiesen quitado a pura lanzada, y a pura pesadumbre tantos ladrones, tantos ambiciosos, y tantos cereros al vellón. Todo se admiraban oyendo a Periquillo, y por agasajarle el Señor, le iba a dar un puñado de cuartos, de cuyo amago se fue huyendo, sin parar Periquillo.

DISCURSO XVII.  
*De las fortunas de Periquillo el de las Gallineras.*

CAMPANA sonora, que tus voces sirven de pregonero a los oídos del mundo. Así llamaba a la fama un Sabio desde su retiro, diciendo: Publica que soy pobre, y Sabio, para que no me busquen los hombres. No digas que soy tonto Poderoso, y gastador, que tendré visitas a montones, más primos<sup>65</sup> que el Rey, y más sobrinos que el Papa. Notable es el eco de la fama, siendo buena, que la mala fama mata, y la mala llaga sana. La buena de Periquillo corría la mansión de el mundo, y de diversas partes le venían a ver, deseosos de oír tantas sentencias en libro tan pequeño. Miraba a todos, sin mostrar diferencias en su rostro, siempre en un ser; atendía sin preguntar; y si conocía que sabía responder, lo hacía. No atajaba razón a nadie, ni perturbaba conversaciones.

Picole en diferentes materias un hombre, que había quebrantado el sexto Mandamiento toda su vida, en cuya batalla había gastado toda su hacienda, toda la salud, todo su descanso, y toda la gracia de el rostro, pues más parecía bruto, que racional viviente. Preguntole entre otras cosas, que cuando entraba en la Iglesia a quien adoraba primero, a Dios, o a la Cruz? Respondió Perico, que a la Cruz, diciendo así: Cuando entro en la Iglesia, lo primero es irme a la Pila del agua bendita, y al santiguar mi rostro, miro la forma de la Cruz y en ella contemplo a Dios crucificado, y a su Benditísima Madre al pie de ella; y así en la Cruz contempló todo lo que hay en el Cielo, pues al santiguar mi rostro, digo: En el nombre de el Padre, y de el Hijo, y de el Espíritu Santo. Paso luego al Altar mayor, y allí reverencio el Pan de los Angeles, a Jesucristo Sacramentado, con cuya acción hizo temblar al infierno. Pero vos sin duda, sois uno de sus senos, donde no entra la gracia, pues tan ciego os tiene el pecado, que aún después de faltarlos las fuerzas, aún perseveráis en las desdichas.

Buscaba un Sabio a su hijo, a quien perdido había llorado: y después de verse falto de consuelo, le dijo otro Sabio, que le buscase en la casa de la lujuria, y que él le acompañaría en su busca. Hízolo el padre, y después de haber mirado todos los rincones de la casa pública del mundo, y no hallarle, entraron en el establo, y vieron un jumento atado a un pesebre, a quien estaba dándole palos un rapaz. Atendió el anciano doliente, y conoció, que el jumento era su hijo. Lloró su desdicha, y forma; pero no bastaron sus lágrimas a que dejase aquella desdichada vida.

Así sois vos, triste hablador, que preguntáis, qué adoración se debe a la Cruz, sin saber, que fue la única Esperanza de nuestra Redempción, y vos no salís de las nubes de el horror, ni buscáis la casa de la convalecencia. Corrido se ausentó el tal, y Periquillo, volviendo la vista, vio a su nuevo dueño, y aposentador, que en su busca andaba. Díjole, que cómo le había dejado solo, y había faltado a la cortesía, huyendo de aquel modo de una casa tan

65.- 'premios' (p. 241).

Noble, y de un dueño tan venerado? Porque sí (dijo) porque si atienden los hombres a las obligaciones, deudas, y agasajos, jamás saldrán del pecado: y así conociendo el riesgo, no hay tal como huirle sin dilaciones, que en ellas está el peligro. En casas donde se estilan intereses, no se ha de asistir, y en mirando al qué dirán, no se hace cosa buena. En estas contiendas estaban, cuando vieron a un Francés, que litigando estaba con un Español, sobre las calidades de cada Nación, y cuál tenía partes de más Real. Periquillo, sin poder sufrir semejante cuestión, llegándose a ellos, dijo así: Oíd las partes de la Española vileza, y pues su soberbia da lugar, allá van sus condiciones.

Notable es la estimación que tienen de sus personas, desprecio de las ajenas, querer cada uno ser Rey, y mandarlo todo: poca sujeción, porque les parece que nacieron Dioses, y cualquiera cree, que salió del tronco de Alarico, primero Godo. El lucimiento es notable, el pulir las galas, sólo el Español. Alabarse no poco, hablar alto, de modo que lo oigan los muchachos del Limbo, de ordinario: Notable gravedad, el brío en toda ocasión, y cruel arrojito, desde el Enano hasta el Gigante, el mundo lo confiesa, pues por cualquier niñería sale la hoja, y se ensangrientan.

Pero la Nación Francesa, oh codicia del mundo! Sin hablar mi lengua, más que desde la Picardía hasta la Gascuña. Miserables sobre todos los nacidos, el ánimo abatido, las manos cruzadas a la Gabacha, notable poquedad, ser esclavos por el mísero sustento, de cuantas Naciones hay en el mundo, siempre aplicados a viles ejercicios, alquilarse por vil interés, andar desnudos, y los zapatos debajo del brazo, llorar cuando piden, poca palabra, notable principio de poca fee: dejémoslo aquí, que si paso a los sucesos de Tirlimón, y otras partes, será peor.

Con esto se fue, o le llevaron unos de estos, que llaman Guapos, que parece que van perdonando vidas, según lo hosco, y lo Ganchoso de Ciempozuelos. Cogiéronle en medio, y viéndose así Periquillo, santiguando su rostro, dijo: Dios me libre de tanta crudeza; si saldré vivo de entre vosotros? Pero sí haré, que los Leones no ceban sus nobles Garras en humildes animales. Qué me queréis? Que<sup>66</sup> pues eres tan sabio (dijo el uno) nos des consejo, que todos cuatro buscamos Esposas de buen aire, con quien vivir, para salir de quebraderos de cabeza.

Antes me parece (respondió Periquillo) que vais perdidos, que buscar Esposas de buen aire, es querer pagar alcabala al viento. Más vale veros con Esposas de hierro, presas las manos, como Galeotes, que con Esposas de carne, todas mollar bocado, que el primer día os parecerán bien, y los restantes de la vida parecerán bien a todo el mundo, procurándolo su cuidado en aseo de cuerpo, y rostro, con que a pocos días os veréis hechos ajuares de pretina de Escribano: pero si dais en quereros casar, yo conozco una buena vieja, sólo buena en edad, que pasa a primera de tres sietes, y un as, y ya la ofrece tierra su mismo ser, y su modo de vida, albarda, y paseo, que casa, y acomoda gente perdida, que la que no lo es, bien acomodadas se está. Esta tal que digo, vende mujeres, y aun creo que da dinero

66.- 'Quee' (p. 245).

encima. Eso ya es común (dijo el uno) que para ayuda a las cargas de el Matrimonio, siempre se da dote con la mujer. Harto trabajo tiene (prosiguió Periquillo) un pobre, que tiene hijas que remediar, falto de caudal, pues ya no se mira en quien es, y que en lugar de trenzas, y caireles, peina honestidad, sino en cuanto tiene. Eso no haré yo, dijo otro, porque sólo la buscaré hermosa. Bien haréis (respondió) si tenéis hacienda bastante, que a no ser así, procurad parchecitos para las sienes, porque serán grandes los dolores de cabeza que tendréis.

Por eso yo (dijo otro) que la he de buscar a mi igual, y que tenga buenas inclinaciones. Si vos las tenéis (respondió Perico) viviréis quieto, mas si las tenéis malas, aprenderá de vos vuestra mujer. Y en fin, pues decís que os dé consejo, oíd. Es el mundo tal, que para hallar buena suerte el hombre, ha de pedir a Dios que le trate como amigo en darle estado; porque el colérico encuentra mujer flemática; el alegre una triste; el desenfadado,<sup>67</sup> y corriente, una melindrosa avarienta; el de buen parecer, una fea; y de este modo anda el malcontento por el mundo; y así mirad lo que hacéis, y quedad con Dios. Aguarda (dijo el uno) y ya que te vas, dinos dónde vive esa mujer que acomoda, y casa? vive (dijo Periquillo) en la calle del tiempo, y se llama fortuna. Buscadla buena, y Cristo con todos.

Fuese a todo correr, hasta que la gritería de unos mozos de aquellos que llamamos de la primer tijera, le hicieron parar, diciendo: Allí va Periquillo el de las Gallineras, el pico de Oro. Mentís (dijo) yo soy quien desprecia al Oro, y la Plata, los Diamantes, Esmeraldas, Rubíes, y Perlas. Sólo me llamad azabache, pues él solo desprecia al mundo, dándole continuamente higas, al poder, al valor, a la prosperidad, a la felicidad, a la hermosura, hasta a la niñez da higas, sin desear su adusto color otro, ni su obscuridad más luces, ni su humildad<sup>68</sup> más grandeza.

Así es Periquillo, una higa que da en rostro a todo el mundo, pues no hay cosa que más de en rostro, que un pobre. No me digáis que soy Oro, que el Oro es el toque de los buenos, y malos hombres, y no veo que nadie se toque a mí: aquel a quien se le pega en las manos, queda untado, y no es bueno para Juez, quien se deja untar, ni aun para Oidor, que el Oro le hace pasar a Contador, y de allí a Tocador, a cuyo son unos danzan, y otros se desempeñan, unos se aburren en las revueltas, y otros se desesperan.

El que rubrica sus Armas con la sangre del pobre, ya no es Hidalgo, ni aun algo; a la nada se pasó. Dejadme, y no hagáis caso de mí, que sólo eso deseo en este mundo, loco desatado. Lleno de tanta sabandija, entre cadenas de Oro, que parece que no atan, y arrastran.

Llegose a Periquillo un presumido tonto, cosa muy ordinaria en el mundo, que el discreto jamás presume, pues temeroso, siempre cree que yerra. Preguntole, que cómo el libre albedrío del hombre no sujetaba a las penas, que le hacían adolecer, y vencido, preso, y atado, quedaba esclavo de su apetito? Yo te lo diré (dijo Periquillo) el fiarse el hombre,

67.- 'desenfado' (p. 247).

68.- 'numildad' (p. 248).

y rendirse al amor de la mujer, es causa de todo: con huir de la mujer, se hallará libre, y señor de sí, y para que lo entiendas, oye una moralidad.

En las Islas de la Fortuna fabricó Dios una cueva, en cuyo seno profundo encerró las fieras más espantosas de la tierra, Sabandijas, Culebras, Sapos, Escorpiones, y Basiliscos. Encerró las enfermedades, la necesidad, la pena, la angustia, el dolor, el cuidado, el desasosiego, y la tristeza, y echó fuertes candados a las puertas, entregando las llaves al libre albedrío del hombre. Señoreáronse por la campaña del mundo todas las virtudes, y felicidades. Malcontenta la mujer, vertiendo lágrimas, que de ordinario finge, y no llora; dijo al hombre, que su soledad era mucha, y que una mujer sola ni canta, ni llora, que pues la tenía amor, y decía la quería bien, le suplicaba la concediese una licencia su libre albedrío. Hízolo el hombre, y fue, que la mujer había de abrir aquella espantosa cueva. Púsolo por obra, y al torcer la llave de la voluntad de el hombre, se le heló toda la sangre, perdió el color, el ser, la vista, la gentileza, y señorío, y quedó perdido, y cercado de todos los males que salieron de la cueva. Quejose a la mujer, y ella le hizo callar, amenazándole que se iría, y le dejaría.

Desde este tiempo cautivó su albedrío el hombre al gusto de la mujer, y tan ciego vive, que jamás huye de quien hizo con él lo que Semíramis con Nino, que fue pedirle licencia para reinar por solos cinco días, y concedido, al primer día mandó matar a Nino. Dejadme, vuelvo a decir, vosotros, y el mundo, que todo sois uno. Dejadme en la quietud de mi entender, llamadme loco, y pobre, que quien desea ser desechado, basta este apellido. Así que dijo Periquillo estas razones, llegó a los umbrales de su vida la muerte. Diole un temblor furioso, acompañado de un sudor frío: postrose a la tierra, acudieron muchas personas a su socorro; entre las cuales el Caballero que le hospedaba, mandando traer una silla, llevole a su casa. Hízole una cama, y acostado, y vuelto en sí, abriendo los ojos del Alma, empezó su humilde corazón a pedir recado para caminar. Suplicó a la gente cercana le llamasen un Confesor, y habiéndole obedecido, y recibido los Sacramentos en todo su acuerdo, abrazado a una Soberana efigie de Jesucristo, dijo así.

Señor, que a tu Imagen, y semejanza me hiciste, y con tu preciosa sangre me redimiste, y con tu Pasión Santísima me enseñaste; por que perdones mis pecados, perdono a todos los que me han ofendido; y deseando que este corazón se haga pedazos dentro de esta cárcel humana, rindo todo el albedrío a tu voluntad, y suplico a tu piedad se haga en todo. No te ofrezco, en bienes de el mundo, la ganancia de los cinco talentos que me diste; y presentote la castidad que con ellos adquirí; y para que tenga seguridad de tu gloria esta temerosa Alma, pido a tu Santísima Madre, a quien confieso concebida en gracia, y gloria, interceda por mí a ti, a quien creo, y confieso Jesucristo Hijo del Eterno Padre. Y el espíritu encomiendo a toda la Santísima Trinidad, a quien creo tres Personas en todo iguales, y un solo Dios todopoderoso, como lo pregona San Agustín; tan iguales, y tan perfectas, como lo dice San Atanasio; en cuya igualdad no hay cosa criada, que sirva una a otra, primera, ni postrera, como quiso el Arriano Dionisio, ni cosa desigual, como quiso Eunomio; mayor,

ni menor, ni estraña, ni que pretenda ganar la gracia uno de otro, como quiso Macedonio; ni entre estas Divinas Personas hay contiendas, ni ruegos, como quiso Maniqueo; ni hay cosa corporal, como quiso Tertuliano; ni son invisibles a sí mismos, como quiso Orígenes; ni tienen cosa visible a las criaturas, como quiso Fortunato; ni tienen voluntad diversa, como quiso Marción; ni hay en el misterio confusión, como quiso Sabelio; ni cosa solitaria, como quiso Silvano; ni cosa de la Santísima Trinidad, de dignidad, u oficio, es dada a otra criatura, como quisieron otros, que no creyeron firmemente, que para Dios no hay imposibles, que yo creo en Dios Padre, Hijo, y Espíritu Santo, tres Personas, y un solo Dios verdadero, principio de los principios,<sup>69</sup> y causa de las causas; porque la Persona del Eterno Padre, con su esencia, constituye la Persona del Hijo; y la espiración con la esencia, constituye la Persona del Espíritu Santo. Con estos términos Escolares, que estudié, y leí en *Agricultura Cristiana*,<sup>70</sup> conozco las Personas de la Santísima Trinidad, que es Padre, Hijo, y Espíritu Santo; y aunque el número es de tres, cuyas luces hirieron la Memoria, Entendimiento, y Voluntad del hombre, confieso que le conozco, adoro, y reverencio por un solo Dios, su perfectísimo entendimiento echó en esta maravilla el resto de su saber. A quien digo, hiriendo este mísero pecho: pequé, habed misericordia de mí. A esta palabra espiró este que me dio materia para escribir este libro; este ejemplo del mundo; este que se conoció a sí; este Pobre Rico, Periquillo el de las Gallineras.

FIN.

## PROTESTA DE EL AUTOR.

**T**ODO lo sujeto a la censura Católica, como  
humilde hijo de su Iglesia Santa.

69.- 'principios' (p. 253).

70.- *Agricultura Christiana, que contiene XXXV diálogos familiares*, de Juan de Pineda. Se publicó en Salamanca, 1589.

